

ANH  
ARGENTINA



# ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Boletín Digital N°35 - Diciembre de 2022

[www.anh.org.ar](http://www.anh.org.ar)

— ISSN 2618-2394 —

## SUMARIO

- Artículos, notas y comentarios.
- Novedades y actividades de la Academia.



# ÍNDICE

|                                                                                                                                                                                                                                       |                 |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------|
| <b>ARTÍCULOS, NOTAS Y COMENTARIOS.....</b>                                                                                                                                                                                            | <b><u>5</u></b> |
| San Martín en Cuyo. Su pensamiento político. ....                                                                                                                                                                                     | <u>6</u>        |
| <i>Por Dr. Carlos Egües</i>                                                                                                                                                                                                           |                 |
| Presentación del Doctor Claudio Panella como<br>miembro de número, por Fernando Enrique Barba .....                                                                                                                                   | <u>14</u>       |
| <i>Por Dr. Fernando Barba</i>                                                                                                                                                                                                         |                 |
| Miradas encontradas. Publicaciones culturales<br>en tiempos del primer peronismo .....                                                                                                                                                | <u>16</u>       |
| <i>Por Dr. Claudio Panella</i>                                                                                                                                                                                                        |                 |
| Conferencia de incorporación de la Dra. Beatriz Bragoni<br>como académica de número .....                                                                                                                                             | <u>30</u>       |
| <i>Por Dra. Beatriz Bragoni</i>                                                                                                                                                                                                       |                 |
| Presentación del Dr. Darío Roldán como miembro de número.....                                                                                                                                                                         | <u>43</u>       |
| <i>Por Dr. Fernando Devoto</i>                                                                                                                                                                                                        |                 |
| Dos mundos conversan .....                                                                                                                                                                                                            | <u>46</u>       |
| <i>Por Dr. Darío Roldán</i>                                                                                                                                                                                                           |                 |
| Palabras de bienvenida pronunciadas por el académico de número<br>Doctor Miguel Ángel de Marco en la ceremonia de incorporación<br>como académico de número del Doctor Miguel Ángel De Marco (h)<br>el 13 de septiembre de 2022 ..... | <u>58</u>       |
| <i>Por Dr. Miguel Ángel De Marco</i>                                                                                                                                                                                                  |                 |
| Dinámica histórica e institucionalidad de Rosario<br>como ciudad portuaria regional .....                                                                                                                                             | <u>61</u>       |
| <i>Por Dr. Miguel Ángel De Marco (h)</i>                                                                                                                                                                                              |                 |
| Presentación del Dr. Andrés Regalsky como miembro de número .....                                                                                                                                                                     | <u>70</u>       |
| <i>Por Dr. Fernando Devoto</i>                                                                                                                                                                                                        |                 |
| Entre el mercado y el estado. El banco de la Nación Argentina en<br>tiempos turbulentos (1914 – 1930) .....                                                                                                                           | <u>74</u>       |
| <i>Por Dr. Andrés Regalsky</i>                                                                                                                                                                                                        |                 |
| Presentación de libro .....                                                                                                                                                                                                           | <u>84</u>       |
| <i>Por Dr. Miguel de Asúa</i>                                                                                                                                                                                                         |                 |
| Presentación de libro Semblanzas de mujeres medievales .....                                                                                                                                                                          | <u>86</u>       |
| <i>Por Dra. Nilda Guglielmi</i>                                                                                                                                                                                                       |                 |



Comunicación del 13 de septiembre. . . . .88  
*Por Dra. Olga Fernández Latour de Botas*

Sobre la nueva edición del libro de Natalio Botana  
*La libertad política y su historia* . . . . .89  
*Por Prof. Luis Alberto Romero*

Disertación del 13 de septiembre de 2022, en la sesión privada  
de la academia, con motivo de la presentación de mi libro  
*A doscientos años del nacimiento de Gabriel García Moreno.*  
*El ultramontanismo en el Río de la Plata.* . . . . .92  
*Por Dr. Horacio Sánchez de Loria Parodi*

**NOVEDADES Y ACTIVIDADES DE LA ACADEMIA . . . . .94**



# ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA



## Mesa Directiva (2021 - 2023)

DR. NATALIO R. BOTANA  
*Presidente*

CN. DR. GUILLERMO OYARZABAL  
*Vicepresidente 1º*

DRA. BEATRIZ BRAGONI  
*Vicepresidente 2º*

DR. EDUARDO MÍGUEZ  
*Secretario*

DRA. BEATRIZ MOREYRA  
*Tesorera*

DR. EZEQUIEL ABÁSULO  
*Prosecretario*

DR. CARLOS EGÜES  
*Protesorero*

## COMISIÓN DE PUBLICACIONES

*Directora*

DRA. MARCELA TERNAVASIO

*Vocales*

DR. GUILLERMO BANZATO - DR. MIGUEL ÁNGEL DE MARCO (H) - DR. GUSTAVO PAZ

Coordinador editorial: Gastón Fernández

Trabajo de edición gráfica: Juan Galati

Imagen de tapa: : Retrato de Juana Azurduy. Anónimo, Salón de Espejos de la Alcaldía de Padilla

ANH  
ARGENTINA



# ARTÍCULOS, NOTAS Y COMENTARIOS



## SAN MARTÍN EN CUYO. SU PENSAMIENTO POLÍTICO.

DR. CARLOS EGÜES

*Académico de número de la Academia Nacional de la Historia*

¿Qué ideas traía aquel José de San Martín que desembarca en Buenos Aires en marzo de 1812, con treinta y cuatro años de edad y veinte de experiencia en el ejército español? Sobre su pensamiento nada sabemos hacia 1812. No hay constancias documentales de su ideario en ese momento, solo podemos aproximarnos al menos a un esbozo ideológico partiendo de la consideración de la biblioteca o “librería” que traía en su viaje de regreso al suelo natal.

Este oficial de caballería, con veinte años de servicios en el ejército español, tenía en su poder algo que no puede dejar de llamar la atención: una abundante biblioteca, o librería como se la llamaba en la época, que superaba claramente lo que era común por aquel entonces en un militar. En 1.818 San Martín hace un listado de sus obras, que totalizan 267 títulos, en 763 volúmenes, contenidos en once cajones. Hay consenso en que gran parte de ese material lo tenía ya en España cuando deja la Península en 1.811 y que lo traslada con él en su viaje al Río de la Plata.

Los militares españoles que por entonces tenían una librería abundante eran pertenecientes a la nobleza, en tanto que los mandos medios –como San Martín– registran una pequeña cantidad de libros en su poder, no superando los cincuenta títulos y, en general, mucho menos que eso.<sup>1</sup> Constituía pues, la de San Martín, una biblioteca privada muy importante para la época y para la condición militar de su propietario que señala una característica distintiva del Libertador: su gusto por la lectura y su convicción de que la educación liberaría a los pueblos. De allí su constante preocupación en suelo americano por la creación de bibliotecas.

Esa librería fue formada mediante la adquisición de libros a lo largo de su estadía en España, sin descartar que algunos hayan sido adquiridos luego en Buenos Aires, aunque solo una minoría. Seguramente mucho de ese material fue comprado

en Cádiz, pues ya a fines del Siglo XVIII en esa ciudad había varias tiendas en que se vendían libros, “funcionaban más de veinte, tres de ellas especializadas en libros en francés”<sup>2</sup> y precisamente en este idioma son la mayoría de los ejemplares sanmartinianos.



*“San Martín gobernador de Cuyo. Antonio González Moreno, Óleo”*

La composición de la biblioteca es interesante pues nos ilustra sobre las ideas que podía traer consigo San Martín. Las obras militares, propias del oficio de su propietario, son solo 75 volúmenes correspondientes a 37 títulos, en tanto que el resto abarca una gran diversidad que comprende libros de política, derecho, arte, biografías, historia, ciencia, viajes, literatura y numerosos diccionarios y enciclopedias, lo que pone en evidencia la indudable curiosidad del Libertador y su formación autodidacta.



Nos interesan aquí, especialmente, aquellos libros que pueden haber contribuido a su educación política. Destacamos, en primer lugar, las Obras de Montesquieu que figuran en dos ediciones, una en tres volúmenes y otra en seis. Entre los textos del autor se encuentra El espíritu de las leyes que era por entonces, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, uno de los libros más leídos y, por ende, más influyentes de la época.

En la misma línea del pensamiento ilustrado cabe ubicar la obra del napolitano Gaetano Filangieri Ciencia de la legislación, que en su edición francesa, en siete tomos, figura en la biblioteca. Este libro tenía por entonces gran difusión y se ha dicho que “rebose por todas partes el espíritu del siglo.”<sup>3</sup> Había sido traducido a diversos idiomas y era leído como una exposición sistemática de las nuevas ideas.

Es relevante, también, la presencia de dos libros de Bentham: el Tratado de legislación civil y penal y Teoría de las penas y de las recompensas, ambos en francés. Es difícil imaginar qué habrá influido de tales obras, eminentemente jurídicas, en San Martín, pero en todo caso contribuyen a revelar la amplitud de sus intereses y curiosidad y completan el tono ilustrado y liberal de sus preferencias.

En un terreno filosófico político, literario e histórico, las obras de Voltaire destacan en la librería. Se encuentran en ella El siglo de Luis XIV, Historia de Carlos XII, La Henriade, Poemas, Romances, Teatro, evidenciando el interés sanmartiniano por este autor que en sus escritos revelaba una clara admiración por el sistema inglés y un racionalismo crítico que caracterizará a todo el iluminismo.

Dentro del mismo movimiento de ideas debemos incluir la obra del abate Raynal, quien en la segunda mitad del siglo XVIII había alcanzado un notable éxito con la publicación de la Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias, ataque furibundo al colonialismo europeo. Se ha dicho con acierto que representa “la opinión media de su época” exponiendo las ideas críticas que pueblan el ambiente prerevolucionario en Francia.

Un título interesante en la biblioteca es la Enciclopedia, que figuraba en dieciséis tomos en francés. Este breve y limitado repaso de la

composición de la librería sanmartiniana nos permite conocer su posible formación. La composición de la biblioteca de un hombre comprometido con la vida pública, máxime cuando se persiste en llevarla consigo a través de larguísimos itinerarios, como en el caso de San Martín, algo nos indica.

Ha elegido unos libros a otros y eso solo ya denuncia un temperamento, una inclinación, ciertas preferencias que lo sitúan en un mundo ideológico determinado. Esta revisión revela la adscripción sanmartiniana al mundo de la ilustración pues esa es la orientación de todas las obras que ha incorporado a su librería y conserva a lo largo de sus traslados. ¿Qué implica ello desde el punto de vista de sus ideas políticas?

Si la centralidad de la razón humana ha sido considerada la nota tipificante de este movimiento cultural, debe advertirse que la consecuencia práctica de tal actitud fue una visión crítica de la tradición y, a partir de allí, el impulso a someter a revisión la organización social y política que encuentra en el pasado su fundamento.

Todo entra en crisis en el siglo XVIII europeo, en tanto el embate racional pone en cuestionamiento aquello que la tradición sostenía y los actores centrales de esa crisis serían los llamados filósofos, expositores de las nuevas ideas y cuyos libros, en muchos casos, hemos encontrado en la librería sanmartiniana.

El ataque al orden político existente se centraba en la crítica a la monarquía absoluta, exaltándose las virtudes de la inglesa, en tanto monarquía limitada con un diseño de división de poderes que Montesquieu había divulgado en su obra.

San Martín se preocupaba tanto por el abuso del poder de los gobernantes como por las consecuencias nefastas de la anarquía. En esto su talante ilustrado se mantendrá a lo largo de toda la vida. Sus actos de gobierno en Cuyo reflejarán este temperamento nacido de la formación anterior a su llegada al Río de la Plata.

Es también propio de la Ilustración la fe en el progreso, basada en la confianza en los resultados que habrán de obtenerse del imperio de la razón, liberada de las imposiciones de la tradición. Esa fe no solo se refiere al avance científico, que evidentemente alcanza ya en el siglo XVIII un impulso notable, sino que se expande al ámbito



social y político donde crece la confianza en lo que se puede lograr por la irrupción de las decisiones de conjunto sostenidas por el imperio de la racionalidad.

En este punto adquiere una trascendencia central la preocupación por la educación. El progreso político requiere, como paso previo, el desarrollo de la educación generalizada como instrumento para lograr la plenitud del racionalismo en las sociedades, de modo de poder confiar a la voluntad del conjunto los modos de organización política.



*“Proclamación de la Independencia por don José de San Martín. Pintura de Francisco González Gamarra”*

Todo esto veremos reflejado en el pensamiento que expondrá en los años siguientes el Libertador. Con ese bagaje de ideas saldrá de Cádiz y llegará al Río de la Plata.

En el tiempo que transcurre entre 1812 y 1814, San Martín conoce el país, sus particularidades, su geografía, sus conflictos políticos, la idiosincrasia y condiciones de sus habitantes. Lo había dejado siendo un niño y en su vida española seguramente habrá recordado algo de su infancia, pero en modo alguno aquellos recuerdos reflejarían ese complejo mundo al que decidiría volver para sumarse a la lucha por la independencia. Más aún: en el encuentro con la realidad americana, seguramente habrán cambiado muchas de sus percepciones que, a la distancia, siempre suelen ser más generosas y optimistas.

En las reuniones de Cádiz se habrán imaginado aquellos americanos en la pureza de las luchas por sus ideales. Ahora llegaba el tiempo de las concreciones y entonces la crudeza del escenario real se impondría.

Las dificultades que encontraría en estos primeros años alcanzarán su punto culminante cuando llegue a Mendoza, en setiembre de 1.814, para hacerse cargo de la Gobernación Intendencia de Cuyo, posición en la que había sido designado por el Director Posadas el 10 de agosto. Por primera vez en su vida San Martín habría de asumir un cargo de gobierno, ocupándose de los requerimientos cotidianos de la administración. Las ideas políticas no serán ya especulaciones o reflexiones teóricas, sino impulsoras de decisiones concretas en relación a una realidad compleja y plagada de dificultades.

Su espíritu ilustrado se manifestó en diversas decisiones que ponen en evidencia esta orientación. Su confianza en el progreso científico, por ejemplo, se hace notable en el empeño con que impulsó la aplicación de la vacuna antivariólica para evitar los estragos que hacía la viruela.

Los avances en este campo eran recientes, consecuencia de los estudios e investigaciones del médico inglés Edward Jenner de fines del siglo XVIII y la vacuna había llegado a América en los comienzos del siglo.

En bando del 17 de diciembre de 1.814, San Martín manifestaba: “Convencido que en nuestro estado político uno de los primeros cuidados del Gobierno debe ser el aumento de la población y conservación de los habitantes del Hemisferio Americano para que haya brazos suficientes al cultivo de la agricultura y ejercicio de las artes y comercio, al mismo tiempo que no falten quienes presenten sus pechos al tirano que intenta oprimir los sagrados derechos de nuestra civil libertad que con gloria sostenemos, y viendo que la peste anual de viruelas consume una porción preciosa de aquellos en esta Provincia (...) he venido en ordenar se establezca una Junta compuesta de los Facultativos Dr. Juan Isidro Zapata y Dr. Anacleto García, para que estos instruyendo en el modo de administrarla a ocho reverendos religiosos que se han prestado gustosos a propagarla por toda la provincia, haciendo con ello un servicio relevante a la humanidad y al Estado...”<sup>4</sup>

Voltaire ya había exaltado en sus Cartas filosóficas<sup>5</sup> las ventajas de la inoculación, antes del descubrimiento de Jenner, y se ha dicho que la vacunación fue uno de los principales progresos médicos de la época de la Ilustración<sup>6</sup>. En el Río de la Plata ya en agosto de 1.805 el Semanario de



Agricultura, Industria y Comercio informaba de los avances en esta materia, refiriendo las acciones de Jenner.<sup>7</sup> Las disposiciones que en este tema adopta el Libertador implicaron notables progresos y supusieron, además, asumir la salud pública como función estatal.

El mismo espíritu ilustrado lo inspira cuando se dirige al Cabildo y le expresa: “Me ha conmovido la noticia que acabo de oír de que a los infelices encarcelados no se les suministra sino una comida cada 24 horas. Lo transmito á V. S., para que penetrado de iguales sentimientos propios de su conmiseración, se sirva disponer se les proporcione cena a horas que no alteren el régimen de la cárcel. Aquel escaso alimento no puede conservar a unos hombres que no dejan de serlo por considerarles delincuentes. Muchos de ellos sufren un arresto precautorio sólo en clase de reos presuntos. Las cárceles no son un castigo sino el depósito que asegura al que deba recibirlo. Y ya que las nuestras, por la educación española, están muy lejos de equipararse a la policía admirable que brilla en las de otros países cultos, hagamos lo posible para llegar a imitarles. Conozca el mundo que el genio americano abjura con horror los crueles hábitos de sus antiguos opresores, y que el nuevo aire de libertad que empieza a respirarse, extiende su benigno influjo a todas las clases del Estado.”<sup>8</sup>

Estas ideas de San Martín, marcadas por el humanismo, están inspiradas por los autores ilustrados que tenía en su librería, especialmente por las obras de Bentham y Filangieri y, seguramente, por Montesquieu cuando afirmaba en el Espíritu de las leyes que “un buen legislador pensará menos en castigar los crímenes que en evitarlos, se ocupará más en morigerar que en imponer suplicios.”<sup>9</sup>

La educación es otro tema que lo desvela, sobre el que volverá insistentemente a lo largo de su vida. En Mendoza, como gobernante, esa preocupación se desplegará en un doble sentido: apoyando la educación pública por el impulso de la concreción del Colegio de la Santísima Trinidad<sup>10</sup>, que abrirá sus puertas cuando ya haya dejado la ciudad, en noviembre de 1817, e interviniendo en las prácticas educativas, como cuando por circular a los maestros de escuela les comunica la prohibición de castigar a sus alumnos con azotes<sup>11</sup>, mostrando una vez más su espíritu

humanista e ilustrado. Pero no solo los jóvenes son objeto de su preocupación. En una visión más amplia de la educación, de alto contenido político, por Bando del 30 de junio de 1.815 dispone que se realice una “misión patriótica” –así la llama– “con el objeto de instruir a los ciudadanos en puntos útiles del derecho público y de implorar al Ser Supremo el auxilio necesario para exterminio de los enemigos de la patria que nos rodean y hostilizan.”<sup>12</sup> ¿Una especie de seminario político en tiempos sanmartinianos? Todo parece indicar que tal era el objeto de la reunión, orientada evidentemente a mejorar la formación política de los ciudadanos y, seguramente, a justificar el proceso revolucionario, difundir sus objetivos y asegurar adhesiones.

Durante su gobierno reiteradamente sostiene un nuevo principio de legitimidad, basado en la soberanía popular y el gobierno representativo. Así en Bando del 7 de abril de 1.816 anuncia la instalación del Congreso en Tucumán, dispone iluminación de la ciudad por tres días y concluye: “Ciudadanos el feliz imperio de la ley va a reinar en nuestro hemisferio. Los fundamentos estables del orden nacional y civil se fijarán por la Representación de los Pueblos. Allí la Nación sincopadamente va a dictar el Código Sagrado a su institución. Unid nuestros votos a los de este Soberano Cuerpo y la Patria será de una vez elevada al magestuoso rango de su independencia.”<sup>13</sup> Como se advierte, une la nueva legitimidad a la sanción de una constitución.

Antes, tras la caída de Alvear, es ratificado por el pueblo de Mendoza en su condición de Gobernador Intendente a través de un cabildo abierto el 21 de abril de 1815. Con las limitaciones que tenía en la época el concepto de “pueblo” en sus alcances y composición, no puede desconocerse, sin embargo, que opera aquí como principio de legitimidad del poder la noción de soberanía popular y de gobierno representativo. A ella también apela San Martín dirigiéndose a los tenientes gobernadores de San Juan y San Luis, destacando que el alzamiento de Fontezuelas evitaba la guerra civil, al tiempo que era “su objeto primario el libertar a los Pueblos de la tiranía y dejarlos en la plenitud de sus derechos para la elección por medio de sus Diputados de un Gobierno que legítimamente los rija.”

No es menor, tampoco, la decisión de esperar de aquellas dos ciudades la convalidación o no



de su condición de Gobernador Intendente, indicándoles que “queda ese pueblo en disposición de obrar como convenga más a sus intereses”, sometiéndose a la voluntad de esas dos jurisdicciones

que integraban la gobernación intendencia.

Durante su estadía en Mendoza se expresa en sus cartas la tensión en que se encuentra entre las convicciones, las posibilidades y la necesidad a la hora de elegir entre monarquía o república. Como ha hecho notar con acierto el Dr. Barba, “se lo ha acusado, como si ello fuera un delito, de monárquico”<sup>14</sup>. Un historiador peruano se refiere así a la monarcomanía del Protector<sup>15</sup> con clara intención de descalificar su concepción.

Aquellos que lo atacan al Libertador por su monarquismo revelan un claro desconocimiento del pensamiento de la época. En aquellos tiempos para un ilustrado la forma de gobierno adecuada a sus ideas tanto podía ser una monarquía constitucional como una república. Las dos suponían contrarrestar el absolutismo de la monarquía hereditaria.

En su estancia en Cuyo es claro cuando se dirige en carta a Godoy Cruz el 24 mayo de 1816 manifestándole:

Si yo fuese diputado me aventuraría a hacer al Congreso las siguientes observaciones. (...) Soberano Señor: un americano republicano por principios e inclinación pero que sacrifica esto mismo por el bien de su suelo hace al Congreso presente: 1° Los americanos o Provincias Unidas no han tenido otro objeto en su revolución que la emancipación del mando de fierro español y pertenecer a una Nación. 2° ¿Podremos constituirnos República sin una oposición formal del Brasil (pues a la verdad no es muy buena vecina para un país monárquico) sin artes, ciencias, agricultura, población y con una extensión de territorios que con más propiedad pueden llamarse desiertos? 3° Si por la maldita educación recibida no repugna a mucha parte de los patriotas un sistema de Gobierno puramente popular, persuadiéndose tiene éste una tendencia a destruir

nuestra religión? 4° Si en el fermento horrendo de pasiones existentes, choque de partidos indestructibles, y mezquinas rivalidades no solamente provinciales sino de pueblo a pueblo podemos constituirnos nación.<sup>16</sup>

La declaración de convicción republicana que contiene esta carta no es fruto de un arresto momentáneo. Unos años después, en comunicación a Guido, San Martín reiteraba la misma idea:

Cinco años ha estado Ud. a mi lado: Ud. más que nadie debe haber conocido mi odio a todo lo que es lujo y distinciones; en fin, a todo lo que es aristocracia, por inclinación y principios amo el gobierno republicano y nadie, nadie lo es más que yo: pero mi afición particular no me ha impedido el ver que este género de gobierno no era realizable en la antigua América Española porque carece de todos los principios que lo constituyen y porque tendría que sufrir una espantosa anarquía que sería lo de menos, si se consiguiesen los resultados; pero que la experiencia de los siglos nos demuestra que sus consecuencias son las de caer bajo el yugo de un déspota.<sup>17</sup>

El matiz que pretendemos marcar surge claro de estas misivas: San Martín expresa su convicción republicana mas, a continuación, enuncia los motivos de política exterior e interior que estratégicamente lo llevan a dejar de lado sus ideas, a fin de lograr el objetivo de consolidación de la independencia del nuevo Estado. En la tensión entre convicciones, posibilidades y necesidad aquellas quedan postergadas.

Sus convicciones republicanas, sin embargo, se ratifican cuando Vicente López como Secretario Interino de Gobierno, en enero de 1817, le hace saber: “queda dada la orden para que por la Comisaría de Guerra se remitan a V.E. los doce ejemplares de la obra de Thomas Payne (sic), a que se refería el oficio de 15 de diciembre anterior; y por disposición Suprema lo aviso a V.E. en respuesta.”<sup>18</sup> El propio San Martín los había



pedido con evidente anterioridad y resulta manifiesta la intención de difusión, habida cuenta del número de ejemplares solicitado. No se trataba de un libro que podría haber pedido para su biblioteca, sino de una cantidad que solo se justifica en la pretensión de propagar al autor y sus ideas.

No podemos saber a ciencia cierta de qué obra de Paine se trataba, pues no figura ningún libro de este autor en los inventarios conocidos de la librería sanmartiniana. Pero es legítimo suponer que se trataba en realidad del libro de Manuel García de Sena, titulado *La independencia de la costa firme justificada por Thomas Paine treinta años ha* en la que el venezolano traduce y publica en Filadelfia en 1811, fragmentos de diversas obras de este autor, tales como *El sentido común*, la *Disertación sobre los primeros principios del gobierno* y la *Disertación acerca del gobierno*. La traducción incluía los *Artículos de Confederación*, primera constitución norteamericana, la *Constitución de Filadelfia* y las de diversos estados de aquel país. Y decimos que es legítimo suponer que esta sea la obra requerida por San Martín, por cuanto en la *Gazeta* del 6 de abril de 1816 se publicitaba su venta, lo que acredita su circulación en el Río de la Plata en ese momento.

Lo importante aquí es destacar que no había en aquel tiempo pensador más antimonárquico y republicano que Paine y si el *Libertador* lo divulga es evidente que comparte sus ideas.

Sin embargo, el análisis de las posibilidades de instaurar un régimen republicano lo llevan a comprender su inconveniencia: la falta de educación, la persistencia de hábitos contraídos bajo el dominio español, los enfrentamientos internos y la tendencia a la división, conspiran contra su concreción. Y, sobre todo, alimentan el peligro de la anarquía, que era ya una realidad palpable en esos años. La monarquía constitucional parecía asegurar la unidad, condición indispensable para el logro del fin mayor: la consolidación de la independencia.

La necesidad política lo empujaba en la misma dirección. La independencia suponía ganar batallas en tres frentes diferentes. El primero, formal, jurídico y simbólico, requería su declaración: la proclamación explícita de la decisión de constituirse en un nuevo Estado ajeno a todo

sometimiento, según se hará en Tucumán el 9 de julio de 1816, como lo requería insistentemente San Martín a Godoy Cruz. El segundo reclamaba concretar en el terreno militar aquella decisión. De poco servía tal declaración si no se vencía a las tropas españolas, alejando toda posibilidad de la reimplantación del dominio español en América. Y el tercero, que cerraba el ciclo independentista, exigía el reconocimiento internacional de los nuevos Estados. Lo cierto es que, como había advertido Belgrano al Congreso en Tucumán, en Europa soplaban vientos monarquizantes tras la derrota de Napoleón. Las repúblicas no eran bien vistas. La Santa Alianza dominaba el escenario político del momento y sostenía con firmeza el espíritu monárquico. Si los nuevos Estados americanos pretendían alcanzar el reconocimiento de su independencia en Europa, la opción por las formas republicanas no contribuía a ese fin. Si se pretendía algún apoyo diplomático europeo y, más aún, el reconocimiento de la independencia, la opción por la monarquía constitucional aparecía como la más prudente y política de acuerdo al panorama internacional imperante.

En fin, posibilidades y necesidades conspiran contra todo intento republicano, por ello desde su estancia en Cuyo deja de lado sus convicciones y se inclina por una monarquía constitucional. En su periplo americano no creyó posible concretar sus convicciones y, constreñido por las posibilidades reales de nuestras sociedades y la necesidad de lograr el reconocimiento de la independencia, optó por la monarquía constitucional como la opción prudencial que facilitaría este objetivo central.

Posibilidades y necesidad influyen también en él a la hora de valorar el federalismo. En carta a Godoy Cruz del 24 de febrero de 1816, le expresa:

Me muero cada vez que oigo hablar de Federación: ¿no sería más conveniente trasplantar la Capital a otro punto, cortando por este medio las justas quejas de las provincias? (...) Amigo mío, si con todas las provincias y sus recursos somos débiles, que nos sucederá aislada cada una de ellas, agregue Ud. a esto la rivalidad de vecindad y los intereses encontrados de todas ellas, y concluirá Ud. que todo se volverá una leonera, cuyo tercero en discordia será el enemigo.<sup>21</sup>



Para concluir destaco la carta que le envía el 20 de noviembre de 1.815 a Álvarez Thomas, que en ese momento cumplía como interino la función de Director Supremo, diciéndole:

Por las adjuntas cartas de Don José Miguel Carrera que han sido interceptadas casualmente, se convencerá V.E. de que este individuo y sus partidarios no cesan de maquinan contra la tranquilidad pública, y verdaderos intereses de Chile como ya he tenido el honor de anunciarlo a V.E. en mis comunicaciones de 13 y 16 del presente. (...) en dos cartas que he tenido a la vista proyectan la creación de una Logia Masonico – Chilena, bajo el preciso pacto de que no debe gobernar ni militar en Chile, ninguno que no sea hijo de aquel territorio, y a cuya apertura han designado la Ciudad de San Juan. El íntimo convencimiento de los males que producirá la tolerancia sobre este particular me ha instigado a prevenir a su Teniente Gobernador, persiga con el mayor empeño a los comisionados de tal proyecto, y yo pretexto a V.E. que lo verificaré hasta destruir sus miserables máximas.

La dureza de sus expresiones sobre la creación de la logia masónica pareciera darle razón a los que sostienen que San Martín no era masón.

1 Jesús A. MARTÍNEZ MARTÍN, *Lectura y lectores en el Madrid del Siglo XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1.991, pág. 265 y ss.

2 Manuel RAVINA MARTÍN, “El mundo del libro en el Cádiz de la Ilustración”, en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, N° 9, 2001, pág. 96.

3 Fritz VALJAVEC, *Historia de la Ilustración en Occidente*, Madrid, RIALP, 1.964, pág. 289.

4 “Libro copiador de la correspondencia del Gobernador Intendente de Cuyo”, en *Anales del Instituto de Historia y Disciplinas Auxiliares*, T.

II, U.N.C., Fac. de Filosofía y Letras, Mendoza, 1.950, pág. 232/33.

5 VOLTAIRE, *Cartas filosóficas*, Bs.As., Centro Editor de América Latina, 1.986, pág. 63 y ss.

6 “El descubrimiento de la vacuna contra la viruela se convirtió en una de las principales acciones médicas de la época de la Ilustración, debida al genio de Jenner...” Alberto GARCÍA VALDÉS, *Historia de la medicina*, Madrid, Interamericana-McGraw-Hill, 1.987, pág. 222.

7 *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, Reimpresión facsimilar publicada por la Junta de Historia y Numismática Americana, Bs.As., 1.937, T. III, pág. 396 y ss.

8 Oficio de San Martín al Cabildo, 25 de marzo de 1816, en *Documentos del Archivo de San Martín*, T.II, pág. 519.

9 MONTESQUIEU, *El espíritu de las leyes*, Bs.As., El Ateneo, 1.951, Libro VI, Cap. IX, pág. 125.

10 “Al comandante don José Godoy. — Tengo á la vista la razón de los fondos con que cuenta el colegio de educación pública que debe establecerse en esta ciudad y me incluye usted en nota 16 del corriente. En efecto, ellas demuestran el celoso empeño con que se han dedicado ustedes á esta obra interesante. (...) Yo espero que terminadas las inevitables alteraciones de la guerra adquirirá la obra todo su complemento. (...) Ustedes conocen demasiado el espíritu que mueve al gobierno para esta providencia. Primero es ser que obrar. Las armas nos dan por ahora la existencia. Asegurada ésta por los esfuerzos militares, podremos entonces dedicarnos al interesante cultivo de las letras, que ahora la guerra y escasez suma de recursos paralizan desgraciadamente. Enero de 1816.” De los libros copiadores del Gobernador Intendente, en *Documentos del Archivo de San Martín*, T.II, pág. 279.

11 28 de setiembre de 1.815, “Libro copiador de la correspondencia del Gobernador Intendente de Cuyo”, en *Anales del Instituto de Historia y Disciplinas Auxiliares*, T. II, U.N.C., Fac. de Filosofía y Letras, Mendoza, 1.950, pag. 494.

12 *Archivo Histórico de Mendoza*, Caja 283-Doc.34.

13 *Archivo Histórico de Mendoza*, Caja 283-Doc. 64.

14 Fernando Enrique BARBA, “En torno al pensamiento político de San Martín” en *Boletín digital de la Academia Nacional de la Historia de la República Argentina*, N° 29, 1er. Semestre de



2.018, pág. 7.

15 Germán LEGUÍA Y MARTÍNEZ, Historia de la Emancipación del Perú: el Protectorado, T.V., Lima, Comisión Nacional del sesquicentenario de la

independencia del Perú, 1.972, pág. 1.

16 Documentos para la historia del Libertador General San Martín, T. III, pág. 451.

17 *Ibíd.*, T. XX, pág. 95.

18 D.H.L.G.S.M., T. V, pág. 15.

19 La independencia de la costa firme justificada por Thomas Paine treinta años ha, traducida del inglés al español por Manuel GARCÍA DE SENA, Caracas, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1.930.

20 Gaceta de Buenos Aires (1.810-1.821), Reimpresión facsimilar, Bs.As., Junta de Historia y Numismática Americana, 1.912, T. IV, pág. 514.

21 *Ibíd.*, T. III, pág. 239.



# PRESENTACIÓN DEL DOCTOR CLAUDIO PANELLA COMO MIEMBRO DE NÚMERO, POR FERNANDO ENRIQUE BARBA

DR. FERNANDO BARBA

*Académico de número de la Academia Nacional de la Historia*

El Doctor Claudio Panella, Profesor, Licenciado y Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata, es autor de libros y artículos en revistas especializadas, tiene una destacada trayectoria en la docencia universitaria y se ha desempeñado como Director del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires “Dr. Ricardo Levene”. Por sus antecedentes y reconocidos méritos, la Academia Nacional de la Historia lo designó en su sesión del mes de noviembre de 2019 como miembro de Número de la Institución.

El Doctor Claudio Panella nació en La Plata en 1959 y desarrolló sus estudios en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de dicha ciudad, donde obtuvo el grado de Profesor en Historia en el año 1986 para más tarde egresar, de la misma casa de estudios, en 1999, como Doctor en Historia con promedio sobresaliente con una tesis publicada como *La ley de Aduana de 1836 y su incidencia en las provincias. Un aspecto de la economía rosista* (2000).

Sin embargo, sus inclinaciones históricas pronto se dirigieron al estudio del peronismo desde muy diversos aspectos; fruto de ellos fueron diversas publicaciones como artículos en revistas académicas nacionales –entre ellas *Investigaciones y Ensayos*– y extranjeras, y libros como autor o compilador, entre ellos: *La Prensa y el peronismo. Crisis, conflicto, expropiación* (1999); *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946–1952)*. Un caso de peronismo provincial (2005); *El Congreso Normalizador de la CGT de 1957. La resistencia obrera y el surgimiento de las 62 Organizaciones* (2008); *Peronismo y prensa escrita. Abordajes, miradas e interpretaciones nacionales y extranjeras* (2008); *Ideas y debates para la Nueva Argentina. Revistas culturales y políticas del peronismo (1946–1955)* (2010); *La segunda línea. Liderazgo peronista 1945–1955* (2014); *En busca de la Comunidad Organizada. Organizaciones políticas, sociales, económicas y culturales del*

primer peronismo (2018). Sin duda los mismos han sido un interesante y valioso aporte a la temática y actualmente es reconocido en el ambiente como un importante referente del mencionado campo de conocimiento.

Como Docente-Investigador de la Universidad Nacional de La Plata desde 1995, actúa con sede en el Centro de Historia/Comunicación/Periodismo/Medios (CEHICOPEME) de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social.

Además de integrar nuestra institución como Académico Correspondiente en la Provincia de Buenos Aires, también forma parte de la Asociación Argentina de Historia Oral (AHORA); de la Red de Estudios sobre el Peronismo (nodo UNLP); del Consejo Asesor del Centro de Documentación e Investigación acerca del Peronismo (UNSAM); y del Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Eva Perón.

Su carrera docente la realizó en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP desde 1989, obteniendo todos los cargos por concurso, desde Ayudante Diplomado hasta Profesor Titular de la materia Historia Argentina Contemporánea. También ha dictado seminarios sobre temáticas afines y clases en las extensiones áulicas de la misma Facultad, en la Escuela Superior de Trabajo Social (UNLP) y en el Departamento de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Lanús.

Ha sido Director del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires “Dr. Ricardo Levene” (2001–2012), donde desempeñó diversos cargos hasta llegar al mismo. Ha dictado de Cursos Básicos de Capacitación Archivística en municipios bonaerenses y ha sido Presidente de la Comisión Argentina de Desarrollo de Archivos (2003–2006). Actualmente integra el Equipo Editorial de la revista *Hilos Documentales*, publicación del Archivo Histórico de la Universidad Nacional de La Plata.



Desde el año 1986 ha participado en numerosos Congresos, Jornadas, Encuentros, etc. tanto en el país como en el exterior, con presentación de trabajos y ponencias sobre temáticas referidas a historia de medios de comunicación escritos, peronismo clásico y movimiento obrero, además de archivística, con aportes teóricos y prácticos acerca de esta disciplina.

La trayectoria del Dr. Claudio Panella a través de los años lo destacan como un investigador estudioso que en sus escritos ha procurado

ampliar el campo de conocimiento histórico en las temáticas que ha abordado desde perspectivas diversas.

Estos son entonces parte de los méritos por los cuales ha sido honrado con la designación de Académico de Número; estamos convencidos de que ha ser de gran provecho su incorporación a nuestra Institución. Por todo ello lo felicitamos y auguramos el mejor de los éxitos.



# MIRADAS ENCONTRADAS. PUBLICACIONES CULTURALES EN TIEMPOS DEL PRIMER PERONISMO

DR. CLAUDIO PANELLA

*Académico de número de la Academia Nacional de la Historia*

El surgimiento del peronismo en la vida argentina constituyó un pico de intensa polarización no solo política e ideológica sino también cultural. El abordaje de este movimiento político lo fue desde distintos ángulos y perspectivas no solo por parte de historiadores sino también de sociólogos, politólogos, economistas, filósofos, escritores tanto argentinos como extranjeros, desde su mismo nacimiento y hasta el presente. En esta exposición, la aproximación al fenómeno estará dada por las miradas y posicionamientos que sobre el mismo se dieron a conocer en publicaciones periódicas de carácter cultural editadas durante los primeros gobiernos justicialistas y los momentos posteriores a su derrocamiento. En ese sentido, se suma a la corriente que desde hace algunos años viene elaborando y publicando estudios sistemáticos sobre distintas revistas que aparecieron en el país durante el siglo XX -sus características, ideología, influencia, etc., lo que las ha legitimado como objeto de estudio.

## EL IMPACTO DEL PERONISMO EN LA VIDA CULTURAL

La aparición del peronismo en la escena nacional vino a trastocar parámetros no solo político-institucionales y socioeconómicos sino también, y muy especialmente, culturales. Es que este movimiento político se presentaba a sí mismo -y el paso del tiempo lo corroboraría- como destinado a marcar un nuevo rumbo a la historia argentina. Esencialmente democrático aunque con modos de actuar irritativos, el peronismo irrumpió en el escenario provocando el rechazo del establishment cultural de la época. En efecto, la mayoría de los intelectuales y los medios de comunicación e instituciones a través de las cuáles éstos se expresaban, se mostraron adversos al nuevo movimiento, al que entendieron como autoritario y, consecuentemente, contrario a los valores

culturales establecidos, fundados en el liberalismo. Desde mediados de la década de 1940 entonces, se fue forjando un imaginario en los sectores altos y medios de la sociedad argentina donde se descalificó al peronismo como un remedo vernáculo de los fascismos europeos vencidos en la guerra. Sucedió que no pocos intelectuales pasaron a militar, sin matices ni escalas, del antifascismo en tiempos de la conflagración mundial al antiperonismo de la posguerra.

El antiintelectualismo atribuido al peronismo comenzó desde muy temprano, contemporáneamente a la aparición y difusión del slogan “alpargatas sí, libros no” con el cuál se lo calificó, tanto como a la supuesta actitud refractaria al conocimiento por parte de sus seguidores. Por caso, fue el periódico *La Vanguardia* y una de sus plumas más consecuentes, la de Américo Ghioldi, el que propaló hasta el hartazgo la frase como derivación directa de la dicotomía sarmientina de “civilización y barbarie”, muy ligeramente reinterpretada por el dirigente socialista (Ghioldi, 1946).

Si esta era la mirada que prevalecía entre los intelectuales respecto del peronismo, resultaba lógico que los mismos pensarán que poco o nada parecido a una política cultural que mereciese ese nombre podía elaborarse desde dicho gobierno. Y menos aún se concebía la adhesión de intelectuales que podía concitar. Sin embargo, no fueron pocos los hombres y mujeres del ámbito de la cultura, provenientes desde distintos orígenes, -el nacionalismo católico, el radicalismo, la izquierda- que brindaron su apoyo al peronismo y pusieron a su disposición prestigio y trayectoria. Entre otros, y sin agotar la lista, puede citarse a Leopoldo Marechal, Carlos Astrada, José M. Castiñeira de Dios, César Tiempo, María Granata, Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, Nicolás Olivari, José M. Fernández Unsain, Ernesto Palacio, Elías Castelnuovo, Julia Prilutzky Farny, Fermín Chávez, Manuel Gálvez, Horacio Rega Molina,



Arturo Cambours Ocampo, Enrique S. Discépolo, Manuel Ugarte, Homero Manzi, Juan O. Ponferrada, Cátulo Castillo, Armando Cascella, Jorge A. Ramos. Sin embargo, no se trata aquí

de realizar un cotejo cuantitativo ni tampoco comparativo, sino de poner de manifiesto que el movimiento político nacido el 17 de octubre de 1945 contó con un apoyo nada desdeñable en el campo de la cultura en el cual el antiperonismo, de derecha a izquierda, era la expresión dominante. Efectivamente, con mayor o menor grado de intensidad y adhesión, contribuyeron en la medida de sus posibilidades y en sus respectivos ámbitos –universitarios, literarios, periodísticos– a llevar a cabo emprendimientos que tuvieron como fin disputar aquel campo. Paralelamente, varios de ellos hicieron clara su colaboración con el gobierno en sus esfuerzos por democratizar el acceso a los bienes culturales en beneficio de los sectores populares.

En este sentido, aquella visión sesgada y condenatoria en extremo respecto de la supuesta aversión del peronismo a la cultura y sus exponentes se mantuvo en el tiempo, aunque fue disminuyendo en los últimos años, al menos con la virulencia originaria. Es así que estudios de reciente aparición abordan sin prejuicios la relación entre el peronismo, la cultura y los intelectuales (Altamirano, 2001; Fiorucci, 2011; Korn, 2007; Sarlo, 2001; Terán, 2009). Tal vez, las investigaciones académicas sobre políticas culturales promovidas por aquel gobierno debieran avanzar más firmemente en torno al eje “alpargatas sí, libros también” (Soria, Cortéz Rocca y Dieleke, 2010, p. 11), que logre desplazar finalmente al tan mentado “alpargatas sí, libros no”, que se niega a desaparecer del todo (Sigal, 2002, pp. 512, 516).

## LAS REVISTAS

De forma general puede aceptarse que una revista es un medio de expresión escrito que desempeña una función trascendente en el campo intelectual. Un emprendimiento destinado a captar/influenciar a un determinado sector de la sociedad que se siente atraído por las temáticas más diversas: política, filosofía, espectáculos, arte, humor, deportes, historia, literatura entre otras. Es decir, a un segmento de personas interesado

en adquirir información y conocimiento sobre estas cuestiones, con una cuota de profundidad y reflexión mayor y más duradera tal vez que la que puede encontrar en la prensa diaria. Así, la revista viene a ocupar un lugar ubicado a mitad de camino entre el carácter de actualidad de los diarios y el de la reflexión que permiten los libros (Girbal de Blacha y Quatrocchi-Woison, 1997, p. 15).

En el caso específico de las revistas culturales, expresan las inquietudes de un grupo o conjunto de intelectuales que buscan a través de las mismas la difusión de su mensaje con la voluntad de intervenir en los debates culturales del presente, de allí que se convierten en miradores desde el cual se pueden seguir los avatares de la vida intelectual de un país (Tarcus, 2007, pp. 222-223). Sucede que las revistas generan conocimiento, opiniones, intercambio y también debate; expresan y difunden ideas y valores, cuyas repercusiones, en algunos casos, inciden notablemente en el imaginario colectivo, en la acción política, en el universo cultural de una sociedad. En otros términos, ponen en circulación, legitiman, construyen, definen y discuten en torno a problemas, temáticas, tradiciones y prácticas relevantes en relación con el espacio definido en el que se inscriben sus acciones (Delgado, 2014, pp. 18-19). En este sentido, puede asegurarse que no ha habido movimiento social, político, filosófico, científico o artístico que no haya encontrado en las revistas “su canal de propaganda y su trinchera de discusión” (Sicilia, 2008, p. 10). De allí que las revistas se han convertido en fuentes indispensables para el estudio de la historia intelectual en la medida en que establecen vasos comunicantes entre la dimensión cultural y la política (Sarlo, 1992, p. 15).

## LOS AÑOS PERONISTAS

Los años del primer peronismo se inscriben en el marco de lo que se ha denominado la “época de oro” de la industria editorial argentina, un período que abarcó desde la guerra civil española, ligado al surgimiento de casas editoriales fundadas por exiliados republicanos, como Sudamericana o Losada, hasta mediados de la década de 1950, relacionado con la pérdida mercados extranjeros, que fue paralelo a la recuperación que tuvo la



industria editorial española (de Diego, 2014, pp. 97-133). El proceso de expansión de la industria en los años citados fue significativo, con cifras elocuentes, lo que habla de la ampliación del mercado lector

(Giuliani, 2018). Por caso, el total de ejemplares impresos en el período 1936-1940 fue de 34 millones, que ascendió a 169 millones en los años 1951-1955. Más del 40 % de la producción se exportaba y Argentina proveyó, en la década de 1940, el 80 % de los libros que importaba España. En 1942 se exportaron 11.280.000 libros, que ascendieron a 24.280.500 en 1947, pero que disminuyeron a 8.843.230 en 1961 (de Diego, pp. 112-113). Algo similar ocurrió con las publicaciones periódicas: en 1940 se editaron 1079 títulos, que una década más tarde se situaron en 1680 (Rivera, 1981, p. 593). Debe ponerse de manifiesto asimismo que el terreno para este auge editorial estaba abonado, pues en las dos décadas anteriores se venía desarrollando un proceso de modernización de la sociedad y de expansión de las industriales culturales que, junto con un descenso del analfabetismo (35,9 % en 1914, 13,6 % en 1947, 8,5 % en 1960), contribuyeron a aumentar el público lector.

En el caso específico de las revistas, a comienzos de la década de 1940, con un mercado interno en pleno desarrollo, ávido de lectura, la masividad del consumo es un dato a destacar. Así, publicaciones humorísticas como *Patoruzú* o *Rico Tipo* alcanzaron tiradas de 300.000 y 200.000 ejemplares respectivamente; lo mismo sucedía con deportivas como *El Gráfico* (200.000) (Eujanián, 1999, pp. 128,160) y, desde 1949, su competidora *Mundo Deportivo* (220.000) (Aloé, 1969, p. 248). Otras revistas, como *Billiken* (infantil), *Radiolandia* (espectáculos), *El Hogar* o *Mundo Argentino* (de interés general) también estaban fuertemente instaladas en el mercado.

Sobre las revistas de carácter cultural, y tal vez porque llegaban a un público acotado, la censura gubernativa no se hizo sentir, como sí ocurría con los medios masivos de comunicación de entonces, por caso los periódicos y la radio. De allí la publicación durante los años justicialistas de revistas escritas por intelectuales críticos del gobierno, como *Los Anales de Buenos Aires* (1946-1948), dirigida por Jorge Luis Borges, *Expresión* (1946-1947, Héctor Agosti), *Ver y Estimar* (1946-

1955, Jorge Romero Brest), *Realidad* (1947-1949, Francisco Romero), *Liberalis* (1949-1961, Rodolfo Fitte), *Cuadernos de Cultura* (1947 y 1951-1967, Héctor Agosti), *Imago Mundi* (1953-1956, José L. Romero), *Contorno* (1953-1956, Ismael y David Viñas) o *Centro* (1951-1959), que se sumaron a la reconocida *Sur*, que se editaba desde 1931 –y lo haría hasta 1992–.

En la vereda de enfrente, desde distintas agencias oficiales (ministerios, secretarías, universidades) o desde empresas culturales llevadas adelante por intelectuales que adherían al gobierno, también se editaron publicaciones periódicas: *Hechos e Ideas* (1947-1955), *Continente* (1947-1955); *Cuadernos de Filosofía* (1948-1954), *Sexto Continente* (1949-1950), *Latitud 34* (1949-1950), *Poesía Argentina* (1949-1950), *Argentina* (1949-1950) y *Cultura* (1949-1951) son algunas de ellas.

A continuación, una aproximación a las características y contenidos de varias de estas revistas, con especial referencia a las distintas interpretaciones y miradas que brindaron acerca del peronismo, las que se inscribieron, con mayor o menor fuerza, en la disputa del campo cultural y político de la época.

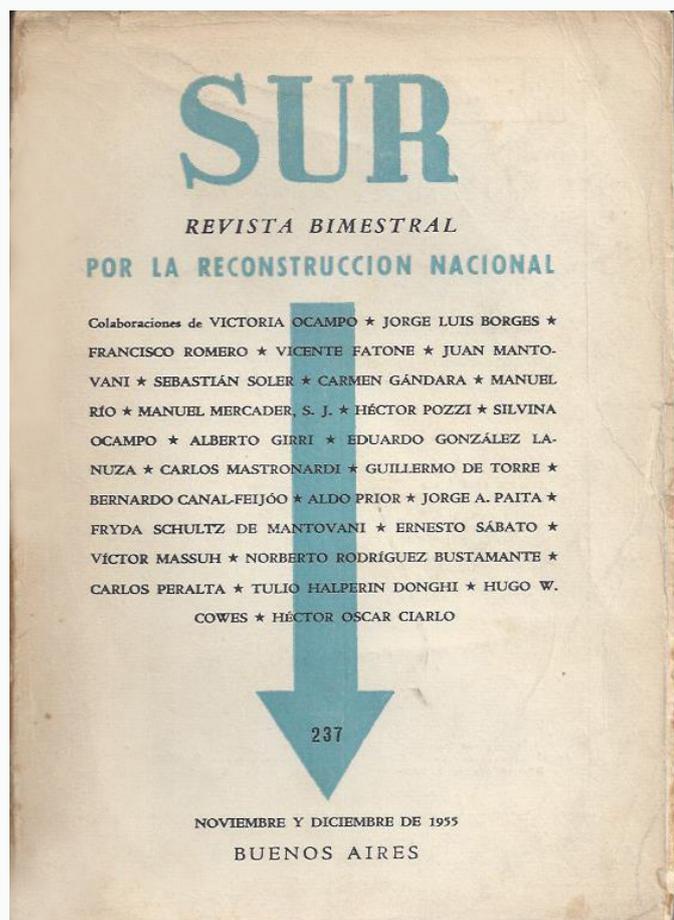
## **SUR, REALIDAD Y CONTORNO: EL PERONISMO ENTRE LA FARSA Y EL FASCISMO**

En el verano de 1931 la escritora Victoria Ocampo funda y dirige la revista *Sur*, la que se convertirá en una publicación ampliamente reconocida en el campo de las letras.<sup>1</sup> Contó en su larga vida con numerosos colaboradores de primer nivel tanto argentinos como extranjeros; entre los primeros a Jorge L. Borges, Adolfo Bioy Casares, Ernesto Sábató, Bernardo Canal Feijóo, Guillermo de Torre, Eduardo Mallea, Silvina Ocampo, María Rosa Oliver, Héctor Murena, Oliverio Girondo. De los segundos, Waldo Frank, Pierre Drieu La Rochelle, Gabriela Mistral, Pedro Henríquez Ureña, Amado Alonso, Alfonso Reyes, José Ortega y Gasset entre otros. En forma escueta puede decirse que la revista adoptó un ideal de cultura asociado al universalismo, la afiliación al liberalismo argentino y la autorrepresentación de apoliticismo (Fiorucci, 2011, p. 125). Objetivos específicos fueron hacer conocer lo mejor de la cultura europea, difundir a los escritores argentinos



en el extranjero y formar la élite futura (Gramuglio, 1983, p. 9). Con relación al apoliticismo, la revista no hizo ninguna referencia al gobierno de facto del general José F. Uriburu ni a las sucesivas administraciones

conservadoras de la década de 1930, llegadas al poder mediante el fraude electoral. En el ámbito internacional en cambio, Sur se situó claramente en el campo antifascista, lo que la llevó a identificarse con la República española durante la guerra civil y luego con el bando aliado en la Segunda Guerra Mundial (Vázquez, 2011, pp. 237-266). Al fin de la contienda, publicó un número especial (Sur N° 129, 1945) en el que se celebraba la paz y se fustigaba a los fascismos vencidos en Europa pero alertaba acerca de su posible continuidad en otros países, en una evidente referencia a la Argentina gobernada por los militares donde la figura de Perón se situaba en primer plano (Donnaioni Moratto, 2015, pp. 127-129).



*“Revista Sur”*

Durante los años en que la Argentina fue presidida por aquel, Sur no realizó críticas directas y específicas a ese momento político, sino que sus colaboradores, en no pocos artículos y notas,

apelaron a la alusión, a la aproximación indirecta, a la comparación histórica solapada. Efectivamente, los lectores de la revista entendían perfectamente la crítica al presidente y su gobierno cuando los colaboradores de la misma denostaban a Rosas y su régimen, recordaban positivamente la línea Mayo-Caseros, reivindicaban el legado civilizatorio de Sarmiento o conmemoraban en 1951 el centenario del fallecimiento de Esteban Echeverría. Tampoco Sur hizo mención alguna de Eva Perón en vida ni cuando ocurrió su fallecimiento: no hubo nota necrológica sino solo dos delgadas orlas negras en los extremos superior izquierdo e inferior derecho de la portada del número correspondiente a julio-agosto de 1952, para cumplir de ese modo con el decreto del gobierno sobre duelo nacional (Sur N° 213-214, 1952).

Una vez derrocado Perón, Sur, contrariando una postura fundacional, publicó un número dedicado íntegramente a hacer explícito su posicionamiento frente a aquel y a su gobierno, situándose en el cruce entre literatura y política. Titulado “Por la reconstrucción nacional”, en casi 150 páginas 26 autores, entre los que se contaban la directora de la revista, su hermana Silvina, Jorge Luis Borges, Francisco Romero, Ernesto Sabato, Vicente Fatone, Carmen Gándara, Juan Mantovani, Alberto Girri, Eduardo González Lanuza, Víctor Massuh, Bernardo Canal-Feijóo, Juan Mantovani, Tulio Halperin Donghi y Guillermo de Torre, expusieron sus opiniones en sendas notas que trataban temas como la libertad, la educación, la universidad, el periodismo, el sindicalismo y la historiografía, unánimemente críticas del peronismo.

El editorial de Victoria Ocampo, titulado “La hora de la verdad”, daría el tono y el sentido general del número. Allí ejemplificaba, con los padecimientos que sufrió cuando fue encarcelada por espacio de un mes acusada de estar involucrada en el atentado terrorista del 15 de abril de 1953 en la Plaza de Mayo en una concentración de partidarios del gobierno que provocó muertos y heridos, el rostro oprobioso del peronismo. Reflexionaba Victoria:

En efecto, durante mi estadía en el Buen Pastor había descubierto, entre otras cosas, que la cárcel material es menos penosa, hasta menos peligrosa moralmente para los inocentes que la otra cárcel: la que había conocido en



las casas, en las calles de Buenos Aires, en el aire mismo que respiraba. Esa otra cárcel invisible nace del miedo a la cárcel, y bien lo saben

los dictadores (...) Sí, moralmente, bajo la dictadura uno se sentía más libre en la cárcel que en la calle. Y se sentía uno más libre porque allí se vivía más cerca de la verdad (Sur N° 237, 1955, pp. 3-4, 5).

La metáfora refiere a la sensación de encierro y de vigilancia continuos, del temor a un peligro inminente: “Puede decirse, sin exageración, que vivíamos en un estado de perpetua violación. Todo era violado, la correspondencia, la ley, la libertad de pensamiento, la persona humana” (Sur N° 237, 1955, p. 5). Sin embargo, las expresiones de la directora de Sur aparecen como desmesuradas, sobre todo si se considera que ni la revista ni la editorial sufrieron ningún intento de cierre en esos años. Tal vez, como se ha señalado, en la coyuntura en la que fueron expresados estos conceptos Victoria Ocampo procuró conferirse a sí misma el lugar de víctima ilustre ante un enemigo todopoderoso (Podlubne, 2014, p. 47).

Jorge Luis Borges, que acababa de aceptar el ofrecimiento del gobierno de facto de dirigir la Biblioteca Nacional, fue autor de uno de los artículos más críticos del gobierno derrocado, titulado “L’illusion comique”, en el que sentenciaba:

Durante los años de oprobio y de bobería, los métodos de la propaganda comercial y de la littérature pour concierges fueron aplicados al gobierno de la república. Hubo así dos historias: una, de índole criminal, hecha de cárceles, torturas, prostituciones, robos, muertes e incendios; otra, de carácter escénico, hecha de necedades y fábulas para consumo de patanes (Sur N° 237, 1955, p. 9).

En torno a esta segunda definición girarían las palabras de Borges, quien calificaba a Perón como un dictador que había llevado a cabo una sucesión de simulaciones durante una década, desde el 17 de octubre de 1945 hasta su intención

de renunciar a la presidencia el 31 de agosto de 1955, en la cual los habitantes del país “sabían o sentían que se trataba de una ficción escénica (...) básteme denunciar la ambigüedad de las ficciones del abolido régimen, que no podían ser creídas y eran creídas” (Sur N° 237, 1955, p. 10).

Lo cierto fue que para los intelectuales de Sur el peronismo se había constituido, además de una dictadura, en una pesadilla que felizmente se convertiría en pasajera a partir de septiembre de 1955, por lo que la mirada debía estar puesta en el futuro, sin advertir seguramente que el mismo no podía ser, de ningún modo, un retorno a los años anteriores a 1945.

A comienzos de 1947 aparece una revista cultural en cuya génesis y vida convergieron intelectuales argentinos y españoles exiliados como consecuencia de la Guerra Civil, todos ellos enfrentados con el gobierno peronista: Realidad. La misma fue dirigida por el filósofo Francisco Romero, quien estuvo acompañado en la Secretaría de Redacción por los peninsulares Francisco Ayala, Lorenzo Luzuriaga, Amado Alonso y Julio Rey Pastor, y los argentinos Eduardo Mallea, Carlos Alberto Erro, Ezequiel Martínez Estrada, Sebastián Soler, Raúl Prebisch y Carmen Rodríguez Larreta de Gándara, también mecenas del proyecto junto con las editoriales Losada y Sudamericana. En los últimos números se agregaron José Luis Romero y Guillermo de Torre. La definición de sus objetivos fueron planteados en el primer número de la revista:

Realidad se llama esta publicación, porque intenta atender –desde nuestro mirador argentino y con la contribución de muchas mentes vueltas hacia el enigma de nuestro tiempo–, a la vasta realidad contemporánea, a la que somos nosotros, a la total en la que deseamos insertar cada vez más nuestra presencia patente y operante. Le hemos impuesto como subtítulo Revista de Ideas, porque en cuanto pensamiento y por el pensamiento interviene en lo real el escritor (Realidad N° 1, 1947, p. 4).

Era Realidad una publicación cultural, no estrictamente literaria, pues tenía como programa “la consideración de la vida de la cultura” (Realidad N° 1, 1947, p. 4), aunque mantenía lazos con Sur,



donde publicaban varios de sus colaboradores.

La revista, cuyo tema central era la cultura occidental, publicó ensayos de alto nivel sobre política, filosofía, literatura y sociología, constituyéndose en una publicación de reflexión cultural a cargo de intelectuales críticos, cuya mirada sobre la realidad argentina y mundial se posaba en el liberalismo humanista occidental. Efectivamente, sus colaboradores se posicionaron claramente en oposición a los regímenes fascistas vencidos en la guerra, pero también en contra del comunismo estalinista (Guber, 1999, pp. 381, 387; Martín, 2013, p. 75).

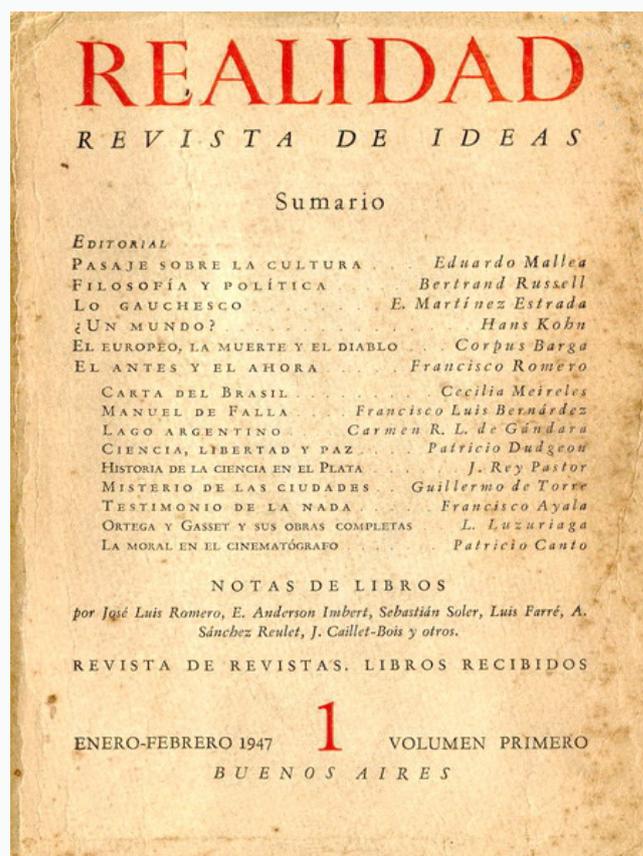
Los artículos referidos a la Argentina del momento fueron escasos; todo lo contrario ocurrió con las alusiones indirectas. Dichos trabajos se ocuparon del siglo XIX, particularmente de la Generación del '37, Esteban Echeverría y, sobre todo, Domingo F. Sarmiento, implícitamente contrapuestos a Juan M. de Rosas y su régimen (Romero, 2013, p. 40). Y, consecuentemente, a Perón, fiel continuador de aquel para la intelectualidad antiperonista. Carlos A. Erro por caso, ponderaba del siguiente modo al sanjuanino en el artículo titulado “Un Sarmiento ahistórico”:

Sarmiento tuvo que transar porque fue el gobernante de una democracia y solo los dictadores pueden gobernar –en contadísimos casos, por otra parte– sin transigir. Y de aquí no cabe deducir ningún reproche valedero contra Sarmiento, porque tanto valdría renegar de algo inseparable de la democracia (Realidad N° 2, 1947, p. 269).

Otro tipo de alusión fue la ensayada por Francisco Ayala, quién, sin referirse concretamente a la Argentina, expuso conceptos que pasaban por analizar la democracia, la contraposición entre el liberalismo y demagogia, y la manipulación de las masas, de fácil comparación con el gobierno argentino de entonces. En un artículo titulado “El hombre al día”, expresaba:

Desde cierto punto de vista, la diferencia entre aquellos regímenes políticos que conservan la estructura democrática liberal y siguen funcionando según sus dispositivos electorales y aquellos

otros que han adoptado una estructura dictatorial, sin ser insignificante en orden a la posible libertad del individuo (...) apenas constituye una diferencia de grado: la atmósfera pública es, en el fondo, igualmente perversa, e igualmente desoladoras las perspectivas para la persona humana. Acaso, vista la inseguridad en que el ciudadano de las democracias vive, pendiente siempre de las sentencias del sufragio –ese oráculo irracional manejado por sospechosos y oscuros muñidores–, se piense que la entrega entusiasta, clamorosa, a la dirección de algún monarca plebeyo sea un movimiento de las masas para librarse, a la desesperada, del desamparo que el hombre actual sufre en una democracia sin dioses (Realidad N° 10, 1948, p. 35).



“Revista Realidad”

Realidad dejó de aparecer, luego de 18 números publicados, en diciembre de 1949 por razones económicas.

En noviembre de 1953 una nueva revista comenzó a editarse en Buenos Aires, Contorno,



proponiendo un proyecto cultural de izquierda, de reflexión y discusión de la crítica literaria (Croce, 1996 y 1999; Firpo, 1992; Molayoli, 2009/2010). Calificada de “denuncialista”, enfocaba sus

críticas a ciertos aspectos de la novela argentina desde la perspectiva del intelectual comprometido a tono con la impronta esgrimida por Jean Paul Sartre. Fue dirigida por los hermanos David e Ismael Viñas, que fueron acompañados por colaboradores estables y otros esporádicos, como Noé Jitrik, Adelaida Gigli, Ramón Alcalde, León Rozitchner, Adolfo Prieto, Osiris Troiani, Juan José Sebrelli, Oscar Masotta y Tulio Halperin Donghi. Varios de estos autores habían colaborado en las revistas *Centro*, órgano oficial del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires –verdadero reducto de jóvenes intelectuales antiperonistas–, y *Las ciento y una*, dirigida por Héctor Murena. Se editaron diez números de *Contorno*, hasta abril de 1959, en los cuáles se observan los principales lineamientos de la publicación, a saber: crítica al “espiritualismo” de la revista *Sur*; oposición al peronismo, pero desde una perspectiva libre de prejuicios; y, crítica al dogmatismo de los intelectuales del partido Comunista.

El número 7/8 de la revista, de julio de 1956, estuvo dedicado íntegramente al peronismo, que fue abordado por los contornistas desde distintos ángulos pero siempre entendiendo al mismo como un fenómeno problemático y multifacético. En el editorial respectivo, se puso de manifiesto el intento de equidistancia en cuanto a su interpretación:

Nos sentimos tentados de establecer que durante todos los años del peronismo no nos habíamos entregado. Y por no habernos entregado entendíamos no solamente no habernos entregado al peronismo, sino tampoco al antiperonismo; que habíamos luchado –con mayor o menor eficacia, con éxito o sin éxito– para distinguir la verdad sobre lo que estaba ocurriendo en el país (...) Quisimos entonces ver qué cosa era ese fenómeno complejo y discutible por el que atravesó el país y lo fuimos haciendo por el examen de las manifestaciones que de algún modo lo comprendían o lo ubicaban

(*Contorno* N° 7/8, 1956, pp. 1-2).

Ismael Viñas por su parte, fustigaba al nuevo movimiento político por no avanzar en una senda verdaderamente revolucionaria:

El peronismo no postulaba (ni expresa ni tácitamente) la transformación de las estructuras sociales y económicas, ni una participación efectiva de los trabajadores en el control de la propiedad, lo que, en cambio, postulaban otros partidos; y sin embargo, de nuevo, el peronismo aparecía entre los trabajadores como la fuerza que los representaba y protegía (*Contorno* N° 7/8, 1956, p. 12).

Pero no solamente eso: para el autor, Perón se había erigido como un manipulador de las masas, contribuyendo con ello a evitar todo cambio transformador:

Como el sanculotismo en la Revolución Francesa, el sinsaquismo tuvo un sentido político entre nosotros. Pero hay que advertir otra cosa: como en otras manifestaciones manejadas por Perón, ésta, al teatralizarse y transformarse de síntoma en símbolo, perdió eficacia, se convirtió en mera descarga emocional, (...). Sucedió que “Perón encauzó una eventual revolución y la transformó en una gran pieza teatral, casi farsa, casi tragedia dionisiaca (*Contorno* N° 7/8, 1956, p. 15).

Las críticas a los integrantes de la revista *Sur*, y en especial a su directora, corrió por cuenta de Oscar Masotta, que las expuso en su artículo “*Sur* o el antiperonismo colonialista”. Por caso, en referencia al posicionamiento de aquella frente a dicho gobierno, que estimaba clasista, el autor señalaba:

¿La ‘resistencia pasiva’ de la que nos habla Victoria Ocampo es la ‘resistencia pasiva’ de Gandhi? Aquella se definía no por la preservación ni por la defensa de lo que se tenía: era una lucha por aquello de que se carecía. No era un modo de recular: era una manera de ganar terreno. En *Sur* juran por el ‘libre pensamiento’, por ‘occidente’, por la ‘persona humana’. Pero desgraciadamente y de



hecho, el proletariado se encuentra excluido de esa zona de valores celestes (Contorno N° 7/8, 1956, p. 45).

A su turno, Tulio Halperin Donghi dedicó su participación en la revista a intentar definir al peronismo:

Entre fascismo y peronismo la comparación se ha hecho una vez y otra, y no es difícil hallar semejanzas entre dos movimientos que, en una era de masas, condujeron a la instalación de dictaduras. Pero apenas se intenta llevar la comparación a planos menos superficiales no se alcanzan ya resultados tan satisfactorios. Sin embargo, la cuestión no es tan sencilla: el peronismo no fue, sin duda, una forma de fascismo; fue por lo menos el resultado –o más bien el residuo, inesperado para todos y también para su creador y beneficiario– de una tentativa de reforma fascista de la vida política argentina (Contorno N° 7/8, 1956, p. 15).

Esta ambigüedad en la explicación sin embargo, es solo aparente, pues el concepto de fascismo está presente en el trasfondo de todo el artículo. Efectivamente, para el autor “el fascismo siguió hasta el fin siendo el modelo que el jefe del peronismo se había fijado”, al punto de establecer “la máxima dosis de fascismo que la Argentina de la segunda postguerra era capaz de soportar” (Contorno N° 7/8, 1956, pp. 15, 21).<sup>2</sup>

## **HECHOS E IDEAS, SEXTO CONTINENTE Y CULTURA: EN BUSCA DE SUSTENTO CULTURAL PARA EL NUEVO MOVIMIENTO POLÍTICO**

Entre 1935 y 1941 se publicó la revista *Hechos e Ideas*, que a través de 41 entregas expresó el pensamiento de la intelectualidad de la Unión Cívica Radical, por entonces dirigida por Marcelo T. de Alvear. En su segunda etapa, que comenzó en agosto de 1947 y se extendió hasta julio de 1955, se editaron 93 números. Por lo pronto, se planteaba

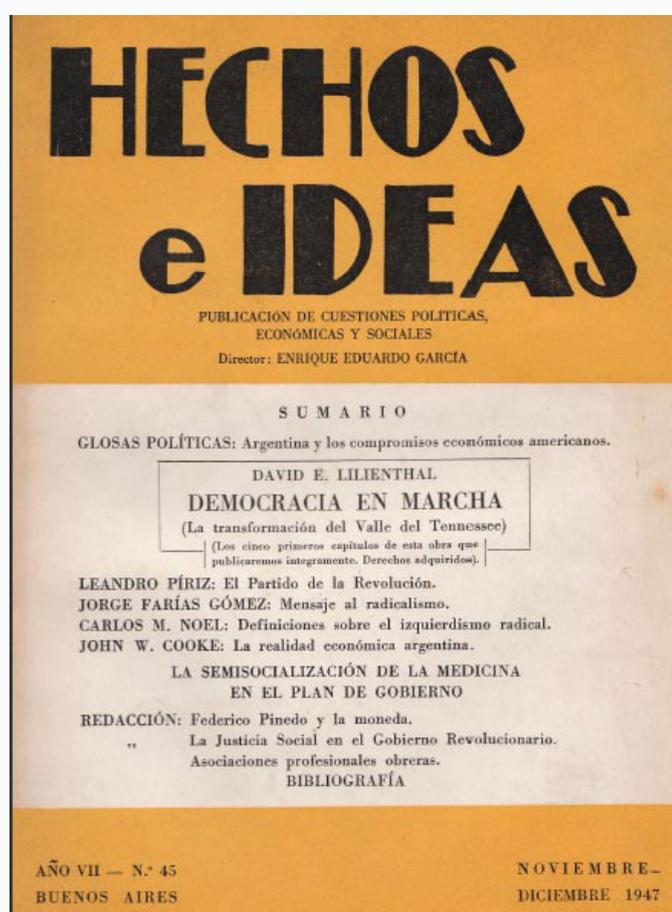
como una continuidad de la primera etapa –de hecho su director, Enrique Eduardo García, lo fue en ambas series–, al identificar a Perón como un continuador de la gesta de Hipólito Yrigoyen. En la presentación de la segunda etapa, luego de fustigar a la dirigencia partidaria, a la que acusaba de ser heredera del antipersonalismo, hacía saber que la “esencia típicamente yrigoyenista de Perón”, era la que atraía a las masas radicales “por la identidad absoluta de los ideales de ambos” (*Hechos e Ideas* N° 42, 1947, p. 8). De allí que, sentenciaba:

Nuestra incorporación al movimiento revolucionario que encarna el general Perón no es producto pues, de conveniencias personales que siempre hemos desdeñado, sino de arraigadas convicciones evidenciadas a través de los años, en bien de supremos y permanentes intereses del país y dentro de los principios de justicia y libertad compatibles con la dignidad humana (*Hechos e Ideas* N° 42, 1947, p. 8).

En la revista se publicaban discursos y conferencias de Perón y de sus ministros (Ángel Borlenghi, Juan A. Bramuglia, Antonio Cafiero, Ramón Cereijo, Carlos Emery entre otros); de gobernadores, como el bonaerense Domingo Mercante –e inclusive de algunos de sus ministros: Julio C. Avanza, Miguel López Francés y Manuel Mainar–, o el santiagueño Carlos Juárez; y textos de legisladores oficialistas, entre ellos de John William Cooke, Eloy Camus y Raúl Bustos Fierro. Asimismo, se transcribían leyes, por caso la Universitaria, la de creación del Instituto Ganadero Argentino, la de inversiones de capitales extranjeros y la de Territorios Nacionales; documentos oficiales, como *Los Derechos del Trabajador* y el Acta del Congreso Nacional de la Productividad y el Bienestar Social; y también partidarios. A ellos hay que sumarle artículos que versaban sobre los más variados temas: economía, finanzas, educación, historia, legislación laboral, sindicalismo, política exterior, constitucionalismo, sanitarismo, política agropecuaria, etc., escritos por autores que conformaban una lista extensa y heterogénea, pues incluía a ex socialistas como Joaquín Coca, ex forjistas como Atilio García Mellid, Jorge del Río y el propio Raúl Scalabrini Ortiz, y nacionalistas como el historiador de Ernesto Palacio.



Hechos e Ideas publicó números dedicados a cuestiones específicas como la Reforma constitucional, la que fue abordada desde distintos ángulos: el federalismo, los derechos del trabajador, de la ancianidad, de la familia, de la educación y de la cultura, el régimen impositivo, las atribuciones de los distintos poderes del Estado, la función social de la propiedad y sus aspectos económicos-financieros, la mayoría de los cuales fueron escritos por los más destacados constitucionalistas del peronismo, como Arturo Sampay, Pablo Ramella, Carlos Berraz Montyn e Ítalo Luder.



*“Revista Hechos e Ideas”*

Inclusive, se publicó el texto de la nueva Carta Magna una vez que fue jurada (Hechos e Ideas N° 60, 1949). Otros tanto ocurrió con los dedicados al Segundo Plan Quinquenal, que comprendieron artículos referidos a los alcances y ejecución del mismo, política monetaria y crediticia, comunicaciones, cooperativismo, comercio exterior, producción, industrialización y bienestar social. También aquí se dio a conocer el Plan (Hechos e Ideas N° 109, 1953).

Como se ha visto, el origen de los articulistas y colaboradores era variado, pero las coincidencias estaban dadas por la defensa de la gestión de gobierno en todos sus aspectos (Cattaruzza, 1993, p. 277). Vista en perspectiva, la revista conjugó ideas fuerza que intentaron definir al peronismo: nacionalismo popular, proyecto económico antimperialista bajo una fuerte intervención estatal, y una democracia con contenido social (Fiorucci, 2011, p. 112).<sup>3</sup>

Merece destacarse, como un tema significativo para la línea editorial de la revista, la búsqueda de recuperar el New Deal norteamericano como modelo de reforma popular, progresista y democrática del capitalismo, así como unir la figura de Perón con la de Franklin Roosevelt (Comastri, 2019, pp. 178-179). En este sentido, varios artículos se refirieron a la planificación económica norteamericana de esos años, la que se entendió unida a la democracia social, lo que tenía el objetivo la legitimación del proyecto socioeconómico peronista. Tal vez el esfuerzo mayor en esa dirección fue la traducción y publicación, en seis entregas, del libro *Democracia en marcha* (La transformación del Valle de Tennessee), de David Lilienthal, quien fuera presidente de la Autoridad del Valle de Tennessee, una corporación creada por el gobierno federal en 1933 para promover el desarrollo en una región particularmente afectada por la Gran Depresión. La Autoridad controlaba represas hidroeléctricas, proveía energía eléctrica, ofrecía servicios de navegación y producía fertilizantes en un área que ocupaba la mayor parte del estado de Tennessee y parte de estados vecinos, la que fue calificada por la revista como “la obra de planificación más extraordinaria que se conoce” (Comastri, 2019, p. 179).

Curiosamente, estos elogios a las políticas internas de los Estados Unidos coexistían en Hechos e Ideas con críticas constantes al imperialismo norteamericano, aunque fundamentados en la tercera posición. En efecto, también se publicaron artículos adversos sobre la Unión Soviética, en los cuales se criticaban los fundamentos del marxismo y, sobre todo, los horrores de los gulags (Persello, 1999, pp. 295-296).<sup>4</sup>

Uno de los proyectos más originales que agrupó a referentes de la cultura que adherían al gobierno fue el de Sexto Continente, publicación que apareció en julio de 1949 dirigida primeramente



por Armando Cascella y Alicia Eguren, y luego de su quinto número por Cascella y Valentín Thiébaud. Su título delimitaba el espacio que se privilegiaría de una definición de identidad cultural

de los redactores, pues *Sexto Continente* era un modo de referirse a Latinoamérica, concebida, precisamente, como una identidad cultural mayor en la cual la Argentina se inscribía (Martínez Gramuglia, 2014, pp. 357-358). En efecto, desde la publicación se intentaba impulsar una expresión cultural basada en lo argentino y en lo latinoamericano, buscando como interlocutor válido a las autoridades gubernamentales en cuyas decisiones se pretendía influir (Avellaneda, 1983, p. 28). De acuerdo a sus editores entonces,

Los hombres y mujeres que editan *Sexto Continente* parten de esta premisa: que la América Latina constituye, por sí, un continente indiviso y perfectamente diferenciado, cuyo porvenir inmediato es el de gravitar considerablemente como unidad económica y como ente espiritual en los destinos del mundo contemporáneo. El objetivo esencial de esta publicación no es el de apurar el proceso de esa gravitación que, por ser histórica y tener su propio ritmo, nada ni nadie podrá alterar. Queremos, simplemente, ordenar y encauzar esa corriente, hacerla aflorar a la superficie, estimular los contactos primarios y establecer nuevas formas de convivencia entre ese ideal de familia de naciones que un enorme abrazo oceánico mantiene unidas en tierra firme, desde la Antártida hasta el Caribe *Sexto Continente* (*Sexto Continente* N° 1, 1949, p. 3).

Atento a la citada propuesta, aparecida en el editorial inicial, el conjunto de colaboradores resultó de la confluencia de argentinos con otros de origen latinoamericano. Entre los primeros había escritores como Leopoldo Marechal, Arturo Cancela y Armando Cascella; filósofos como Carlos Astrada, Octavio Derisi o Homero Guglielmini; poetas como José María Castiñeira de Dios, María Granata o Alicia Eguren; historiadores como José María Rosa, Ernesto Palacio y Carlos Ibarguren; ensayistas como Raúl Scalabrini Ortiz y Ramón

Doll; periodistas como Valentin Thiébaud y José Gabriel, a quienes deben agregarse críticos de cine, teatro, música y plástica, que escribían en estas secciones y en las dedicadas al comentario de libros y revistas. De los escritores y ensayistas latinoamericanos, se destacan el mexicano José Vasconcelos, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, el boliviano Carlos Montenegro, el colombiano José Antonio Osorio Lizarazo, el ecuatoriano Jorge Icaza y el peruano Enrique López Albújar.

Pueden sintetizarse en tres los ejes temáticos en los cuáles la revista hizo especial hincapié. El primero de ellos, en parte ya mencionado, es el de la unidad geopolítica y cultural de América Latina. Dicha unidad implicaba empero una explícita oposición a la división hemisférica del mundo característica de la Guerra Fría, interpretada como una amenaza de absorción imperialista. Así, el latinoamericanismo que se proclamaba anclaba en la defensa de la “tercera posición” justicialista en un panorama mundial dominado por la pugna entre los Estados Unidos y la Unión Soviética (Sazbón, 2015, p. 175). Armando Cascella se preguntaba si era inevitable la elección entre los sistemas proclamados por ambas superpotencias: “¿porqué hemos de estar obligados a elegir entre dos formas de declinación social igualmente funestas? De ambas formas surge idéntica opresión para el hombre, idéntica indiferencia por la paz social y su corolario, la justicia social” (*Sexto Continente* N° 7/8, 1950, p. 11). Y respondía que la salida era la tercera posición argentina, cuya misión más alta consistía en hacer de América del Sur una suerte de “*Sexto Continente* liberado de los males que agobiaban al resto del universo” (*Sexto Continente* N° 7/8, 1950, p. 11).<sup>5</sup>

El segundo eje fue el de plantear una nueva noción de cultura, mucho más amplia en términos temáticos y más ceñida a la realidad americana que en otras revistas culturales, especialmente las publicadas por intelectuales opositores. Sus directores así lo explicaban:

En una palabra, publicaremos estudios políticos, económicos y sociales (...) Pues es una enorme mentira que la dignificación de la patria y su resonancia en el mundo exterior se halla únicamente a cargo de los artistas e intelectuales, con artero olvido del rol que en el progreso común



corresponde al obrero, al labriego, al político, al artesano y al soldado (Sexto Continente N° 1, 1949, p. 4).

Finalmente, el tercer eje temático fue una consistente relectura del pasado nacional, el que estuvo a cargo de los historiadores que escribieron en la revista, todos adscriptos al revisionismo histórico. Así, se planteó una recuperación de la tradición hispánica en la conformación de la historia nacional, se reivindicó la figura de Juan Manuel de Rosas y de otros caudillos, como José Artigas, se criticó al liberalismo, se condenó el imperialismo británico y se repitió el anatema central del revisionismo, esto es la existencia de una historia falsificada que mentía a los argentinos –y a los latinoamericanos– sobre su verdadero pasado.

Revista de carácter heterogéneo, el tono ideológico general de Sexto Continente estuvo dado por el ideario cristiano en tanto que su objetivo general fue bregar por el refuerzo de los lazos políticos, económicos y culturales de la región, meta ambiciosa que sin embargo no pudo perdurar en el tiempo, pues luego de publicar ocho números dejó de aparecer en diciembre de 1950.

Una experiencia singular fue la de la revista *Cultura*, publicada entre octubre de 1949 y enero de 1952 por el gobierno de la provincia de Buenos Aires del coronel Domingo A. Mercante, más precisamente bajo la órbita de su ministerio de Educación, a cargo de Julio César Avanza, y supervisada por la Subsecretaría de Cultura dependiente de aquel, a cuyo frente se encontraba José Cafasso. Ambos, Avanza y Cafasso, eran oriundos de Bahía Blanca, habían militado en FORJA, e integraban el grupo dirigente que respondía al gobernador y sustentaba su proyección política. La dirección concreta de la revista la ejerció el poeta y traductor platense Marcos Fingerit. *Cultura* contaba con artículos sobre filosofía, literatura, teatro, plástica y arte, poemas, comentario de libros e información sobre actividades culturales, en especial de la provincia de Buenos Aires. También, en todos los números de la revista, hay grabados, pinturas y dibujos de distintos artistas (Francisco de Santo, Miguel Ángel Elgarte). La lista de colaboradores era

extensa y la producción heterogénea: Leopoldo Marechal, Ramón Gómez de la Serna, Carlos Astrada, Octavio Derisi, Luisa Sofovich, Bernardo Canal Feijóo, Antonio Cunill Cabanellas, María Granata, Juan Carlos Dávalos, Guillermo House, Elbia Rosbaco, Armando Cascella, Julia Prilutzky Farny, Fermín Chávez y Leonardo Castellani fueron algunos de ellos.

Varias fueron las temáticas que se abordaron en la publicación; una de ellas fue de carácter filosófico, entre quienes encabezaron las corrientes en disputa por la organización del Primer Congreso Nacional de Filosofía de 1949 –donde Perón expuso *La comunidad organizada–*, el existencialismo y el tomismo, que Carlos Astrada y Octavio Derisi respectivamente expusieron en el primer número de la revista (Korn, 2009, pp. 165-166). Otra fue el de las tendencias estéticas, es decir el tradicional arte clásico y el denominado abstracto, impugnado este último por el ministro de Educación de la Nación, Oscar Ivanissevich. Frente a la polémica, José Cafasso le otorgó legitimidad a los dos, pues, señaló que: “por su sola presencia, ambos son, desde un punto de vista objetivo ‘creaturas’ cuyo vivo desenvolvimiento es la suficiente referencia de su validez” (*Cultura* N° 3, 1950, p. 122). Continuaba explicando que el funcionario de gobierno debía renunciar a intervenir en ese tipo de polémicas para ocuparse de otras tareas más específicas y necesarias:

A la acción oficial le interesa el estímulo del artista, la intensificación del gusto por el arte en el pueblo ayudándolo a buscar sus formas auténticas y representativas, y crear el clima permanente para la vivencia de lo estético en cualquiera de sus fuentes (*Cultura* N° 3, 1950, p. 122).

El tema de la misión de la cultura, su democratización y el acceso a ella por parte de los sectores populares fue tratado por Armando Cascella en su artículo “Hacia una cultura social”. Allí, luego de enfatizar que el justicialismo ponía el acento en lo social –a diferencia del capitalismo y del comunismo–, haciendo converger en esa dirección sus preocupaciones, había establecido una verdadera democracia social en el país, por lo que se hacía indispensable ahora avanzar hacia una “cultura social”, cuya meta sería lograr mejores normas de convivencia entre las personas. Su



misión sería entonces:

educar el carácter, desarrollar el sentido del deber, alentar el instinto innato hacia lo bello y lo bueno, impulsar el amor al trabajo como norte esencial de toda actividad humana, afirmar el sentido de solidaridad social hacia nuestros semejantes, puntos de partida de toda comunidad racionalmente organizada (Cultura N° 9, 1951, pp. 17-18).

Una pertinente síntesis de lo que fue esta publicación la expusieron los críticos Héctor Lafleur, Sergio Provenzano y Fernando Alonso en su conocida historia de las revistas literarias argentinas:

Una publicación literaria patrocinada por el Estado puede sufrir ciertas limitaciones que, al fin, desnaturalizan su auténtico cometido. La propaganda política o la discriminación que de ella pueda derivarse, suelen ser su casi inevitable fantasma. Debe señalarse con justicia que nada de esto pasó con *Cultura*; desarrolló su curso libremente y en sus páginas se dieron cita firmas de todo orden intelectual (...) Después de doce números aparecidos entre 1949 y 1951 esta revista dejó, sin duda, un vacío. Sus entregas fueron siempre densos volúmenes de 126 páginas en las que se ejerció con altura la inteligencia (Lafleur, Provenzano y Alonso, 2009, pp. 199-200).

## A MODO DE CONCLUSIÓN

El año de 1945 se ha constituido en una parteaguas de la historia argentina. Es que esa fecha surge una nueva fuerza política que vino a cuestionar el orden liberal preexistente al plantear la necesidad de adoptar medidas redistributivas en favor de los sectores populares a la vez que reconoció derechos y demandas largamente anheladas por aquellos. Sin embargo, esta irrupción en la escena pública encontró en quienes no comulgaban con sus preceptos y formas, un rechazo significativo. La sociedad argentina se dividió en forma tajante;

y no solo eso, pues además se produjo lo que Oscar Terán definió como “mutua denegación de legitimidad” (Terán, 2009, p. 260), cuyo efecto fue la emergencia de dos argentinas enfrentadas, lo que gravitó profundamente sobre el ámbito cultural. Efectivamente, hombres y mujeres de este campo contribuyeron a modelar y brindar argumentos a ambas trincheras. Una de esas intervenciones fue a través de la palabra escrita en publicaciones periódicas, las que reflexionaron sobre tal clima entre críticas furibundas y defensas apasionadas.

Lo cierto fue que lejos estuvo el peronismo de desaparecer en 1955 y su persistencia en la vida política nacional es una de las cuestiones que más interés despiertan en la historiografía argentina. Las miradas encontradas, entonces, parecen haberse mantenido, con distintos actores, intensidad y modalidades, desde aquellos años hasta el presente.

---

## NOTAS

1 La bibliografía sobre esta publicación en abundantísima, pudiéndose consultar, además de los citados en el presente texto, los siguientes trabajos: de Zuleta, 1999, King, 1989, Sarlo, 1983, Vázquez, 2011.

2 Sobre la utilización de la ironía como recurso discursivo véase Bonet, 2015, pp. 63-85.

3 Cattaruzza habla de una filiación a la tradición del “democratismo radical con aires circunstancialmente jacobinos” (Cattaruzza, 1993, p. 287).

4 Más información sobre la publicación en Baschetti, 2007; Ivickas Magallán, 2014; Lavallén Ranea, 2016.

5 Para una profundización de este ítem véase Pifano, 2010.

## REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

Aloé, C. (1969). *Gobierno, proceso, conducta*. Sudestada.  
 Altamirano, C. (2001). *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Biblioteca del Pensamiento Argentino, VI. Ariel.  
 Avellaneda, A. (1983). *El habla de la ideología. Modos de réplica literaria en la Argentina contemporánea*. Sudamericana.



- Baschetti, R. (2007). Indización de la revista Hechos e Ideas. Ediciones Biblioteca Nacional.
- Bonet, M. (2015). Debates por la historia. Peronismo e intelectuales: 1955-2011. Imago Mundi.
- Cattaruzza, A. (1993). Una empresa cultural del primer peronismo: la revista 'Hechos e Ideas' (1947-1955), *Revista Complutense de Historia de América* N° 19, 269-292.
- Comastri, H. (2019). La segunda época de Hechos e Ideas: planificación y democracia social en Roosevelt, Perón y el radicalismo yrigoyenista. En: C. Panella y G. Korn (Comps.). *Ideas y debates para la nueva Argentina. Revistas culturales y políticas del peronismo (1946-1955)*, vol. IV. (pp. 163-182). Ediciones de Periodismo y Comunicación, FPyCS/UNLP.
- Croce, M. (1999). Contexto, compromiso, contestación. *Contorno: situación en el mundo intelectual*. En: N. Girbal-Blacha y D. Quatrocchi-Woison. *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*. (pp. 443-476). Academia Nacional de la Historia.
- Croce, M. (1996). *Contorno. Izquierda y proyecto cultural*. Colihue.
- de Diego, J. L. (2014). 1938-1955. La "época de oro" de la industria editorial", en de Diego, J. L. (Dir.). *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*. (pp. 97-113). Fondo de Cultura Económica.
- de Zuleta, E. (1999). Sur entre cultura y política: 1931-1960. En: N. Girbal-Blacha y D. Quatrocchi-Woison. *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX* (pp. 193-221). Academia Nacional de la Historia
- Delgado, V. (2014). Algunas cuestiones críticas y metodológicas en relación con el estudio de revistas. En: V., Delgado, A. Mailhe y G. Rogers (Coord.). *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)* (pp. 11-25). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. <https://libros.unlp.edu.ar/index.php/unlp/catalog/view/374/349/1187-1>
- Donnantuoni Moratto, M. (2015). Políticas de la revista Sur: formas retóricas de una identidad 'liberal'. En L. Prislei (Dir.). *Polémicas intelectuales, debates políticos. Las revistas culturales del siglo XX*. (pp. 119-148). Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Eujanian, A. (1999). *Historia de las revistas argentinas, 1900-1950. La conquista del público*. Asociación Argentina de Editores de Revistas.
- Fiorucci, F. (2011). *Intelectuales y peronismo, 1945-1955*. Biblos.
- Firpo, A. (1992). Proyección de la revista *Contorno* en la cultura argentina, *América: Cahiers du CRICCAL* N° 9-10, 1992, 411-419. [https://www.persee.fr/doc/AsPDF/ameri\\_0982-9237\\_1992\\_num\\_9\\_1\\_1089.pdf](https://www.persee.fr/doc/AsPDF/ameri_0982-9237_1992_num_9_1_1089.pdf)
- Ghioldi, A. (1946). *Alpargatas y libros en la historia argentina*. La Vanguardia.
- Girbal de Blacha, N. y Quatrocchi -Woison, D. (1997). Las revistas de debate y de combate: entre tradición política y empresa cultural, *Clío* N° 4, 14-17.
- Giuliani, A. (2018). *Editores y política. Entre el mercado latinoamericano de libros y el primer peronismo (1938-1955)*. Tren en Movimiento.
- Gramuglio, M. (1983). 'Sur': constitución del grupo y proyecto cultural, *Punto de Vista* N° 17, 7-9.
- Guber, R. (1999). *Occidente desde Argentina. Realidad y ficción de una oposición constructiva*. En: N. Girbal-Blacha y D. Quatrocchi-Woison. *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*. (pp. 363-397). Academia Nacional de la Historia.
- Ivickas Magallán, M. (2014). De continuidades y rupturas en la Argentina rural. *La revista Hechos e Ideas (1935-1955)*. Imago Mundi.
- King, J. (1989). *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*. Fondo de Cultura Económica.
- Korn, G. (2007) (Comp.). *El peronismo clásico (1945-1955). Descamisados, gorilas y contreras. Paradiso*.
- Korn, G. (2009). *Revista Cultura (1949-1951). Una sutil confrontación*. En: C. Panella, (Comp.). *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial, tomo IV*. (pp. 157-173). Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires.
- Lafleur, H., Provenzano, S. y Alonso, F. (2006). *Las revistas literarias argentinas (1893-1967)*. El 8° vo. Loco.
- Lavallén Ranea, F. (2016). *Rescatando lo perdido. Universos intelectuales y representaciones del pasado en el marco de la tercera posición (1947-1955)*. Biblos.
- Martín, S. (2013). *Realidad y el contexto político de la posguerra mundial*. En: C. Castillo Ferré y M. Rodríguez Gutiérrez (eds.). *Diez ensayos sobre Realidad*. *Revista de Ideas* (Buenos Aires, 1947-1949). (pp. 71-102). Fundación Francisco



Ayala/Universidad de Granada.  
<https://ahira.com.ar/wp-content/uploads/2019/02/Diez-ensayos-sobre-Realidad.pdf>

Martínez Gramuglia, P. (2014).  
 Las múltiples coordenadas de Sexto

Continente. En: C. Panella y G. Korn (Comps.).  
 Ideas y debates para la Nueva Argentina. Revistas  
 culturales y políticas del peronismo (1946-1955),  
 vol. II. (pp. 353-378). Ediciones de Periodismo y  
 Comunicación, FPyCS/UNLP.

Molayoli, G. (2009/2010). La revista Contorno y  
 el peronismo: un lenguaje nuevo para la crítica,  
 Revista Borradores vol. X/XI, 1-16. <http://www.unrc.edu.ar/publicar/borradores/Vol10-11.pdf>

Persello, A. (1999). De la diversidad a la unidad.  
 Hechos e Ideas (1935-1955)". En: N. Girbal-  
 Blacha y D. Quatrocchi-Woison, D. (Dirs.).  
 Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del  
 siglo XX. (pp. 273-302). Academia Nacional de  
 la Historia.

Pifano, A. (2010). La idea de unidad latinoamericana  
 en Sexto Continente (1949-1950). En: Segundo  
 Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-  
 1976). <https://redesperonismo.org/articulo/la-idea-de-unidad-latinoamericana-en-sexto-continente-1949-1950>.

Podlubne, J. (2014). El antiperonismo de Sur: entre  
 la leyenda satánica y el elitismo programático,  
 El hilo de la fábula N° 14, 44-59. <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/HilodelaFabula/article/view/4570/6961>

Rivera, J. (1981). El auge de la industria cultural  
 (1930-1955)". En: La historia de la literatura  
 argentina, Capítulo 95. Centro Editor de América  
 Latina.

Romero, L. A. (2013). La Argentina de Realidad.  
 En: C. Castillo Ferré y M. Rodríguez Gutiérrez  
 (eds.). Diez ensayos sobre Realidad. Revista  
 de Ideas (Buenos Aires, 1947-1949). (pp. 21-  
 44). Fundación Francisco Ayala/Universidad  
 de Granada. <https://ahira.com.ar/wp-content/uploads/2019/02/Diez-ensayos-sobre-Realidad.pdf>

Sarlo, B. (1992). Intelectuales y revistas: razones  
 de una práctica, América: Cahiers du CRICCAL  
 N° 9-10, 9-16. [https://www.persee.fr/doc/AsPDF/ameri\\_0982-9237\\_1992\\_num\\_9\\_1\\_1047.pdf](https://www.persee.fr/doc/AsPDF/ameri_0982-9237_1992_num_9_1_1047.pdf)

Sarlo, B. (2001). La batalla de las ideas (1943-  
 1973). Biblioteca del Pensamiento Argentino,  
 VII. Ariel.

Sarlo, B. (1983). La perspectiva americana en los

primeros años de Sur, Punto de Vista N° 17, 10-  
 12.

Sazbón, D. (2015). Sexto Continente: una apuesta  
 por una tercera posición latinoamericanista en la  
 cultura peronista. En: L. Prislei (Dir.). Polémicas  
 intelectuales, debates políticos. Las revistas  
 culturales del siglo XX. (pp. 149-191). Editorial  
 de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Sicilia, J. (2008). Prefacio. En Elizalde, L. (Coord.).  
 Revistas culturales latinoamericanas, 1920-1960.  
 (pp. 9-11). Consejo Nacional para la Cultura y las  
 Artes.

Sigal, S. (2002). Intelectuales y peronismo, en J. C.  
 Torre (Dir.). Nueva Historia Argentina, vol. VIII.  
 Los años peronistas (1943-1955). (pp. 481-521).  
 Sudamericana.

Soria, C., Cortés Rocca, P. y Dieleke, E. (2010)  
 (Edits.). Políticas del sentimiento. El peronismo  
 y la construcción de la Argentina moderna.  
 Prometeo/Caras y Caretas.

Tarcus, H. (2007). Catálogo de revistas culturales  
 argentinas (1890-2006), Políticas de la Memoria  
 n° 6/7, 222-224.

Terán, O. (2009). Historia de las ideas en la  
 Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980.  
 Siglo XXI.

Vázquez, M. (2011). Apéndice: las intervenciones  
 políticas de Sur anteriores al peronismo. En: M.  
 Vázquez (coord.). Intervenciones intelectuales en  
 el contexto de peronismo clásico (pp. 237-266).  
 Editorial de la Universidad Nacional del Sur.

Vázquez, M. (2011). Sur: peronismo y después. En:  
 M. Vázquez (coord.). Intervenciones intelectuales  
 en el contexto del peronismo clásico (pp. 205-  
 236). Editorial de la Universidad Nacional del Sur.

## Revistas

Contorno N° 7/8, julio de 1956.

Cultura N° 3, 1950.

Cultura N° 9, 1951.

Hechos e Ideas N° 42, agosto de 1947.

Hechos e Ideas N° 60, abril de 1949.

Hechos e Ideas N° 109, abril de 1953.

Realidad N° 1, enero-febrero de 1947.

Realidad N° 2, marzo-abril de 1947.

Realidad N° 10, julio-agosto de 1948.

Sexto Continente N° 1, julio de 1949.

Sexto Continente N° 7/8, noviembre-diciembre  
 de 1950.

Sur N° 129, julio de 1945

Sur N° 213-214, julio-agosto de 1952.

Sur N° 237, noviembre-diciembre de 1955.



## CONFERENCIA DE INCORPORACIÓN DE LA DRA. BEATRIZ BRAGONI COMO ACADÉMICA DE NÚMERO

DRA. BEATRIZ BRAGONI

*Académica de número de la Academia Nacional de la Historia*

Ante todo, deseo expresar mi agradecimiento a la Academia Nacional de la Historia por haber reconocido mi trayectoria, a Eduardo Míguez por su generosa presentación, a mis maestros, a los amigos y amigas con los que tuve el enorme placer de compartir preocupaciones intelectuales que permitieron fortalecer y amplificar el campo historiográfico. Como siempre, mi agradecimiento se extiende a mi familia, a Eduardo y nuestros hijos, Paloma, Santiago y Delfina por haber acompañado mi trajinar académico con enorme generosidad y buen humor. También a los que ya no están, mis padres y Gaby.

Al momento de pensar la temática que abordaría, repasé el texto que preparé años atrás que tuvo como propósito reinterpretar la omnipresente figura de San Martín en la cultura histórica nacional mediante el análisis del intercambio epistolar que mantuvo con el capitán Lafond de la que emergería la tesis argentina sobre las razones que pesaron en la decisión de abandonar el teatro sudamericano después de entrevistarse con Bolívar en Guayaquil. En esta oportunidad, y luego de haber ofrecido otros ensayos, creí oportuno recuperar materiales que fui archivando con la ilusión de abordarlos alguna vez. Se trata de un puñado de cartas escritas o leídas por mujeres que experimentaron las expectativas, emociones y pesares impuestos por la revolución que mirado en perspectiva había formado parte de las preguntas que había abordado en mi tesis doctoral de la mano de un archivo familiar en la que la voz de la joven Delfina Videla Correas sirvió de título al libro: *Los hijos de la revolución* que, como anotó el recordado Tulio Halperín no había servido para anclar algún abordaje en perspectiva de género, sino que había permitido exhumar el papel de la familia y el parentesco en la transformación de las elites sociales y políticas del interior entre la revolución y el proceso de unificación nacional.

Desde entonces la historia social, la historia política y la historia cultural han nutrido la caja de herramientas con la que aspiramos restituir,

probar y argumentar el impacto de las guerras revolucionarias en el proceso de movilización y politización social que trastocó las jerarquías socio-raciales y representaciones culturales del antiguo régimen colonial, enarboló el credo ilustrado y refutó los vínculos de vasallaje que había sustentado el orden social previo al tembladeral revolucionario.

El “sagrado sistema de la libertad” -como era llamado por los curas en sus sermones- consagró el justo derecho al autogobierno en respuesta a los agravios de las autoridades sustitutas del rey cautivo, y de los funcionarios coloniales que descargaron la fuerza militar contra los “insurgentes” americanos. A su vez, la formación de los ejércitos revolucionarios exigió inflamar el fervor patriótico, extraer recursos (hombres, dinero, ganado) y afianzar el control en las ciudades, villas y pueblos ganados a la causa de la libertad.

Las mujeres no estuvieron al margen de ese atribulado y convulso proceso. Por el contrario, la atmósfera revolucionaria las condujo a tomar partido en el seno de las familias, las plazas, las iglesias, el mercado y en la calle. El general Miguel E. Soler se quejó más de una vez de la movilización política de las porteñas y del modo en que las casas de familia se habían convertido en verdaderas usinas generadoras de rivalidades facciosas (Myers 1999). Esas convicciones patrióticas impulsaron la iniciativa de la única letrada porteña, María Sánchez de Thompson, quien antes de entonar las estrofas de la canción nacional en la tertulia que animaba en el salón de su casona en Buenos Aires, incitó a las mujeres de su clase a reunir dinero para comprar las armas que usarían los soldados, bajo el pedido especial que sus nombres fueran inscriptos en los fusiles que empuñarían contra los enemigos de la Patria.<sup>1</sup> Asimismo, la devoción patriótica de las mujeres se hizo patente en las fiestas cívicas y rituales públicos que activaban el recuerdo de la “gloriosa revolución”, como en los bailes domésticos que tenían como principales anfitrionas a las esposas o madres de funcionarios,



oficiales y vecinos principales. En ese ambiente, se realizaban donaciones como la que dio origen a la bandera de los Andes que encabezó la marcha del ejército en la cordillera cuya confección estuvo

en manos de las monjas del Monasterio de María, en medio de un clima cruzado de tensiones en la que una matrona mendocina fue confinada a San Luis por proferir insultos al gobernador (Bragoni 2019).

Joyas y telas no fueron los únicos aportes de las mujeres a la causa revolucionaria. Por el contrario, la Junta Provisional Gubernativa impuso contribuciones forzosas con el fin de financiar el esquema de defensa de la capital contra los realistas de la “fidelísima” Montevideo, y las expediciones militares libradas en el Paraguay y las provincias altoperuanas azotadas por la guerra de exterminio decretada por el virrey del Perú. Allí las listas de los “beneméritos de la Patria”, publicadas en La Gaceta, registraron los aportes sobre todo de viudas propietarias de riqueza rural o urbana, y de otras que respondieron a la orden del gobierno mediante el aporte de onzas de oro, pesos fuertes, caballos, ganado vacuno, esclavos y parcelas de tierra que sirvieron al emplazamiento de albergues de los flamantes reclutas. Dicho comportamiento no sólo caracterizó las prácticas de mujeres distinguidas. Alcanzó también a un puñado de pardas libres que contribuyeron a financiar el cuerpo de morenos liderados por el sargento mayor Miguel E. Soler cuya esposa, Josefa Olazábal, donó dinero para cumplir con los sueldos de los enrolados.<sup>2</sup>

A pesar de ello, ningún debate público puso en duda la condición del “bello o noble sexo” en tanto que para los filósofos de la Ilustración (a excepción de Condorcet), como para los letrados y publicistas rioplatenses, el modelo de mujer ideal se centraba en la reclusión del hogar, la educación de la prole y la subordinación al pater familiae (Barrancos 2010). Aun así, y como lo atestiguan los escritos tempranos del secretario del Consulado de Buenos Aires, Manuel Belgrano, el programa civilizatorio les tenía un lugar reservado mediante la educación como instancia de aprendizaje capital para salir de la miseria, mejorar las costumbres y desarrollar virtudes morales en sus hijos. En sus palabras: “La naturaleza nos anuncia una mujer: muy pronto va a ser madre, y presentarnos conciudadanos en

quienes debe inspirar las primeras ideas, ¿y qué ha de enseñarles, si a ella nada le han enseñado? (...) Ruboricémonos, pero digámoslo: nadie; y es tiempo ya de que se arbitren los medios de desviar un tan grave daño si se quiere que las buenas costumbres sean generales y uniformes”.<sup>3</sup>



“Juana Azurduy”

Esa consigna inscripta en el canon reformista borbónico y de Campomanes, aunque obtuvo expresión en la prensa independentista insuflada por la pluma de Monteagudo (Ortemberg 2011), estuvo lejos de plasmarse en manifestaciones prácticas. Los altos índices de analfabetismo de las mujeres del viejo y corroído virreinato (como también de varones) acreditan que ni siquiera alcanzaron el escalón de las primeras letras lo que conduce a ubicar el peso relativo de aprendizajes informales, aún entre las mujeres de familias distinguidas como lo confesó la mismísima Mariquita (Batticuore, 2011:63-104). Asimismo, en términos demográficos, el despertar revolucionario pondría de relieve la mayor proporción de mujeres en varias jurisdicciones de las provincias rioplatenses. En efecto, el censo de 1812 ilustra que encabezaban la pirámide demográfica especialmente por la ausencia ocasional o permanente de los varones a raíz de la dinámica del comercio de larga y mediana distancia, el carácter estacional de las labores de campo que activaba procesos migratorios internos y lo que no es menor, por la novedosa exigencia militar que los desvinculaba de sus hogares o pagos de origen (Mallo 2008; Gerardi 2004; Moreno 2002). Por consiguiente, la ausencia de los jefes de familia se convertiría en una experiencia inédita para las esposas, madres, hijas o hermanas de los movilizados para cumplir con la obligación de prestar servicios a la Patria o de los muertos por ella.



Así lo atestigua la siempre evocada trayectoria de Juana Azurduy, la viuda de Manuel Ascencio Padilla, como la de María Remedios del Valle, la “capitana”, lanzadas a la guerra junto a sus maridos e hijos

que fueron narradas y retratadas como prototipo de las heroínas de la independencia, y las mujeres libres o esclavizadas que asistían a los soldados del Ejército Auxiliar del Norte, como lo ejemplifica la biografía errante de Francisca Sebastiana, como de otras tantas que recibieron pensiones por la muerte de sus esposos e hijos en los campos de batalla (Pita 2020; Candiotti 2022).

Las historiografías de las independencias hispanoamericanas como la rica vertiente de estudios subalternos han puesto de relieve el carácter fragmentario de los testimonios con capacidad hermenéutica suficiente para ilustrar el grado y las formas de politización y movilización social (Serulnikov 2004; Fradkin 2008; Mata 2013). En el caso de las mujeres, la dificultad se agrava ante su exclusión de los ámbitos de resolución política como de los candidatos, ricos o pobres, reclutados para integrar ejércitos y milicias. A diferencia de los registros nominativos que ilustran el número y composición de los cuerpos armados (como los padrones electorales que registran el voto masculino), las fuentes de información sobre la participación de las mujeres en el espacio público son escasas e insuficientes, a excepción de expedientes judiciales que suelen tenerlas como testigos de segundo orden en procesos criminales sustanciados contra los adversarios o desertores de la causa revolucionaria (Bragoni 2022; Davio 2014; Salvatore 2017). En cambio, las imágenes más difundidas provienen de las estampas femeninas trazadas por cronistas o memorialistas (como Núñez o Berutti), y de los relatos de viajeros europeos que se convirtieron en principal fuente de descripciones, discursos e imágenes de las mujeres de la etapa tardocolonial e independiente, junto a los retratos y escenas compuestas por artistas o pintores oriundos también del Viejo Continente (Munilla Lacasa 2013).

Al obstáculo del registro nominal público se suma otro mayor: la escasa información producida por mujeres ante el peso abrumador del analfabetismo que las conducía a recurrir a intermediarios legos para volcar en papel y tinta

súplicas al gobierno, reclamos de deudas, abusos sexuales o de autoridad de parientes o de los amos, promesas incumplidas de matrimonio y cartas íntimas en las que estampaban su nombre (o cruz cuando no sabían firmar), convirtiéndolas en receptáculos preciosos para penetrar en la intimidad y testear experiencias, imaginarios y valores. En más de un caso, como veremos luego, el nuevo contexto las incitó a aprender o estilizar el tipo de escritura que practicaban para sostener el vínculo con el marido o amor ausente.

Como señaló Michelle Perrot, el intercambio epistolar constituye un vector fecundo para rescatar las voces de mujeres en el mundo familiar, la división de roles según los sexos, fastidios y nostalgias, deseos y frustraciones (Perrot). En el Río de la Plata revolucionario y más allá de sus fronteras, la correspondencia escrita o dirigida a las mujeres vertebró los hilos de la trama de un mundo cambiante y trastocado por la lucha política en la que afloran confesiones, reclamos, conspiraciones, acechos e incertidumbres. Un “régimen de emociones” (tomo aquí el concepto acuñado por Esteban Buch) de penurias y gozos, cruzado por una nueva temporalidad, la de la revolución, y ensayado en la geografía de la guerra que erigió la experiencia del viaje, el destierro y la emigración en laboratorios del pasaje o transferencia entre lazos familiares y solidaridades políticas. Un proceso que, además, expuso iniciativas (o agencias) femeninas enmarcadas por la irrupción de la política como actividad (Halperin Donghi 1979), y el sistema de normas, el honor y la moral del antiguo régimen que, sin cuestionar el orden patriarcal, las habilitaba a echar mano a estrategias para interceptar el deseo o voluntad individual a despecho de los dictámenes de la Iglesia católica, las autoridades o los jefes de familia (Seed 1991; Bragoni 1999; Fernández, 1999).

He escogido un conjunto de epístolas escritas entre 1811 y 1822 que se erigen en “depósito de secretos y de memorias”, en fuente de confesiones y relatos que transmiten información de carácter público y privado regidas por el canon epistolar del siglo XIX y la amenaza de ser secuestrada por la vigilancia oficial o leída por los intermediarios (Iglesia 1999: 203-22). Un conjunto de testimonios que permiten ofrecer una mirada caleidoscópica de la manera en que las prácticas y emociones de las mujeres fueron transformadas por la Revolución. Una selección de cartas escritas por mujeres o



leídas por ellas que se convierten en evidencias del entramado de relaciones familiares que conjugó el ámbito de la cotidianidad con el de la escritura y la acción política. Esa tensa madeja de huellas o hilos

del entramado familiar explica la procedencia del registro epistolar de las mujeres y para mujeres a las que haré referencia las cuales, generalmente, integran los archivos de los jefes de familia que fueron preservados por sus esposas sobrevivientes, o sus descendientes, para ser luego cedidos a publicistas, historiadores y archivos públicos con el propósito de documentar la trayectoria de los “grandes hombres” o héroes de las narrativas decimonónicas.

1.

En 1812 María Guadalupe Cuenca elevó una súplica al Triunvirato por los servicios patrióticos prestados por su marido quien había muerto el año anterior en cumplimiento de una misión diplomática a Londres. La viuda de Mariano Moreno fundamentó el pedido en la triste situación que padecía, la necesidad de solventar los gastos de educación del único hijo nacido del matrimonio y el patriotismo acreditado por el famoso difunto como secretario de la Junta gubernativa (Levene, 1960:383-384).

La desdicha había pesado en la joven Guadalupe desde que lo había despedido luego de haber negociado con Saavedra su salida del gobierno mediante la representación de la Junta ante la corte de Gran Bretaña para concertar tratados de comercio en compañía de su hermano Manuel y de Tomás Guido, enrolados en la carrera de la revolución (Alzaga Williams 1966; Goldman 2016).<sup>4</sup>

Esa zozobra le hizo escribir el 14 de marzo: “Todo me fastidia, todo me entristece, sin vos no puedo vivir”. Con esa expresión confesaba un estado de ánimo que asoció la experiencia de la soledad con la del destierro, la figura clásica del castigo ciudadano, y la muerte que era también la propia.

Así lo expresó el 20 de abril: “Solo Dios sabe la impresión y pesadumbre tan grande que me ha causado tu separación porque aun cuando me prevenías que pudiera ofrecésete algún viaje, me parecía que nunca había de llegar este caso; al principio me pareció sueño y ahora me parece la

misma muerte y la hubiera sufrido gustosa con tal de que no te vayas”.<sup>5</sup>

A esa altura, Moreno ya había muerto en altamar sin que Guadalupe tomara conocimiento de la desgracia por lo que nula respuesta a las cartas cursadas aumentaron sus padecimientos. En consecuencia, las cartas de Mariquita, como Moreno la llamaba en la intimidad, ponen de manifiesto emociones cruzadas por la tristeza ante la ausencia del marido amado, el fastidio por estar sola y el peso de la marginalidad ante la frustración o fracaso político.

Escribir la consuela y también le permite insistir para que le responda: “No te enojés de que te caliente la cabeza con mis cartas (...); ya basta de guardar secretos para tu mujer”. En la soledad de su cuarto, o en la sala, Guadalupe vuelca en sus epístolas sentimientos de dolor, pesadillas nocturnas, lamentos porque su marido no ocupa su cama y desconfianzas profundas a que la ausencia se traduzca en infidelidad o abandono que es sinónimo de olvido. La sospecha que se enredara con una “inglesa” la trastornaba: “sólo sois de Mariquita y ella y nadie más te ha de amar hasta la muerte”, escribió el 1 de julio, para recordárselo un mes después: “Cumple tus obligaciones de cristiano; no te olvides de mi”. Por ello Guadalupe no sólo clama a Moreno que le responda, sino que la mande “llevar”, a costa de cualquier sacrificio porque quiere “servirlo, cuidarlo y quererlo cada día más de lo mucho que te quiero. Toda mi felicidad se funda en que vivas”.<sup>6</sup>

Ese registro de amor romántico que sólo más tarde ganaría visibilidad en la prensa porteña escrita por y para mujeres (Mayo 2004), iba unido a sentimientos encontrados por las decisiones domésticas que había tenido que asumir: “ay, Moreno de mi vida, qué trabajo me cuesta el vivir sin vos, todo lo que hago me parece mal hecho (...) las gentes, la casa, todo me parece triste”. En efecto, el hogar le reclama atenciones de su hijo, de la suegra que la visita a diario, cobrar el sueldo del marido y el alquiler de un cuarto de la casa y lidiar con dos esclavas que la desafiaban.

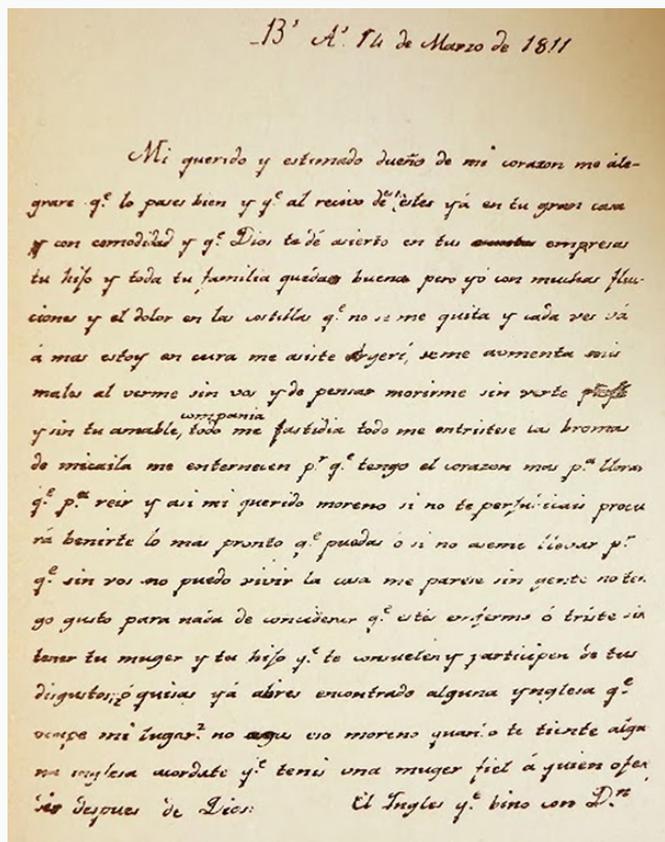
### Carta de Guadalupe Cuenca

A ello se suma la hostilidad oficial descargada contra los partidarios de Moreno que había alterado la sociabilidad que practicaban desde 1805 cuando



se habían radicado en Buenos Aires después del matrimonio celebrado en la catedral de Chuquisaca de donde era oriunda. “No he ido a ninguna función desde que saliste”, escribió el 25 de mayo de 1811. “Las

muchachas [por las cuñadas] quisieron llevarme, pero yo no he querido porque no tengo el corazón para eso, ni puedo sufrir la presencia de los autores de nuestra separación y enemigos mortales nuestros. Ni me parece que vos aprobarías que mientras estés ausente ande yo divirtiéndome, por todos estos motivos no he salido de mi casa a ninguna función”.



“Carta de Guadalupe Cuenca”

Con ello expresaba el modo en que la política estaba en la médula de la sociabilidad familiar que la convertía, además, en confidente de primer orden sobre el derrotero político general y de los morenistas en particular. “A tus amigos hacen lo posible por imputarles delitos”, escribió una noche, para después consignar los juicios en curso, el destino de los desterrados y comentarios vertidos por los enemigos que se habían propuesto desprestigiar su nombre, y el de los propios, como Guido, el supuesto autor del decreto de supresión de honores por el que prometían 6 años de cárcel cuando regresara.

En medio de ese tenso clima, la Junta había dispuesto celebrar el 25 de mayo en la plaza de la Victoria. Ni Guadalupe ni tampoco su suegra, D<sup>o</sup> Ana María Valle, pasaron por alto semejante suceso por lo que volcaron en sus epístolas detalles reveladores del espectáculo oficial. Mientras la matrona de la familia hizo patente las controversias sobre si las esquelas de la pirámide debían referir a las invasiones inglesas o priorizar el acontecimiento de 1810, y dejó constancia del “odio” sembrado por los adversarios de su hijo que afectaban su memoria, Guadalupe prefirió consignar las razones que la habían conducido a no exteriorizar su patriotismo ni participar de las celebraciones. En sus palabras:

“Están de gran función en acción de gracias por la instalación de la Junta. Predica Chorroarín, han hecho arcos triunfales, una pirámide en medio de la Plaza, aunque no la han podido acabar. Mandó la Junta que los alcaldes de barrio pidan a los vecinos para hacer arcos u otras cosas que acredite el patriotismo. Yo no he dado nada porque como vos no estás ni yo tengo otro patriotismo sino el de mi Moreno, no hago ningún servicio a la patria con quitarme de la boca esos reales”.<sup>7</sup>

De modo que el patriotismo expresado por Guadalupe estaba unido inexorablemente con el destino del esposo cuya evidencia provenía de la persecución y castigo impuesto por la facción triunfante: “Todo el empeño de estos hombres es sacarte reo (...) tomá tus medidas, según va esto; [pronto seremos portugueses y] no podrás volver, por lo que será mejor me mandes a buscar; no dejes de escribirme todo lo que te pasa, ábreme tu corazón como a tu mujer e interesada en todas tus cosas”.<sup>8</sup>

2.

Las tertulias femeninas en Buenos Aires no sólo eran animadas por las porteñas. También incluía la organizada por Dña. Javiera Carrera de Valdéz, la única hermana del linaje patricio chileno que había arribado a las Provincias del Plata a raíz de la derrota de Rancagua. Había llegado a fines de 1814 por decisión del gobierno central y del gobernador intendente de Cuyo después



de haber doblegado la pretensión de su hermano José Miguel de ser reconocido como único referente del gobierno chileno en el exilio. Había sido San Martín quien, apelando a la tradición inaugurada con la revolución francesa, había aplicado la clasificación de emigrado para restringir la actividad política en la jurisdicción, a cambio de prestar auxilios a los desgraciados que habían perdido su Patria (Guerrero Lira 2002; Bragoni 2014, 2021). En Mendoza todas las familias chilenas fueron censadas y distribuidas según su clase o rango en casas de particulares y en los conventos que sirvieron de asilo a los soldados. En cambio, los líderes, sus esposas y criados debieron abandonar la ciudad.

Javiera cumplió un rol prioritario en la diáspora familiar al contar con recursos para arrendar una casa que sirvió de albergue a la familia y arbitrar las rivalidades entre Juan José, el primogénito, y el menor, José Miguel quien desde 1811 se había convertido en el principal líder popular de la revolución truncada con el restablecimiento del pendón real en el completo reino. La decisión de emigrar, como lo confesó a su marido de origen peninsular mientras remontaba la cordillera, había sido impuesta por las circunstancias: la derrota militar y la conducta del ejército real que había pasado a “cuchillo niños de peso y sus infelices madres” no sólo la habían horrorizado; también la habían convencido de que ningún acuerdo podía alcanzar con el general triunfante porque tenía el “pecado de ser Carrera”. “La necesidad que me obliga el destino”, escribió al abandonar Santiago, le hizo pedir a Valdez (como lo llamaba parcamente en sus cartas) información sobre la salud de su padre, el cuidado de sus 4 hijos y de los bienes que había repartido entre sus conocidos para evitar el secuestro o confiscación, y el envío de letras de cambio para sobrellevar la carga de la emigración.<sup>9</sup>

La casa que arrendó era frecuentada por personajes ilustres de la Patria Vieja como el cura Camilo Henríquez, el autor del drama *La Camila* censurada por el gobierno, y el editor del *Censor*, Manuel José Gandarillas. También la visitaban los chilenos que rechazaron la oferta de integrar la maquinaria militar sanmartiniana, y esperaban el arribo de José Miguel de Norteamérica quien, según reseñaba en sus cartas, había contratado

buques, antiguos oficiales napoleónicos y marineros con la idea de regresar a Chile por los mares del sur. Lo había hecho con la venia del director Álvarez Thomas, pero el triunfo de Chacabuco que colocó a O’Higgins a la cabeza del nuevo Estado alteró los planes. Sobre todo, cuando el gobierno vetó su plan de reconquista y lo recluyó en un buque del que logró fugarse a Montevideo con la ayuda de su carcelero después de haber conversado con San Martín.

Desde allí escribió a su esposa Mercedes Fontecilla: “Esta es la época más triste de mi vida. Todo me enfada, solo tu memoria endulza mis penas, cuando no recuerdo tu triste situación”.<sup>10</sup> Su estado de ánimo no era distinto al que invadía a sus hermanos en Buenos Aires. El 31 de julio Javiera manifestó la tristeza o pesar por la prolongación de la vida en el exilio:

Juan José es verdad que está libre pero enfermo, y muy caído de ánimo con la consideración de que tiene que alejarse aún más de su Ana, conforme se mejore. Te aseguro que a veces me falta el valor para ver su tristeza. Demasiada tengo por la mía propia para resignarme en tanta agonía, que vida tan triste y prolongada en las penas”<sup>11</sup>

En esa atmósfera, Javiera y sus hermanos idearon un plan alternativo, el de la conspiración, que calculaba la sincronía de movimientos entre los emigrados y los disconformes en Chile que cuestionaban, como atestiguó Hilarión de la Quintana, la injerencia de los hombres de Buenos Aires en el gobierno y la vida política chilena (Hilarión citar). Esa madeja de lazos personales distribuida entre el Chile rural, Santiago, Buenos Aires y Montevideo, debía facilitar el arribo de Luis y Juan José a la hacienda paterna para foguear la opinión a favor de la destitución de O’Higgins y la salida de San Martín, y si era preciso insurreccionar batallones y poblaciones rurales apelando a la fama de los proscriptos.

José Miguel desconfió del éxito de la empresa, aunque no emitió opinión contraria al plan por ella tutelado. Así, y cuando los hermanos habían iniciado el viaje, le escribió: “¿Crees que cuando Luis marchó, quiero vivir en Montevideo



tranquilo? No, mi Javiera, me voy, y tan pronto como reciba tus avisos y algunos auxilios” (agosto 1817). La intuición de José Miguel dio en la tecla cuando la delación de uno de los implicados dio paso a la detención de los sospechosos en Santiago, y a la tenaz pesquisa del gobernador Luzuriaga para detenerlos y depositarlos en la cárcel de Mendoza mientras se instruía el juicio criminal por traición a ambos Estados, el chileno y el rioplatense (Bragoni 2008: 949 - 976).

En ese lapso, las mujeres del clan se erigieron en piezas de primer orden para gestionar clemencia ante las autoridades, asistirlos en la cárcel y facilitarles información confidencial. En Santiago, Ana María Cotapos recibió la noticia con desesperación. La bella esposa de Juan José –que hizo decir a la inglesa Mary Graham, “el rostro más hermoso que jamás haya visto”–, escribió a su concuñada Mercedes: “Estoy loca y desesperada”,<sup>12</sup> por lo que echó mano a sus relaciones que le permitieron entrevistarse con San Martín y guido para que al menos los presos fueran liberados de los grillos, mientras escribía a una amiga residente en Mendoza para obtener noticias sobre la salud de “su Juan”, y hacerle llegar mandados con el fin de aliviar la vida en la prisión.<sup>13</sup>

Entretanto, en el otro extremo del mapa familiar, Javiera activó contactos para influir ante las autoridades con el fin de atemperar las penas del delito que se les imputaba. En particular, escribió a su prima Tomasa Gamero de Muñoz, la mujer del abogado chileno que asumió la defensa, encargándole que entregara la carta que dirigió a la esposa del gobernador Luzuriaga para que intercediera en beneficio de los reclusos.<sup>14</sup> Asimismo, le anticipó a José Miguel los pasos que iba a seguir: “Haré enérgica representación al Congreso” que tenía como objetivo trasladar la causa y los reos a Buenos Aires.<sup>15</sup>

Ante el fracaso de la iniciativa, Ana Cotapos viajó a Mendoza, se alojó en una casa próxima al cabildo y con la asistencia de la parda Agustina, hizo llegar a su marido pequeños objetos que incluía una trenza envuelta en un pañuelo de seda junto al papel y tinta que le permitía escribirle cartas de amor y la esquila cifrada que se convirtió en prueba de que planeaban fugarse, asaltar el cuartel y destituir a las autoridades con la ayuda de los indios del cacique Venancio, quien había

tomado partido por ellos y había jurado guerra sin tregua a los directoriales en caso de mantener la prohibición de su regreso.

La tragedia familiar alcanzó máxima expresión cuando los Carrera fueron fusilados sin que ninguna mediación o súplica de las mujeres pudiera frenar la vara de la justicia revolucionaria. La noticia tuvo enorme impacto entre los emigrados de Buenos Aires y en la opinión de Santiago, que se agudizó cuando Gandarillas publicó que O’Higgins había exigido a D. Ignacio Carrera pagar las balas que habían penetrado el cuerpo de sus hijos y habían sido sepultados en el camposanto de la Caridad donde Ana Cotapos les rendía tributo todos los días vestida de luto.

El suceso que azotó a la familia erigió a José Miguel en el único varón sobreviviente y desde Montevideo juró vengar la muerte de sus hermanos. También renovó la promesa de regresar a Chile junto a los chilenos dispersos en las cárceles y en los ejércitos que hacían la guerra a Artigas y los federales del Litoral. En esos días había escrito a Carlos de Alvear, uno de los proscritos de Pueyrredón, lo que anticiparía la estrategia que seguiría de allí en más: “Mi esposa es mi más fiel y sigilosa confidente en todos mis pasos. Valen más nuestras mujeres que nuestros hombres para la revolución”.<sup>16</sup>

El papel de Mercedes resultó clave en la acción política que bajo la forma de montoneras desplegaría su marido en la convulsa travesía entre Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Cuyo entre 1820 y 1821. A esa altura cargaba con el cuidado de tres niñas y un nuevo embarazo que no le impedían asumir roles diversos sujetos a mantener la unión y abastecer las tropas: cose camisas para vestir a los “bravos araucanos” que integraban el “ejército restaurador”; intercede con los proveedores de alimentos; pacta los precios de tabaco y jabón; vende ganado en pie o cueros obtenidos de los arreos y asaltos a las estancias y chacras de Buenos Aires y Santa Fe. También custodia la imprenta volante que había servido a la edición de proclamas, manifiestos y los ejemplares de El Hurón, el periódico que contribuyó a quebrar el gobierno de Pueyrredón al denunciar planes monárquicos inaceptables para los defensores de la “soberanía de los pueblos” (Busaniche; Pérez). A su vez, preserva con enorme cuidado “los papeles” del marido con la sola excepción del diario íntimo que cargó en su faltriquera cuando



pactó con los indios en Melinué, e inició la campaña que serviría a Martín Rodríguez a declarar la guerra de exterminio contra el chileno azuzada por la pluma del cura Castañeda y acompasada por

los gobiernos de la antigua unión.

Lo hacía desde Rosario, la villa que sirvió de hogar trashumante bajo la protección de Juan Antonio García, aliado de Ramírez y refractario de López, y desde allí obtiene información de los aliados y comerciantes, que transmite a su José Miguel con extremo cuidado para evitar que fueran secuestradas.

Así lo confesó a Javiera en las cartas escritas en febrero de 1821 cuando la caída del director Pueyrredón le había permitido residir en Montevideo.<sup>17</sup> En la primera, fechada el 6 de febrero de 1821, le informó que había parido “un varoncito” por lo que la familia podía dejar de burlarse y quedar satisfechos de haber cumplido con la obligación de continuar el linaje. Pero dos semanas después, y mientras le dolía la espalda porque no encontraba un ama de leche para criar al niño, le ofreció el detalle de la manera en que el inicio de la campaña de su marido la había erigido en punto de intersección de información de sus aliados y adversarios:

“López trata de ganar a nuestro García y para verificarlo lo ha mandado llamar diciéndole que tiene que comunicarle cosas que le interesan, éste no piensa ir pero se le hace necesario abandonar este punto hasta que llegue Ramírez y por esto es que no puedo quedarme, García tiene más partido que López en esta campaña y está unido a Ramírez completamente, él cuenta con igual partido en Santa Fe (...) Llama por José Miguel y para esto me mandó un oficial para que yo le escribiese y suplicase a José Miguel no se precipitase [ en] apoderarse de alguna provincia hasta que él pasase y pudiera auxiliarlo de armamento y dinero que era lo principal.”

La incertidumbre e inseguridad está en la

médula de sus preocupaciones: “Ahora López me ha pillado unas cartas de el para García y para mí. Estoy temblando el resultado a pesar de que yo no he querido escribirle, sino de palabra, contestarle”. El temor es mayor porque no tiene noticias del marido, aunque conjetura que debe estar bien por los “papeles públicos” que lee. Por ellos sabe de la conflictividad política que cruza el escenario interprovincial e interpreta a la luz de la información que recibe, transfiere o emite: sobre todo de los movimientos de La Rioja, San Luis y Mendoza, las expectativas depositadas en el accionar de Ramírez para ponerle “ley a Buenos Aires” e instalar a Vera como gobernador de Santa Fe, y lo que no es menor, la íntima convicción que solo la caída de O’Higgins pondría fin al agónico peregrinar personal y familiar.

3.

También un día de febrero de 1821, pero en Santiago de Chile, Pilar Spano recibió una nueva carta de su marido en la que le confesaba: “Ya estarás fatigada de leer, pero te ruego me disculpes porque no hay ratos más placenteros para mí que conversar contigo desde la inmensa distancia a que me ha separado el destino”.<sup>18</sup> No era la primera vez que Tomás Guido renovaba el compromiso contraído tres años atrás cuando siendo diputado de las Provincias Unidas de Sud-América ante el gobierno chileno, se habían conocido en algún baile o sarao que frecuentaban los rioplatenses entre el triunfo de Chacabuco y la celebración de la independencia chilena. El 8 de marzo de 1818 le había escrito: “Mi pasión se inflama a medida de los peligros que se presentan, y de las horas que corren sin verte: Me es insoportable no verte”.<sup>19</sup>

En ese ambiente, y esquivando el control de su madre, Pilar había quedado embarazada y con ella había trepado la cordillera en medio de la zozobra y el miedo despertado ante el avance de las fuerzas realistas que gravitó en la derrota patriota de Cancha Rayada. Guido no había ignorado los riesgos que corría su prometida por lo que extremó los medios para saber de ella, hacerle llegar cartas y realizar una libranza para fletar las mulas que las devolvería de la villa de Santa Rosa a Santiago. En ese lapso, haber leído las cartas de Pilar (fechadas el 13 y el 17 de marzo) habían aliviado su “corazón agitado” frente a “los peligros de la patria, las desgracias de mis amigos y la precipitación de sucesos” que lo habían privado del “último consuelo que refrigeraba su espíritu”.



No habían sido días fáciles para los patriotas, y menos para Guido. El 3 de abril había viajado a Valparaíso para recomponer la fuerza militar que gravitó en el éxito de las armas en Maipú dos días después.

Ese resultado le hizo recuperar la esperanza del reencuentro y sellar el pacto amoroso que se formalizó el 22 de diciembre cuando contrajeron matrimonio. No era para menos: en octubre había nacido José Tomás, ahijado de San Martín, con lo cual la pareja ponía de relieve un eslabón más de las prácticas sexuales prenupciales relevadas por la historiografía en ambos márgenes de los Andes.<sup>20</sup>



*“Pilar Spano Ceballos”*

La radicación en Santiago afianzó el núcleo familiar que se vitalizó con el nacimiento de Daniel al año siguiente mientras Guido se convertía en actor central del último capítulo del plan continental por lo que los preparativos de la Expedición al Perú volvió a separarlos introduciendo un giro en el vínculo de la pareja que se prolongó hasta 1826. En la travesía que jalonó el retorno, y como lo hizo saber a San Martín,

el acreditado militar y diplomático lamentó la pérdida de su equipaje junto al valioso archivo que atestiguaban sus servicios a la independencia americana, y que incluía las preciosas cartas que su mujer le había escrito durante la larga ausencia.

En cambio, Pilar preservó las epístolas de su esposo permitiendo distinguir dos momentos del nutrido intercambio: las escritas en vísperas de la partida de la Expedición, y las redactadas cuando hizo pie en Pisco, Huaura, Guayaquil y Lima.

Las escritas desde Valparaíso agrupan recomendaciones domésticas y temas de carácter emocional de la empresa militar y política en la que había confiado desde 1816 cuando había redactado la memoria del plan impulsado por el gobierno de Pueyrredón y ejecutado por el Libertador del sur.

En contraste, Pilar respondió con menos frecuencia las 19 epístolas que recibió de su marido antes de darse a la mar. Esa abrumadora interpelación (casi 1 x día) cargada de preocupación ante la falta de respuesta equivalente, permite conjeturar las dificultades que enfrentó: a la tristeza de la separación y el fastidio por la salida anticipada del marido del hogar santiaguino, se agregaban problemas de “ortografía” y “retórica” porque las cartas que escribe no están a la altura de la estilizada correspondencia recibida de su esposo.

En contraste, las de Guido destilan optimismo ante el acontecimiento que la “historia” recordaría “como uno de los más importantes desde el descubrimiento del Nuevo Mundo”, aunque no dejó de percibir la pavora que inundaba el alma de las mujeres ante la inminente partida de la escuadra: “Valparaíso presenta hoy un espectáculo magnífico pero muy tocante, escribió el 19 de agosto de 1820: por una parte se oyen aclamaciones de alegría por toda la tropa, y por otra se ven correr por la playa a las madres y esposas de los pobres soldados bañadas en lágrimas devorando con sus ojos las lanchas que conducen a sus hijos y esposos (...)”.<sup>21</sup>

Pero la firme convicción de ser partícipe de un momento excepcional, el de ser “un americano que trabajaba por la independencia”, destiló también el amargo sentimiento por tener que dejarla: “yo te juro que sólo el santo fin de la libertad de nuestra Patria puede impelerme a tomar parte en una empresa que trastorna todas mis conveniencias personales y me aleja de ti”.



Tal confesión explica que ya en la travesía marítima, Guido resalte el papel de la correspondencia como vehículo primordial para activar el recuerdo y evitar el olvido. Por ello expresó: “¿conservarás

mi memoria con el ingenuo cariño con que yo recuerdo el tuyo?” La escribió a bordo del buque San Martín en medio del acecho a Lima y antes de desembarcar en Ancón, no sin antes expresar que las cartas expresaban “el consuelo del espíritu unido” hasta que pudieran reencontrarse. Por eso le suplica que dedique media hora por día para escribir lo que quiera y enumere las epístolas a los efectos de registrar posibles extravíos.<sup>22</sup> Esa razón fundamentaba el papel del intercambio epistolar como expresión del vínculo y de conversación de la pareja. Así lo escribió el 11 de noviembre: “Ningún objeto era superior en mi imaginación a la idea atormentadora de verme condenado a no escribirte ni recibir tus cartas”.<sup>23</sup>

Pilar no replicó la práctica de escritura de su marido que archivó entre sus objetos personales. El ritmo y tono de sus epístolas es distinta. Ella responde a cuentagotas lo que da lugar a reclamos del marido ausente. Es la manera que la joven esposa con dos hijos a costas hace explícita la disconformidad ante la ausencia e inacción del marido para trasladar la familia al Perú. Más cuando supo que había viajado a Guayaquil y se rumoreaba sobre un posible viaje a Madrid: “te agitas sin causa –respondió Guido–, yo no lo he pensado, ni lo haré jamás. Harto convencidos estamos que la punta de la bayoneta es la mejor diplomacia para obligar a los españoles reconocer nuestros derechos”.

Pero las razones que esgrime el esposo sobre los compromisos u obligaciones políticas no la convencen. Tampoco el puntual envío de remesas de sueldo que le permiten organizar la vida doméstica, ni los obsequios que le pide y se encarga de satisfacer lo que dio lugar a reclamos enfáticos del marido ante el prolongado silencio de su mujer. Ese malestar le hizo escribir el 1 de abril de 1821:

“quiero todavía disculpar tu falta porque no puedo consentir que hayas olvidado tu deber y los derechos de nuestra amistad. En cada una de ellas yo me lisonjeo que descubrirás el idioma de mi corazón, y la franqueza

de un sincero amigo, que no merece ser tratado con indiferencia. Yo no quiero vivir sin tu amistad, sin tu correspondencia, pero ésta debe ser tan eficaz y activa como la que más (...) Temo contaminar esta carta porque mi inquietud puede alterarme el humor con que escribo, y porque comienzo a temer que llegue a fastidiarme”.<sup>24</sup>

El enfado de la esposa anidaba no en el olvido, sino que, a semejanza de Guadalupe Cuenca, en la desconfianza sobre la fidelidad de su esposo. Mas aun cuando habían llegado a sus oídos murmuraciones sobre un supuesto cortejo de Guido con alguna de las damas que habían elevado un petitorio al diplomático del Libertador durante su visita a Guayaquil, había leído la carta en la que le había confesado haber exhibido sus dotes de bailarín en los salones de Lima con motivo de la celebración de la independencia en la que había lucido la escarapela de tafeta que le había bordado, y estaba al tanto de las distinciones que habían recibido las limeñas por su adhesión a la causa de la libertad.

Pero ninguno de los argumentos vertidos por el marido en defensa de su conducta privada fungido en el honor, la moral y la religión que lo obligaban a sostener los lazos sagrados que los había unido “para siempre”, torció la voluntad de Pilar de reactivar la correspondencia. Ninguna declaración del amor alteró su decisión de prolongar el silencio conduciendo al ya ministro del protectorado mantener tensa vigilia de los buques que recalaban en el Callao. Así lo expresó el 21 de octubre de 1821: “Varios buques han llegado de Chile en estos últimos días y en ninguno has querido escribirme: yo no encuentro ya a qué atribuir un silencio que me es insoportable”.<sup>25</sup>

Meses después Pilar reanudó la correspondencia y cumplió con el deseo del esposo de enviarle un retrato que reactualizó el vínculo y sirvió a Guido a exponer confesiones imposibles de pronunciar en el ámbito público. Por ellas supo del proyecto que acariciaba una vez afianzada la independencia americana. Este no era otro que regresar a Buenos Aires: “acá no quiero nada”, escribió con el corazón inflamado, al ver flamear el estandarte celeste y blanco en la plaza de Lima, y escuchar la marcha nacional que venía entonando desde 1813.<sup>26</sup> Pero



el registro emocional de sus cartas alojó también la amarga confesión sobre la salida del Libertador del Perú:

“Quedarás sorprendida al ver aparecer en esa al general San Martín”, escribió el 29 de agosto de 1822, “este hombre contra el dictamen de todos sus amigos, ha desertado de la causa pública y ha dejado expuesto a este país a perderse absolutamente; su ausencia me ha hecho probar mil amarguras, como un fiel amigo que lo soy suyo no puedo ser indiferente a su falta y como patriota preveo un cúmulo de males que amenazan el orden y la existencia misma de este Estado cuando todavía puede decirse que la guerra no ha principiado”. 27

Estas cartas escritas por mujeres o leídas por ellas nos devuelven imágenes potentes sobre las formas en que la revolución y la guerra transformaron sus vidas para siempre. Cartas escritas en la soledad de un cuarto, a bordo de un buque o en plena campaña militar exhiben un tipo o forma de conversación que enhebran afectos, deseos, lamentos y nostalgias en procura de actualizar el recuerdo y soportar la incertidumbre en la intimidad del hogar, en el exilio o en el teatro de la guerra.

Se trata de experiencias de escritura y lectura impuestas por la ausencia de maridos o hermanos que las erigió en vehículos de información, influencias personales y recursos materiales puestos al servicio de los avatares o costos de la acción política.

Las cartas se convierten así en arena de aprendizajes, iniciativas o elecciones propias; en soporte de confesiones y silencios que jalonan el modo de sobrellevar la adversidad; en depósito de interacciones y sentimientos orientados a preservar la unidad familiar en medio de la lucha política o la diáspora imantada desde la marginalidad del poder. En suma, y ya para terminar, la correspondencia escrita o leída por estas mujeres ponen en escena el clivaje de sensibilidades patrióticas enraizadas en historias familiares en la que el vínculo amoroso

y la felicidad eran o fueron vividos en asociación con el amor a la Patria.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Dora Barrancos, *Mujeres en la sociedad argentina: una historia de cinco siglos*. (Buenos Aires: Sudamericana, 2010)

Graciela Batticuore Mariquita Sánchez de Thompson; *bajo el signo de la revolución* (Buenos Aires: Edhasa, 2011)

Beatriz Bragoni José Miguel Carrera. *Un revolucionario chileno en el Río de la Plata* (Buenos Aires: Edhasa, 2012)

Beatriz Bragoni, *San Martín. Una biografía política del Libertador*. (Buenos Aires, Edhasa, 2019)

Magdalena Candiotti, *Una historia de la emancipación negra. Esclavitud y emancipación en la Argentina*. (Buenos Aires: siglo XXI, 2022)

Marisa Davio. “Mujeres militarizadas: en torno a la búsqueda de fuentes para el análisis de la participación de las mujeres en Tucumán durante la primera mitad del siglo XIX”. *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos* (Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti” Córdoba (Argentina), año 5, número 5, 2014) 81-96

M. Alejandra Fernández, “Familias en conflicto. Entre el honor y la deshonra”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, N° 20 (Buenos Aires: 1999)

Raúl Fradkin. “Introducción: ¿Y el pueblo dónde está? La dificultosa tarea de construir una historia popular de la revolución rioplatense”. En *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, ed. Raúl Fradkin. (Buenos Aires: Prometeo libros, 2008) 9-26.

Mónica Gerardi. *Matrimonios y familias en Córdoba 1799-1850*. (Córdoba: CEA, 2004)

Noemi Goldman. Mariano Moreno. *De reformista a insurgente* (Buenos Aires: Edhasa, 2016) 211-237

Cristian Guerrero Lira *La contrarrevolución de la independencia en Chile* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2002)



Tulio Halperín Donghi. *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, (Buenos Aires: Siglo XXI, 1979).

Silvia Mallo. “Conflictos y armonías: las fuentes judiciales en el estudio de los comportamientos y valores familiares”. en *Poblaciones históricas: fuentes, métodos y líneas de investigación*, ed. Dora Celton et al. (Río de Janeiro, Alap) 387-401.

Sara Mata. “Milicias y montoneras. Salta, 1810-1821”. En: *Hacer política. La participación popular en el siglo XIX rioplatense*. Ed. Gabriel Di Meglio y Raúl Fradkin (Buenos Aires: Prometeo libros, 2013) 71- 91.

Carlos Mayo, *Porque la quiero tanto. Historia del amor en la sociedad rioplatense (1750 – 1860)*. Buenos Aires: Biblos, 2004)

María Lía Munilla Lacasa. *Celebrar y gobernar. Un estudio de las fiestas cívicas en Buenos Aires, 1810-1835* (Buenos Aires: Miño y Dávila, 2013)

Jorge Myers, “Una Revolución en las Costumbres. Las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña (1800 - 1860)”. En *Historia de la vida privada en Argentina. País antiguo. Tomo 1*. Ed. Fernando Devoto y Marta Madero (Buenos Aires: Taurus, 1999) 112-

Pablo Ortemberg. “Apuntes sobre el lugar de la mujer en el ritual político limeño: de actrices durante el virreinato a actoras de la independencia”. *E.I.A.L, Vol. 22- N° 1* (2011) 105-128

Pita Valeria, *El arte de demandar. Versiones de vida, redes políticas y solicitudes públicas de viudas, ancianas y trabajadoras*. Buenos Aires, 1852-1870, *Travesía, Vol. 22, N° 1*, Enero-Junio, 2020, pp. 109-133.

Ricardo Salvatore. *Paisanos itinerantes. Orden estatal y experiencia subalterna en Buenos Aires en la era de Rosas* (Buenos Aires: Prometeo, 2017);

Patricia Seed. *Amar, honrar y obedecer en el México colonia. Conflictos en torno a la elección matrimonial, 1574-1821* (México: Alianza editorial, 1991)

Sergio Serulnikov, *Conflictos sociales e insurrección en el mundo colonial andino. El norte de Potosí en el siglo XVIII*, (Buenos Aires:

Fondo de Cultura Económica, 2006).

Enrique Williams Alzaga, *Cartas que nunca llegaron*. María Guadalupe Cuenca y la muerte de Mariano Moreno (Buenos Aires: Emecé Editores, 1966).

### Notas

- 1 Gaceta Ministerial del Gobierno de Buenos Aires 30 de mayo 1812
- 2 Gaceta de Buenos Aires (1810-1821), Junta de Historia y Numismática americana Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1910: 419
- 3 Manuel Belgrano, *Educación*. Correo de Comercio 21 de julio 1810
- 4
- 5 Carta de Guadalupe Cuenca a Mariano Moreno, Buenos Aires 20 abril 1811 (Williams Alzaga, *ibidem*) 70
- 6 Carta de Guadalupe Cuenca a Mariano Moreno Buenos Aires 9 de mayo 1811 (Williams Alzaga, *ibidem*) 73-75
- 7 Carta de Guadalupe Cuenca a Mariano Moreno, Buenos Aires 25 de mayo 1811; carta de Ana María Valle a sus hijos Manuel y Mariano Moreno, Buenos Aires 4 de mayo 1811 (Williams Alzaga, *ibidem*) 75-77 y 87
- 8 Carta de Guadalupe Cuenca a Mariano Moreno, Buenos Aires 29 de julio 181 (Williams Alzaga, *ibidem*) 83-84
- 9 Carta de Javiera A Pedro Díaz de Valdez, Chile 5 de octubre y Mendoza 15 de noviembre de 1814, *Revista chilena de Historia y Geografía, Año III, Tomo VII, 1913, N° 11*, pp. 197- 202
- 10 Carta de José Miguel a Mercedes Fontecilla, Montevideo 22 de mayo 1817 (Vicuña Mackenna, *Ostracismo de los Carrera*. Santiago, El Ferrocarril 1857) 104
- 11 Carta de Javiera Carrera a su hermano José Miguel, Buenos Aires 31 de julio 1817 (Vicuña Mackenna, *ibidem*) 121
- 12 Carta de Ana María Cotapos a Mercedes Fontecilla, Santiago 17 de octubre 1817 (Vicuña Mackenna, *ibidem*) 168
- 13 Carta de Ana a Javiera 24 de noviembre 1817, *Revista chilena de Historia y Geografía, Año 4, Tomo XII, 1914, N° 16*, pp. 409- 413
- 14 Cartas de Tomasa Alonso Gamero, Mendoza 9 de septiembre y 18 de diciembre 1817, *Revista chilena de Historia y Geografía, Año IV, Tomo XI, 1914, N° 15*, pp. 57-68.
- 15 Carta de Javiera Carrera a José Miguel.



- Buenos Aires 26 de agosto 1817 (Vicuña Mackenna, *ibidem*) 170
- 16 Carta de José Miguel a Carlos de Alvear, Montevideo 9 de marzo 1818 (Vicuña Mackenna, *ibidem*) 146
- 17 Carta de Mercedes Fontecilla a su cuñada Javiera Carrera, Rosario 6 y 20 de febrero 1821, Sergio Vergara Quiroz, *Cartas de mujeres en Chile, 1630-1885*. Santiago, Ed. Andrés Bello, 1987, pp. 108-109.
- 18 Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, Santiago febrero 1821 (Carlos Mayo, *Porque la quiero tanto Historia del amor en la sociedad rioplatense 1750-1860*. Buenos Aires: Biblos, 2004) 129
- 19 Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, San Fernando 8 de marzo 1818 (Carlos Mayo, *Porque la quiero tanto Historia del amor en la sociedad rioplatense 1750-1860*. Buenos Aires: Biblos, 2004) 123 - 124
- 20 José Luis Moreno. "Sexo, matrimonio y familia: la ilegitimidad en la frontera pampeana del Río de la Plata, 1780-1850", (*Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana* Dr. E. Ravignani, N° 16/17, 1998) 61-84. Eduardo Cavieres y R. Salinas Mesa. *Amor, sexo y matrimonio en Chile tradicional* (Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso, 1991)
- 21 Carta de Tomás Guido a Pilar Valparaíso
- 19 de agosto 1820 (Epístolas y discursos, Buenos Aires: Emecé editores, 1944) 6-7
- 22 Carta de Tomás Guido a Pilar, a bordo del San Martín 24 de octubre 1820, (Carlos Mayo, *Porque la quiero tanto*. Buenos Aires: Biblos, 2004) 126
- 23 Tomás Guido a Pilar Spano, Huacho 11 de noviembre 1820 (Carlos Mayo, *Porque la quiero tanto*. Buenos Aires: Biblos, 2004)
- 24 Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, 1 de abril 1821, (Carlos Mayo, *Porque la quiero tanto*, *ibidem*) 130
- 25 Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, Lima 28 octubre 1821 (Carlos Mayo, *Porque la quiero tanto*. Buenos Aires: Biblos, 2004) 131.
- 26 Cartas de Guido a Pilar, 12 y 19 de julio 1821 (Joaquín Pérez. "Guido: un cronista inédito de la expedición libertadora al Perú." *Trabajos y Comunicaciones*, 23 (1978) 145
- 27 Tomás Guido a Pilar Spano, Lima 29 de agosto 1822, Legajo 2039, citado en Raúl Galmarini, Tomás Guido. *Cuando sentado a la sombra de mis años*. Buenos Aires. Editorial Histórica, Emilio Perrot, 2006, p. 160



## PRESENTACIÓN DEL DR. DARÍO ROLDÁN COMO MIEMBRO DE NÚMERO

DR. FERNANDO DEVOTO

*Académico de número de la Academia Nacional de la Historia*

Es para mí un enorme placer recibir al Doctor Darío Roldán y darle la bienvenida formal como Académico de Número de esta institución. Nos conocemos con Darío desde principios de la década de 1980 y creo que ambos (o al menos yo) nos hubiéramos sentido sorprendidos si alguien hubiese profetizado que más de cuarenta años después íbamos a estar hoy aquí.

Empero, el placer de presentarlo no deriva solo de los lazos de amistad ni de su muy destacada labor de historiador sino de que, en un género de institución que debería estar surcado por las tradiciones, en un país que tiene pocas, Roldán trae consigo además de su obra, un linaje. Un linaje que yo considero de los más nobles en este y en otros contextos: pertenece a una familia de varias generaciones de profesores y maestras. En ella sobresalen además de su madre y su padre, este último un destacado musicólogo, su abuelo que estuvo vinculado de muchos modos, en una relación discipular con su coterráneo, Joaquín V. González, el eminente intelectual que fuera miembro de esta institución desde 1901, cuando se llamaba Junta de Historia y Numismática Argentina. Y el mismo Darío escribiría luego luminosas páginas acerca de González.

Si Roldán es parte de un linaje debe señalarse cuanto el mismo lo ha enriquecido con su carrera académica y con su obra escrita. No haré un detallado repaso de su curriculum, rápida coartada para salir del paso en estas ocasiones, indicaré solo algunos datos mínimos. Egresado del Carlos Pellegrini, luego de la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, tras el retorno de la democracia realizará una maestría en ciencias políticas en la Facultad Latinoamericana en Ciencias Sociales sobre Joaquín V. González y luego un doctorado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de Paris sobre Charles de Rémusat.

Quisiera anotar en este punto algunas cuestiones nodales. La primera es el encuentro en FLACSO con Jorge Dotti que fue un permanente

interlocutor privilegiado y una influencia intelectual importante en el área de la filosofía política de la que era un eximio conocedor, la segunda es el paralelo encuentro en el ámbito de CEDES con Enrique Tandeter no solo una figura historiográficamente relevante para él sino uno de los mejores conocedores de las redes intelectuales con Francia y con la École lo que hizo posible no solo que Darío pudiese seguir sus estudios allí sino que pudiera hacerlo con aquel con quien quería trabajar, Francois Furet. Una figura que creo todos conocen y que aún más que Pierre Rosanvallon, su otro interlocutor principal parisino, en mi opinión, le dejó muchos instrumentos para el trabajo de historiador que me parecen perceptibles en su obra y que no solo le permitieron retener una mirada histórica y perfeccionar un trabajo con las fuentes que por largo tiempo predominaron en Roldán por sobre las modelizaciones destemporalizadas de la ciencia política.

En cualquier caso, la experiencia francesa que compartió con su esposa María Marta también ella en tren de realizar su doctorado y con un hijo pequeño, Francisco entre 1989 y 1995, luego vendría Ignacio, fue todo menos sencilla ya que a las dificultades que imponía la vida cotidiana había que sumar la inmersión en un mundo enteramente nuevo que lo era más al haber elegido Roldán un tema europeo para su investigación. Esto requería tanto un desciframiento de nuevos códigos profesionales como el familiarizarse con un enorme conjunto de lecturas que pudieran ponerlo a la altura (y así fue) de los otros participantes de uno de los grupos más estimulantes que trabajaban sobre la historia del pensamiento político del siglo XIX francés, el Centro Raymond Aron. La tesis sin embargo fue solo un punto intermedio en su colaboración con Francia cuyo gobierno ha reconocido en todo su justo valor con otorgándole las Palmas Académicas, una orden que fue creada por Napoleón en 1808.

Por otra parte, Roldán desarrolló una larga labor docente y de investigación en muchas instituciones, las Universidades del Salvador, de Luján y de Mar



del Plata, FLACSO, la Fondation Nationale des Sciences Politiques de Paris, el Instituto Ortega y Gasset de Madrid, entre otras, hasta culminar en la Universidad Torcuato Di Tella donde se desempeña como profesor e investigador desde el año 2001. Y quisiera observar que Roldán en el recuerdo de sus alumnos ha sido y es un docente y un director de investigadores y becarios, ejemplar.

En este punto debemos adentrarnos en su obra que es la que valida su prestigio como historiador y también, aunque no necesariamente, la incorporación a esta señera institución. Antes de hacerlo quisiera observar que Darío ha señalado dos cosas sobre su trabajo: la primera es que no tiene un método, sino que trabaja caso a caso. La segunda, retomando una expresión de un colega, que su trabajo puede resumirse así: Pensar, leer, escribir. Espero se me permita agregar algunas cosas con el riesgo de que pueda desmentirme cosa que ni Rémusat ni Rivarola podían hacer cuando eran deconstruidos y reconstruidos por Roldán.

2.

Introduciría en primer lugar la temporalidad que permite argumentar que, si mirada en el arco de algo menos de cuarenta años puedan, dentro de una notable coherencia en torno a un tema y un problema, encontrarse distinciones e inflexiones en su forma de trabajo como en su misma escritura que va desplazándose de la complejidad constructiva de su González a formas no menos elegantes, pero más clásicas. Asimismo, al no ser Darío un estibador que acumula materiales en la cubierta de la barca de clio como los que llamamos coleccionistas o anticuarios sino un historiador que como el mismo ha dicho, y recordando el nombre de Lucien Febvre, parte siempre de un problema y que estos han estado y están vinculados con los sucesivos climas de época, es postulable también que sus modos de aproximación al pasado no hayan permanecido inmutables en el tiempo y quizás ello sea más perceptible en su producción más reciente. Y en este punto le debemos gratitud a Darío por haber siempre puesto las cartas sobre la mesa acerca de las relaciones entre los sucesivos presentes y sus temas y problemas, un poco a la manera en que lo había sugerido el mismo Furet, como también recordaba Roldán,

cuando indicaba hasta qué punto la experiencia intelectual del Centro Raymond Aron podía vincularse con el clima de lo que llamaron la “República del centro” y desde luego con el derrumbe del socialismo real y de la misma idea de socialismo como futuro necesario. Del mismo modo, las inquietudes iniciales de Roldán sobre el liberalismo, en el marco de una historia del pensamiento político, no pueden desvincularse del clima político y cultural que en Argentina abrió el advenimiento de la democracia, como recordaba en un texto posterior sobre “La cuestión liberal en la Argentina del siglo XIX”, o, muchos años más tarde, su interés por las condiciones de posibilidad que podrían favorecer el surgimiento del despotismo, incluido el “despotismo suave” desde el interior mismo de la democracia como en su reciente magnífico artículo “Tocqueville y el despotismo democrático”.

Ciertamente, esa relación presente-pasado contiene no pocas acechanzas para el historiador y muchas menos para otras disciplinas habilitadas para entrar a saco en épocas pretéritas. Es fácil señalar dos, relacionadas: el problema del anacronismo y el problema de las analogías. Sin embargo, Roldán es plenamente consciente de ello y como subraya en varios de sus escritos, por ejemplo, en el notable “Liberales y doctrinarios: acerca de la tradición liberal en Francia”: no se trata de buscar en aquellos autores del pasado respuestas para hoy sino de reflexionar sobre la problemática que las anima entonces y ahora: las relaciones entre liberalismo y democracia. Asimismo, nos propone explorar las posibilidades de una genealogía crítica de idea de democracia, cuestión bien más problemática porque como el mismo Roldán nos ha enseñado, de nuevo por ejemplo en sus “Lecturas de Tocqueville”, como la obra de un pensador ilustre puede aparecer y desaparecer en el lapso de un siglo y medio lo que permite conjeturar que el pensamiento político puede ser pensado también desde la idea de discontinuidad.

Pero ya es hora de señalar aunque sea brevemente el problema, ¡y qué problema! que vertebró la obra de Roldán: el de las relaciones entre liberalismo y la democracia, mirado desde el liberalismo o desde los liberalismos, un plural no un singular, que incluye no solo a liberales y doctrinarios que se definían también liberales sino también a un Joaquín V. González “un liberal consecuente”



que creía en la educación pública y en una república de sabios que podía serlo aceptando la enfática y justa observación de Tulio Haperín acerca de “nuestro” liberalismo. Y ese afán por distinguir y matizar

que hace a la riqueza del trabajo de Roldán (también luego hará lo mismo con una palabra a la moda, republicanismo) puede relacionarse con la mirada individualizadora del historiador o con la estrategia de investigación preferida y esta es, en distintos modos y alcances, la opción biográfica. Es ella la que permite, creo, más que otra atenta a conjuntos definidos a priori, percibir diferencias y disonancias.

Y esa opción biográfica se ejerce en la dedicada a Joaquín V. González que seguramente merece una reedición y aquella a Rémusat, pero también de otro modo en la búsqueda de mirar un problema a través de una figura que permite ingresar a un tema y organizarlo en torno a ella y ejemplos de ello pueden ser sus trabajos sobre Tocqueville para Francia o sobre Rodolfo Rivarola para Argentina. Figura esta última a la que dedicó notables artículos sea siguiendo la experiencia de la revista Argentina de Ciencias Políticas o los debates del Centenario su itinerario individual con su incesante busca de nuevas formas de representación que incluyesen también la de los intereses. ¿Y todavía a la hora de hablar de la tensión entre liberales y doctrinarios, no prefiere Roldán encarnarlos en las figuras contrapuestas de Constant y su monarquía constitucional y Guizot y su gobierno de la razón?

Nótese al pasar que todos esos personajes fueron, con una excepción y en distintas dosis, a la vez intelectuales y políticos y que todos en este último terreno ni fueron ni se percibieron al final de su recorrido, exitosos. Y bien podría decirse que a ello no es ajeno la predilección de Roldán hacia momentos como Francia entre la Restauración y el Segundo Imperio o Argentina entre el apogeo y la crisis del orden conservador, con todas sus enormes diferencias, terminar la revolución o construir la democracia, en que el liberalismo se encontrará en situaciones críticas.

Si Roldán ha tenido una preferencia por un género biográfico sobre el que reflexionó, por ejemplo al analizar la noción de “obra virtual” de Rosanvallon” o la biografía de Lucien Jaume, el mismo se declinó de manera diferente en sus

trabajos. Desde luego que Darío no se encuentra entre los seguidores de Sainte Beuve para quien contra la opinión de Proust la vida explica la obra. Aunque aquí y allá para el placer del lector aparece una enigmática MMe. Delessert o referencias a la profunda melancolía que permea los trabajos de Rémusat durante el segundo imperio o incluso el intento de explicar en su “Tocqueville y la tradición liberal”, algunas de sus posiciones por rasgos del entorno familiar en que se formó y como no leer el melancólico epílogo a un González de decepción en decepción. Excepciones. Si la vida privada queda fuera también lo hace aquella dimensión actoral del político a la que tanta relevancia daba Ortega en su “Mirabeau”. Se trata, en cambio, del hombre indagado en las muchas facetas de su faz pública, y en especial, aunque no solo, en su Rémusat, desde la interacción entre la acción y el pensamiento, que es un modo de decir que las ideas no nacen simplemente de otras ideas sino de un dialogo-tensión con una realidad política concreta. Ciertamente, con una atracción mayor hacia el pensamiento como lo muestra que el libro prefiere centrarse en aquellas épocas en que Rémusat está en la oposición, como modo de sugerir que es allí donde mejor se percibe la reflexión política, con menos interferencias y con mayor necesidad de nuevas respuestas. Pero es también en este caso en modo más explícito que en otros que Roldán, apelando a una variedad notable de fuentes no jerarquizadas entre sí, lograr que la mirada etic del investigador, que domina la primera parte entronque con la mirada emic de Rémusat que es restituído en toda su complejidad e incertidumbre antes de que vuelva al final el investigador por sus fueros.

Para terminar: Roldán dejó escrito que no se reconocía en una específica tradición quizás porque está en la encrucijada de muchas, de la que resaltan dos, la argentina y la francesa (y nuestra originalidad está siempre en la mezcla). Por haber aceptado acompañarnos e ilustrarnos con ellas y con su talento, le decimos gracias. Una vez más bienvenido.



## DOS MUNDOS CONVERSAN

DR. DARIÓ ROLDÁN

Académico de número de la Academia Nacional de la Historia

Señor Presidente, señoras y señores Académicos, amigos y colegas, señoras y señores:

Muchas gracias, Fernando, por una presentación tan amical como emotiva.

Todos mis colegas académicos han pasado por la situación en que me encuentro. Saben que los sentimientos que nos embargan son múltiples, que los recuerdos se apilan en la memoria, que los agradecimientos puján entre sí ... No quiero aburrirlos con una larga lista de colegas. Dos de ellos, están aquí, conmigo, en este escenario. Otros están en la sala. Solo querría recordar algunas personas que me hubiera gustado que, hoy, estuvieran aquí acompañándome: Haydée Gorostegui de Torres, Enrique Tandeter, Jorge Dotti y Ezequiel Gallo.

\*

Dos mundos: “Los mayores de otra época, escribió Chateaubriand en Memorias de ultra tumba, eran menos infelices y estaban menos aislados que los de hoy: si bien es cierto que, al permanecer sobre la tierra, podría haber perdido a sus amigos, también lo es que pocas cosas habían cambiado alrededor de ellos; si bien la juventud les era ajena, no eran extraños a la sociedad. Hoy, aun un rezagado en el mundo no solo ha visto morir a los hombres, también vio morir las ideas: principios, hábitos, gustos, placer, penas, sentimientos, nada se parece a lo que conoció. Termina sus días como si perteneciera a una raza diferente de la especie humana”<sup>1</sup>.

Mme. De Staël podría haber dicho lo mismo, pero con un tono menos melancólico. Comprometida desde joven con la política francesa –su padre había sido ministro de Finanzas de Luis XVI–, Germaine apoyó la revolución, aunque sus convicciones la obligaron a exilarse en varias oportunidades: en 1793 y en 1803.

Nacidos en el Antiguo Régimen, la Revolución se abatió sobre ellos; obligados a un lacerante exilio, se acomodaron un tiempo en el Imperio,

retornaron con la Restauración. Ambos provenían de medios sociales diferentes e incluso hostiles: sus diferencias traslucen el mundo ultra y el liberal. Ambos descubrieron, con la restauración de Luis XVIII que, aun cuando muchos no hubieran olvidado nada y menos perdonado, la sociedad que habían conocido ya no volvería. Ambos, también, hubieran deseado domesticar la revolución por el gobierno representativo. Pero, como señaló F. Furet, “Los amigos del primero querían destruirla; los de la segunda querían realizarla nuevamente”<sup>2</sup>. El diálogo fallido entre ambos grupos revela la insuperable tensión que envolvió a la Restauración y de la que moriría.

Aun proviniendo de ámbitos diversos, los protagonistas del período que separa el Antiguo Régimen y la Restauración, solo pueden recordar esos años en su continuidad. Las alternativas de ese tránsito pueden leerse en las magníficas Memorias o Souvenirs que pueblan la Restauración.

Por contraste, el interés de algunos documentos es que ponen en contacto el imaginario construido durante el Antiguo Régimen con otros que emergen con la Restauración. Su examen constituye una invalorable circunstancia para comprender contrastes y semejanzas de dos mundos que conviven en el momento en que uno va retirándose y el otro va irrumpiendo.

\*

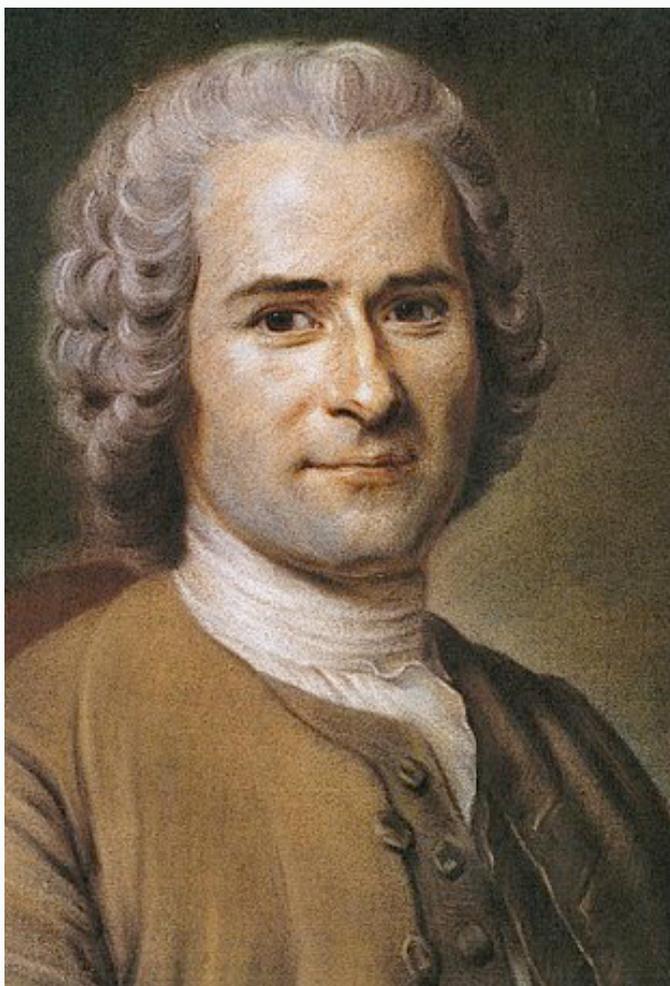
Dos mundos conversan. Podría haber elegido otro verbo: debaten, disputan, deliberan, intercambian, hablan, etc. En una página luminosa, M. Fumaroli nos ha enseñado el sentido de las interacciones que involucran la palabra y su historia. Para comenzar, “entrar en conversación implica abandonar los modos bárbaros del discurso para entrar en lo natural de la palabra humana”<sup>3</sup>. Esa fórmula habría sido aclimatada en Francia, para reunir a los hombres libres en torno de la conversación, el banquete y la buena compañía.

La revolución interrumpió el antiguo espíritu



de conversación para dar lugar a la vehemencia de los oradores. El debate, la elocuencia, la palabra pública del debate en las asambleas, progresivamente, eclipsó la conversación. Fue Mme.

De Staël quien reinventó “la conversación romántica, al mismo tiempo literaria, filosófica, elocuente, militante, hija de la conversación de los enciclopédicos, pero sobre todo de Rousseau”<sup>4</sup>.



“Jean Jacques Rousseau”

Oral y efímera, la conversación se puede prolongar por escrito, gracias a la correspondencia. Las cartas continúan, sin cambiar el tono, una conversación que la ausencia y la lejanía interrumpen. Es el caso de la correspondencia que nos ocupa.

Se trata de intercambios epistolares que conversan, oponiendo visiones entre aquellos nacidos en el Antiguo Régimen y otros nacidos durante la Revolución. Son piezas raras. En ellas asistimos a una placentera, grata y deliciosa conversación. Con gozosa intimidad, con “elocuencia de intimidad”, con afectuosas

discrepancias, que no impiden desacuerdos incisivos, los protagonistas nos franquean sus mundos y nos invitan a observarlos practicar el arte de la conversación.

Uno de esos intercambios epistolares es el que protagonizaron Claire Gravier de Vergennes, condesa de Rémusat (1780-1821) y Charles de Rémusat (1797-1875).

\*

Ninguna otra circunstancia mejor que la Restauración para examinar cómo dos mundos conversan. Derrotado el Imperio por una coalición europea, se abrió una ocasión incierta: algunos, abrigaron la ilusión y el candor de restaurar el Antiguo Régimen; otros, la determinación y el vigor para impedirlo. Para Luis XVIII fue la oportunidad de rehacer la monarquía en nombre de la dinastía. Todos actuaron embebidos memoria obsesiva y por la decisión de revivir un momento particular de la historia reciente.

Lo cierto es que en 1814/1815 se reunieron partidarios del Antiguo Régimen, viejos constitucionales de las variadas experiencias, republicanos de toda especie, bonapartistas, compradores de bienes expropiados, expropiados que buscaban recuperar sus bienes y sus cementerios, liberales, ultras, exilados de distintas camadas, ... La Restauración se abrió, así, bajo el signo de la negociación.

Restaurar la monarquía después de que Luis XVI hubiera sido guillotinado exigía reconstruir la línea de continuidad dinástica puesto que solo allí podía fundarse su legitimidad. La Revolución había buscado romper radicalmente con el pasado; la Restauración, se obligó a olvidar el pasado inmediato.

Le era imperativo perder la memoria reciente. Era imprescindible construir una línea imaginaria para sostener la continuidad dinástica que todos sabían rota. Tarea tanto más difícil cuanto que, en los hechos, era imposible abolir el legado social de la revolución, la nobleza del Imperio o los recuerdos de la República.

Por eso, fue el momento de una forma de gobierno mixto: la restauración de la soberanía de derecho divino era tan radicalmente imposible como instaurar la primacía de la soberanía popular. La Charte puso entre paréntesis la delicada



cuestión de la legitimidad última del dispositivo institucional que debió haberla sostenido. La solución fue irremediablemente inestable; la revolución de 1830 lo demostró.

La Restauración constituye, así, un momento privilegiado para observar la conversación de esos dos mundos.

\*

La correspondencia entre Claire de Vergennes y Charles de Rémusat durante los primeros años de la Restauración constituye un documento excepcional. No porque sea comparable con las 18.000 cartas de la correspondencia de Voltaire o la de Sainte-Beuve. Más modesta, la de Rémusat y su madre se despliega durante 4 años y solo involucra a dos interlocutores. Íntima, posee pocos puntos en común con la que es el canon del género: la correspondencia de Mme. De Sevigné. Difiere de los intercambios de Stendhal con su hermana o los de Baudelaire con su madre. Se aleja del universo apasionado de las cartas de G. Sand y Musset o del ambiente intelectual romántico de los años de 1820 que asoma en la correspondencia de Vigné y Hugo. La excepcionalidad de ese documento no proviene, entonces, ni de haber fundado un género literario, ni del número de piezas, ni de la importancia de los intercambios, ni de las confesiones íntimas que esconde.

Los seis volúmenes de cartas que Charles de Rémusat et Claire de Vergennes intercambiaron entre 1816 y 1819 ponen en contacto dos mundos. Charles de Rémusat había nacido en París en 1797 y muerto en 1875. Hijo de una pareja bien situada en la escala social tanto durante el Antiguo Régimen, como en el Imperio y la Restauración. Su padre había sido abogado general en las cortes de Provençe antes de la Revolución; luego será Chambellan de Napoleón y Superintendente los Teatros Imperiales.

Luego de la restauración de Luis XVIII fue prefecto de la Alta Garona y luego, en el Norte. Su madre, sobrina nieta del conde de Vergennes (uno de los últimos ministros de Luis XVI y nieta de François de Bastard), fue dama de compañía de Josefina. Mujer de espíritu (*femme d'esprit*), apenas 17 años mayor que su hijo escribió, entre otras obras, un Ensayo sobre la educación de las mujeres y *Souvenirs*.

Madre e hijo, Claire y Charles van a corresponder durante 4 años. La correspondencia fue publicada en 1884-1886 por el nieto de Claire. No cometió ninguna infidencia: Charles y Claire se habían librado a un extenso intercambio con el acuerdo de exhibir lo íntimo, los límites de lo familiar. La correspondencia incluye muy variados temas (políticos, literarios, familiares) pero ambos son conscientes de que las cartas serían algún día publicadas; que tendrían una vida pública.

Claire es una mujer excepcional, compleja. Se definía como “una hija feliz, una esposa feliz, una madre feliz”<sup>5</sup>. La condición femenina, en la época, y en todos sus estados, no le reclamaba nada; ella tampoco. Sin embargo, su vida no había sido ni tan calma ni apacible como podría deducirse de su confesión. Su padre y su tío habían muerto en la guillotina, había tenido un hijo con “problemas”, su familia había perdido sus bienes durante la revolución. Como ha dicho M. Ozouf, ocurre que Claire tenía la “inteligencia del infortunio”<sup>6</sup>. Dicho de otro modo, Claire siempre había aceptado el destino con naturalidad; como si lo propio del destino la pusiera en un lugar natural, un lugar en el que la elección no fuera posible.

Nunca le había atraído participar de la grácil frivolidad de su siglo; el espíritu del siglo que amaba era el XVII. En su correspondencia, por momentos íntima, destaca su preocupación por Charles. Siempre atenta a la evolución de su educación. La lejanía que le impusieron los viajes del padre y los estudios de Charles no impidió que su presencia fuera permanente. La lectura de la correspondencia revela otra condición: progresivamente, ella, a medida que Charles va evolución en sus lecturas e ideas, va adquiriendo un lugar secundario. Este vínculo un tanto amoroso está lleno de mutuo gozo; podría decirse mejor: una suerte de sublimación de otro impulso.

Sus ideas no fueron cambiando demasiado con los años. Monárquica, por momentos bonapartista, devota de la lectura clásica y de algunos autores privilegiados, Chateaubriand entre ellos. Así, Charles encontró con quien testear ideas, libros, con quien discutir, con quien alimentar una conversación tan íntima como pública.

Charles interroga, expone ideas recogidas en su etapa escolar, pero, sobre todo, en los salones parisinos, en las lecturas que conoce y en los grupos políticos que comienza a frecuentar.



Claire aporta las convicciones que nutrieron su imaginario personal, cultural y político. Certezas de otro tiempo, estremecidas por graves acontecimientos que pugnan para rehacerse un lugar, advirtiéndolo, sin embargo, la estrechez que les está reservada. Así, la correspondencia permite seguir los meandros de las relaciones familiares, las lecturas que comparten, los desacuerdos sobre los temas más diversos. Por su extensión, sus límites cronológicos, su asiduidad y su contenido, la correspondencia escolta el itinerario intelectual de Rémusat en la primera parte de la Restauración.



*“François-René de Chateaubriand”*

\*

Charles tiene 19 años cuando recibe la primera carta, Claire tiene treinta seis. Él acaba de terminar el liceo; ella de abandonar París. Él “entra en el mundo”, ella sigue a su marido (Auguste) a Toulouse para instalarse como nuevo Prefecto. Cuatro años más tarde, el intercambio se interrumpió. Aun joven, Charles ya se había forjado una reputación. Participa activamente a

la vida política. Claire, mayor pero aún bastante joven, está enferma y morirá poco más tarde dejando un manuscrito excepcional: Ensayo sobre la educación de mas mujeres. Para Claire, la correspondencia es una especie de Caronte; para Charles, el intercambio escolta la formación de sus ideas políticas.

La evolución de sus ideas políticas y el descubrimiento de sí mismo se combinan con una práctica social: la de los salones<sup>7</sup>. Allí, no obstante, Charles es sorprendido por la agonía del clásico salón. Desde los inicios del siglo XIX, un cierto número de damas (entre ellas M. de Rémusat, que había tenido salón desde 1806), intentaron reanimarlo. Con la Restauración, M. de Staël, M. de Broglie, M. de Houdetot, M. Récamier y muchas otras abrieron salón. El intento se reveló condenado desde el principio. En el salón de Molé, por ejemplo, Rémusat se asombra de que el espíritu de salón fuera controlado por el espíritu de la civilización. “El otro día, recuerda en sus Memorias, en el salón de Mme. Labriche, ocurrió que, sin hacerlo expreso, todas las damas permanecieron en una habitación mientras que todos los hombres habían pasado a otra y habían cerrado la puerta”<sup>8</sup>. Rémusat teme la aparición de costumbres que reintroduzcan la frivolidad del siglo XVIII, atentando contra la calidad de la conversación. “Querría que me colgaran, recuerda, si estuve por un momento al nivel de la conversación”<sup>9</sup>.

Por debajo de esos nuevos hábitos, insólitos para una tradición bien establecida, también percibe la aparición de los salones de hábitos ingleses. “Había mucha gente en el salón de Molé; la conversación estuvo muy animada, es decir, según nuevas ideas renovadas por los ingleses: los hombres estaban parados y conversaban sobre política, mientras que las damas permanecían sentadas, y en silencio”<sup>10</sup>. Una práctica social de intercambio había comenzado lentamente a desaparecer.

El salón de Mme. De Catellan le había hecho descubrir un salón liberal igual que el del duque de Broglie. Allí se reunían distintos invitados. Recuerda de Broglie: “Los principales despojos de la sociedad de Mme. De Staël, como Lafayette, Constant, pero también de Montmorency, Montlosier y los miembros de los grupos liberales de la Asamblea, como Laffitte o representantes del centro izquierda como Ternaux, los “sabios” Royer-Collard, de Serre, Jordan”. Por supuesto,



Guizot. “Los jóvenes doctrinarios –recuerda de Broglie– que se han hecho un nombre en las letras y en la política y que se agrupaban entonces detrás de Charles de Rémusat, el princeps juventutis de

la época, el espíritu más ricamente dotado por la naturaleza que jamás he conocido ...”<sup>11</sup>. Esos diferentes salones jalonan los años en los que Rémusat corresponde con su madre. La evolución de su preferencia por el salón de de Broglie, que reemplaza al de Molé o Pasquier, ilustra, socialmente, la evolución de sus ideas.

Los intercambios literarios también incluyen la historia. Charles y Claire interrogan el pasado. Charles, para conocer mejor épocas lejanas; Claire para contrarrestar los hechos con sus recuerdos; y ambos para alimentar la conversación. Lacretelle, para la historia de Francia, la correspondencia de Mme. De Sévigné para conocer la sociedad, las Memorias de Sully para comprender la administración y las finanzas. Clarendon y Hume para la historia de Inglaterra y Robertson (la Historia de América) para llenar el vacío y la intriga que produce Estados Unidos. Para la historia de la literatura, Claire, fiel, prefiere La Harpe; Charles prefiere a Villemain, quien escribe sus primeros ensayos para convertirse en una referencia por sus artículos en *Le Globe*.

\*

La correspondencia entre Claire y Charles se abre por un comentario sobre la brochure que Chateaubriand publicó en 1814: *De Buonaparte, de los Borbones y de la necesidad de adherir a nuestros príncipes legítimos para la felicidad de Francia y de Europa*. Charles no había apreciado el texto: “está en el lodo”, le había escrito a su madre. Es el primer desacuerdo epistolar: “pondría mi nombre a cada una de las páginas de ese libro”<sup>12</sup>, replica Claire, quien encuentra el retrato de Napoleón justo y la devoción a los Borbones necesaria cuando Luis XVIII pugna por instalarse y animar una política de negociación.

Más allá de la política, *Los Mártires* y el Genio del Cristianismo la habían fascinado. Es que Claire ama a Chateaubriand. Y ciertamente la idea de que la religión cristiana, (que la había reconfortado y aliviado en el pasado), pudiese recomponerse luego de un siglo frívolo y poco creyente. Aun cuando Charles tampoco ama la frivolidad volteriana,

siempre se había inclinado del lado de su abuela, Mme. De Vergennes, quien había encontrado el libro demasiado grave para su espíritu irónico. Algo pedante, Charles encuentra que Chateaubriand no podría ser comparado con Virgilio; ni siquiera, afirma provocadoramente, con *Las aventuras de Telémaco* de Fenelón. Aún más, había defendido el cristianismo como favorable a las ficciones. “Es perjudicarlo, impugna Charles, ya que es tratarlo a la ligera. No puede ser que después de 18 siglos lo único que se pueda decir es que una religión venerada por todos es preferible ... ¿a qué? ¿A la mitología? Nadie necesita maravillas o alegorías. Se necesitan razonamientos (...)”<sup>13</sup>. Es cierto, reconoce Charles, que Chateaubriand reconoce que el sistema representativo es obra de la religión cristiana, pero ese aspecto no había sido suficientemente desarrollado. Por último, había rechazado tratar la única cuestión que Charles encontraba importante: la relación de complementariedad o de exclusión entre la religión cristiana y la razón.

El debate cede al acuerdo cuando leen *Los Mártires*. Claire tiene una debilidad Chateaubriand; Charles la siente por Constant. Menos por sus libros políticos que por Adolphe. “Es un pequeño impreso, opina Charles, escrito en mal francés y, sin embargo, está admirablemente escrito, pleno de verbo y de profundidad. Es la pintura más verdadera y más triste de nuestras miserias; y entiendo por ello nuestra debilidad, nuestra indecisión, la más grande de todas y la cualidad más esencial de una criatura limitada. Léala, y si no le agrada, no me hable de ello. No quiero discutir sobre eso; no nos entenderíamos nunca”<sup>14</sup>. Esta vez, ninguna disputa. Claire no apreció el libro; nunca respondió. Quizás una diferencia de sensibilidad había convertido a Charles receptivo al sufrimiento que la indecisión impotente provoca en Adolphe; puede ser que Claire hubiera sentido algo de compasión por la pena desoladora con la que Eleonora se ve obligada a amar.

Los intercambios incluyeron lecturas invitando a la introspección. Charles había intentado con las Confesiones. Un fracaso. “Usted ha tirado al diablo las Confesiones; aprueba Claire, en buena hora”<sup>15</sup>. Pero la condición de ese acuerdo exigía que el abandono de Rousseau no fuera causado por una admiración desmesurada por Voltaire “(...) la sátira, advierte Claire, no siempre es júbilo; la crítica, no es la razón”<sup>16</sup>. Demasiado Voltaire



perturba una cabeza que duda; a fuerza de ironizar, todo se convierte en banal. Aún más, la burla confiere una superioridad superficial y pedante que absuelve los verdaderos esfuerzos y dispensa la reflexión. Es

que una forma de literalidad envuelve el espíritu de Claire que le impide distanciarse de sí misma y objetivarse. La ironía no forma parte de los recursos de su espíritu. No obstante, es cierto que, a fines del Siglo XVIII, Claire había sucumbido al encanto de Jean-Jacques. Quizás, había hecho el mismo trayecto que Mme. De Staël, quien lo había admirado en las *Lettres* sobre J.J.Rousseau. En cualquier caso, Claire se siente ligada a Emilio, “a su claridad infinita ahogada en numerosas paradojas”<sup>17</sup>. Alma inquieta, sin descanso ni tregua, Claire se reencuentra con su espíritu crítico; después de todo, no había amado tanto ese libro que, finalmente, escandía un programa de educación que no preparaba, afirma Claire, “ni a la corte ni al mundo”; (...) “es un libro, concluye, en el que toda la práctica es insensata pero cuya teoría es admirable”<sup>18</sup>.

Claire no abandona. Retoma la comparación para concentrarse en los sentimientos. “Nunca, leyendo a Voltaire, recuerda, he vertido las lágrimas que la lectura de Emilio me ha provocado”<sup>19</sup>. Charles responde inmediatamente a la invitación. Imperturbable a la comparación que la madre le propone, intenta, pero fracasa: “Rousseau, confiesa Charles, me aburre (...) para mí es uno de los escritores más oscuros. Nunca entiendo qué significan sus principios y no comprendo sus consecuencias”<sup>20</sup>.

“Soy pesado, madre, dogmático. ¿no lo encuentra así en mis cartas (...)?”, “No, hijo, no encuentro ninguna pesadez en sus cartas. Usted aborda cien cosas diferentes pero su gusto natural le advierte cuándo es necesario abandonarlas”<sup>21</sup>. En realidad, ella lo encuentra un poco volteriano. En la misma carta le advierte: “La denigración de Voltaire habría secado su espíritu si ese espíritu no hubiera sido genial”<sup>22</sup>. Sin duda, Claire ha perdido el espíritu socarrón que la había arropado en su juventud. Es que ella también, educada por Mme. De Vergennes para gustar el coté alegre y despreocupado del siglo XVIII, había sido atrapada por la seriedad. De hecho, su madre, Mme. De Vergennes, encontraba que, durante las largas ausencias de su marido, su hija permanecía

“demasiado conyugal”. Su madre no lo entendería: la transparencia de sus relaciones íntimas y la felicidad que le procuran permiten liberar a Claire para abordar el peligro en los temas fuertes – como el incesto o la pasión de un sacerdote– para escribir. Para leer, prefiere la tragedia y la literatura del siglo XVII: Racine, Corneille y sus amigos de Port-Royal: Pierre Nicole.

Lo que es paradójico, es que, con el tiempo, Charles también reivindicará la misma seriedad. En eso no era muy original. Toda su generación, aquellos que nacieron alrededor de 1800, encontró que era una cualidad: Quinet, Tocqueville, Thiers, etc. En el caso de Charles, puede datarse su despertar a fines de 1817: coincide con el descubrimiento de la política, que perturba a la familia durante el verano de 1817 y durante todo el año siguiente.

Las ideas políticas a las que Charles adhiere siembran la inquietud en el triángulo que la disputa literaria había insinuado. Este desacuerdo de opiniones lo conduce a evaluar la educación recibida, que se confunde con el pasado de sus padres, con desasosiego, como una perturbación, con algo de vergüenza. “En una palabra, le reprocha a su madre, durante los 17 primeros años de mi vida (...) mi espíritu fue frívolo, porque era servil. (...). Todo se sostiene; la disciplina en la que vivía Francia sujetaba a los discursos como a las personas; a la reflexión como a los discursos”<sup>23</sup>. Algunos días después: “En cuanto a nuestra situación bajo Bonaparte, aclara, usted no me ha comprendido. Ciertamente, ustedes poseían independencia, pero era una independencia moral (...) Ustedes eran ultras, y un poco servil de opinión. El crimen y la violencia, pero no la doctrina, los rebelaban. (...). He sido educado contra-revolucionariamente (...). El despotismo en política, el espíritu de rutina en los hábitos, lo clásico exclusivamente en literatura, el sistema de la antigüedad de la verdad”<sup>24</sup>.

Crisis de autonomía, crisis de independencia, despertar de la seriedad ... todo ello no es sino la contracara del descubrimiento de la política. La seriedad contra la frivolidad, la gravedad contra la alegría, quienes se destinaban a la política no podían distraerse. Desde ese punto de vista, Charles se separa y se acerca al mismo tiempo a su madre quien criticaba al siglo XVIII como una denegación del XVII. Charles no se opone ni toma posición entre la ligereza despreocupada



del siglo XVIII y la austeridad grave del XVII. Dirige a ambos siglos una crítica equidistante. El siglo XVII pudo haber sido serio, como lo quería su madre, pero, afirma, “conoció un fondo de humanidad burguesa, una rutina sin reflexión, no sé qué de subalterno y de prosaico en el cristianismo (...)”<sup>25</sup>. Detrás de esta descripción, se adivina el absolutismo, Louis XIV, el galicanismo, Bossuet.

En cambio, continúa, “En el siglo siguiente, la frivolidad, la ociosidad, la vanidad, la indolencia burlona y el lujo insolente parecían proscribir todo sentimiento serio y puro de la dignidad de la vida”<sup>26</sup>. En el fondo, los filósofos del XVIII habían acompañado la frivolidad con una cierta liberalidad pero, ella misma, había surgido de la extrañeza frente al poder. Se entiende mejor porqué el despertar de la seriedad coincide con el descubrimiento de la política.

Así, el régimen absolutista condena a sus intelectuales a una seriedad separada de la política y, por lo tanto, aislada y encerrada en la moral (XVII) o a la frivolidad que consiste a saber que nada de lo que se dice puede ser hecho (XVIII). “Así, concluye Charles, qué superioridad de la razón en el siglo XIX sobre la filosofía del siglo XVIII”<sup>27</sup>. En el mismo sentido, Guizot había advertido: “el siglo XVIII nos ha des-aprendido muchas cosas”. Los jóvenes del siglo XIX no desean una seriedad encerrada o fútil. Solo la política podría satisfacerlos. Pero el siglo XVII da lugar a otros intercambios.

“Entre en el siglo de XIV, conmina Claire, busque por todos lados, usted encontrará la verdadera Francia”<sup>28</sup>. También su padre le aconseja impregnarse de historia. Es que sus padres son admiradores de Luis XIV. Fundamento de la Francia moderna, su reino esconde los secretos profundos de la evolución de la historia de Francia. Es cierto que algunos habían objetado la ausencia de constitución escrita, explica Claire, pero no se puede tener una constitución antes que el espíritu público ni espíritu político antes del desarrollo de la riqueza, del comercio y de las artes. “Es Luis quien la busca, sostiene Claire, quien contiene la nobleza, quien confiere un rango a Racine y un lugar a Molière. He allí porqué, dice Claire sin ironía, Luis XIV estaba tan cerca de ideas liberales”<sup>29</sup>. Es falso, protesta Charles, quien reinvierte el argumento tomando a

la Revolución como ejemplo, y piensa la libertad del pueblo como previa a la constitución y como posterior a la destrucción de la nobleza y de los parlamentos. “Enrique IV y Richelieu, piensa, se habían aplicado; todo estaba en su lugar cuando llegó Luis. Pero él, el gran egoísta, termina la destrucción y deja un vacío. Su gran error fue haber dejado el rey y el pueblo cara a cara (...) El reino brillante de Luis XIV fue la causa de la Revolución”<sup>30</sup>, concluye Charles.

“Usted debería agradecer mi moderación, se enfada Claire, y nunca dudar de mi indulgencia maternal porque en respuesta a sus ligerezas sobre Luis XIV, no le he enviado algo que podría asemejarse a una maldición”<sup>31</sup>. Es el pueblo esclarecido, dice usted, el que es previo a la constitución. Se equivoca. No hay que confundir las luces del pueblo con el brillo de la corte. “El intento de una constitución en este período de disturbios, advierte Claire, había debilitado tanto al rey que posiblemente habría sido asesinado. (...) Es preciso un poco de despotismo para conquistar”<sup>32</sup>. Después de todo, concluye Claire satisfecha de la fuerza de su argumento, los pueblos poseen la razón de los niños y se someten si son bien conducidos. ¿Necesita una prueba? Los ingleses bajo Elisabeth y Cromwell, los franceses bajo Luis XIV y Napoleón.

Pero, madre, “Luis XIV vale más que Bonaparte, más razonable y menos hábil”. Eso explica porque “uno es odiado y el otro execrado”<sup>33</sup>. Charles acepta que Luis no haya podido elaborar una constitución moderna fundada sobre el gobierno representativo. Pero, insiste, más preocupado por las libertades política que por la unidad de la nación, aun una constitución imperfecta habría limitado el poder, habría puesto las bases de las instituciones nuevas y, sobre todo, podría haber preparado el futuro. El drama de Luis XVI fue que, queriendo reformar una sociedad que tanto lo necesitaba, se vio obligado por la corte y por la nobleza a expulsar a un ministro como Turgot. La ausencia de instituciones intermediarias y la rigidez social explican el fracaso del proyecto de monarquía liberal y racional que Turgot había intentado poner en marcha.

“Lo felicito, provoca Claire, por un tan bello espíritu de justicia que hace que quiera acordar que Luis XIV valía mejor que Bonaparte. ¡Al diablo! ¿No sintió la necesidad de secarse la frente luego de esta bella concesión y no se dijo que sería



feliz de no encontrar un cachetazo que yo le habría proferido tan cariñosamente?”<sup>34</sup> Obviamente, Claire se indigna y constata que aún en la fuerza de la edad y en la plenitud de sus victorias, Napoleón

era detestado mientras que Luis aún viejo, infeliz y terminado bajo el peso de una devoción demasiado entristecedora, no había sido odiado. “Francia estaba fatigada de la guerra”, explica Claire. En el fondo, si Luis fue odiado, lo que rechaza, había porque tuvo el coraje de no desentenderse de sus deberes. Para terminar el intercambio pregunta, “¿Cuál es el ministro hábil y virtuoso que Luis XVI echó?”, y, al límite de la provocación. “No pudimos encontrarlo, y nos tomamos la libertad de burlarnos de usted”<sup>35</sup>

“No quiero continuar con la disputa”<sup>36</sup>, afirma Charles, herido. En cuanto a Turgot, sugiere que su ministerio podría haber modificado los acontecimientos. “Pero no; estima Charles, fue necesario que la Revolución se operara. Es cierto que fue la obra más bella de los hombres. El Terror y Bonaparte son la parte más horrible. Todo ese es contradictorio pero todo eso puede explicar”<sup>37</sup>, concluye Charles.

“Continúo a admirar a Luis XIV”, insiste Claire, como al hombre de su siglo. Siente la misma admiración por Napoleón. Cuando llegó, estábamos “asqueados de la libertad de las asambleas, del balance de poderes (...) Solo en el silencio se aprende a pensar”<sup>38</sup>. La idea de una transición inevitable es el único lazo que Claire acepta entre los dos personajes; era necesario pasar por el silencio para poder pensar y por el despotismo para salir de la feudalidad. Su “despotismo fue liberal”, insiste. El desarrollo de la administración “en el tiempo del que le hablo, era una garantía naciente de algunas libertades”<sup>39</sup>, concluye Claire, anunciando un motivo caro a Guizot, y hacía posible la libertad, esa libertad inglesa que Charles parecía amar.

Dios quiera que triunfa esta solución había escrito Charles a principios de 1816, en referencia al gobierno representativo a la inglesa. Sus padres no estaban de acuerdo. Argumentaban, primero, la inexistencia de administración en Inglaterra mientras que, en Francia, “todo será mucho tiempo administración”; “si no hubiera autoridad, no habría rutas”. En segundo lugar, la

existencia de dos cámaras y de una constitución nunca impedirán tener un “rey que ame el poder necesario”<sup>40</sup>. Finalmente, la lógica de la división social: la sociedad y el régimen político. Si el poder del gobierno inglés está en la Cámara de los Lores es porque esta cámara se nutre de un hecho social: la riqueza de la aristocracia inglesa. “Usted no tendrá nunca en Francia nobles tan ricos como para ejercer el patronazgo que ejercen los lores ingleses”, concluye Claire para quien la Revolución, al difundir la propiedad, había impedido, sin proponérselo, el gobierno representativo. “Los propietarios en Inglaterra son ricos, agrega Claire; nosotros somos pobres”<sup>41</sup>.

Charles no se amilana. “El gobierno constitucional se instalará en Francia”<sup>42</sup>, asegura. Aún más, dobla la apuesta: será más liberal que en Inglaterra; estará más cercano al de Estados Unidos. Pero, justamente, replica Claire que cree haber encontrado un argumento infalible, “¿qué queda de su libertad inglesa cuando vemos su destino? “Hay más de comedia de libertad que de verdadera libertad”<sup>43</sup> en Inglaterra, concluye para desesperación de Charles.

De ningún modo, responde Charles negando que la libertad inglesa fuera una libertad de comedia; insiste sobre las libertades individuales, el habeas corpus o la libertad de prensa. En cambio, acepta la intolerancia británica. Para eso posee una explicación conocida: “la constitución inglesa, recuerda a su madre, fue elaborada antes de la civilización y posee formas contrarias a ella. Por eso, Francia tendrá una constitución mucho más liberal”<sup>44</sup>. Claire no está de acuerdo con esta manera un tanto naïve de pensar el progreso de la historia: finalmente, Francia había tenido que plegar la cabeza frente a Bonaparte; Bélgica, con una constitución que podría ser de modelo a Francia, estaba en riesgo de perder un rey y España estaba a punto de restablecer la Inquisición.

Ambos piensan la cuestión del gobierno comparando Francia e Inglaterra y, en ocasiones, incorporando una referencia a Estados Unidos. Charles está convencido de que la diferencia remite a la cronología del gobierno representativo en ambos lados de la Mancha. En Inglaterra, el gobierno representativo había sido el fruto de la aristocracia; en Francia había de la Revolución. En Inglaterra, la aristocracia se había convertido en consustancial al régimen. Ahora bien, si el gobierno representativo se hubiera establecido acá



en la época de Richelieu, argumenta Charles, la situación en Francia sería en la misma que la de los ingleses. No había sido así; la aristocracia había destruida en Francia radicalmente antes de que hubiera un gobierno representativo. Charles se vale así de un viejo argumento de Constant quien había explicado que en Inglaterra el gobierno representativo había sido consolidado por la Revolución de 1688 porque el proceso había sido conducido por una aristocracia vigorosa, en nombre de una religión y, más importante, porque todo había ocurrido in absentia populi.

El problema de adaptar en gobierno inglés en Francia constituyó un debate esencial desde el principio de la Restauración. ¿Era posible adaptar un régimen a la sociedad igualitaria francesa cuando todos sostenían un nexo estrecho entre las condiciones sociales de perduración de la aristocracia inglesa?

Aun cuando muchos auguraban el derrumbe de la aristocracia inglesa, era complejo sostener, en el caso francés, el problema de la base social del régimen. Charles retoma un argumento muy esparcido en los primeros años de la Restauración según el cual Inglaterra y su régimen serían impensables sin las leyes de sucesión. Ahora bien, éstas se encuentran en las antípodas de cada país. En Inglaterra, la primacía de la aristocracia, requiere la ausencia de la división de la herencia. “Conformes a la justicia y al espíritu del siglo”, las leyes de sucesión en Francia se fundan sobre la igualdad.

“Son necesarias, completa Charles, ahora que no hay más conventos, de beneficios, o grados militares para vender. Las personas pueden ser por opinión aristócratas; no pueden serlo de hecho porque ya no poseen medios de conservar los bienes de manera indivisa”. Por lo tanto, imposible imaginar que en Francia pueda reaparecer la aristocracia a la inglesa, a menos de revisar derechos adquiridos por la Revolución. Si una aristocracia fuera necesaria, acepta Charles, ella se formará por sí misma.

Tanto más cuanto que el sistema igualitario la creó y la recreó por el mérito y por la fortuna, tal como lo atestigua, por ejemplo, el caso de Laffitte que es “un poco el aristócrata de este momento”. Su influencia terminará con él y pasará al primer

banquero de la generación futura. La comparación con los electores es instructiva.

Los hijos de quienes pagan 1300 francos de impuestos hoy no lo pagarían mañana y no tendrían el derecho de ser ciudadanos mientras que otros se elevarán por su industria personal.

“Vea qué singular movimiento de ascenso y de descenso es establecerá en el cuerpo social”, concluye Charles avanzando sobre una idea que Tocqueville desplegará en la *De la Democracia en América*. Usted ve que la sociedad se encuentra constituida en Francia sobre un plan que no tiene modelo, salvo en Estados Unidos”<sup>45</sup>. En estas cartas, Charles no avanza sobre el punto. Sin embargo, en un conjunto de artículos publicados en los años ’20 extraerá la conclusión inevitable: el proceso de ascenso y descenso en el cuerpo social conferirá una de las características de la “democracia”.

Ahora bien, si la aristocracia estuviera condenada y si la situación se asemejara a la de Estados Unidos, ¿cuál sería el régimen más adaptado a las condiciones del progreso, dado que la aristocracia es indispensable a la monarquía?. “Recuerdo, Charles interroga a su madre, que usted me decía, un día, sin pensar, que la república era imposible. Y que le pregunté por las razones. Pero, quedamos allí”<sup>46</sup>

Charles cree que la forma de gobierno no es relevante, si garantiza combinar la libertad y la igualdad: ambas pueden armonizarse en una monarquía o en una república. Es lo que demuestra el ejemplo de Estados Unidos. “Los Estados Unidos encontrarán por otra ruta el mismo objeto que nosotros y no necesitan de un rey más de lo que nosotros necesitamos un congreso”<sup>47</sup>.

Claire no está de acuerdo. Sus convicciones son inconvenciones: la libertad solo es compatible con la monarquía. Se comprende: ha conservado recuerdos imperecederos de la experiencia republicana: vio el desencadenamiento de pasiones, luchas fratricidas, vio, también, a su padre morir en la guillotina. La república, sin puntos fijos, larga las amarras a las pasiones, exacerba la desconfianza.

La respuesta no tarda en llegar. “Usted piensa en los malos ejemplos, dice Charles. Olvide Roma o Venecia; ponga la mira en Suiza o en Nueva Inglaterra”<sup>48</sup>. “¿Suiza, Estados Unidos?, se asombra Claire, quien piensa que Suiza necesita del dinero



extranjero y que los segundos han sepultado todo sentimiento noble bajo un impiadoso espíritu comercial. “No, no, persiste Claire, una buena monarquía. Los hombres necesitan de algo de palpable y el rey es la presencia real de la patria”<sup>49</sup>. Esta vez es Claire quien se sirve Constant contra Charles “(...) Constant decía: señores, lo que ustedes quieren hacer está en los principios; yo tampoco dudaría en votar por la República si fuera un principio, pero soy un hombre y temo por las consecuencias”<sup>50</sup>.

Los viejos del siglo XVIII retuvieron una impresión viva de la experiencia republicana que apilaba objeciones: el riesgo de una guerra para crear la República; las leyes arbitrarias que habría que sufrir para defender el país de las requisiciones para formar un ejército; la instalación de la república obligaría a emitir papel moneda que espantaría a todo el mundo. Charles acuerda; finalmente, él tampoco es republicano. Sin duda, la república no es posible y puede ser que ni siquiera sea deseable en los viejos países europeos. Notable argumento para quien formará parte de la élite política que instauró la III República.

Aquí se interrumpe la conversación. Algunos meses después, Claire murió.

\*

Al comenzar, incluí un pequeño retrato de Claire. ¿Qué extrajo Charles de esta nutrida conversación? En 1820, Charles es un habitué del salón de Broglie. Ama las traducciones. Comienza a escribir para el Courier.

Ya no lee Rousseau. Debate a su derecha con Chateaubriand y a su izquierda con Constant; se entusiasma por Guizot, admira a Mme. De Staël. Decepcionado del Genio del cristianismo y más emocionado por Adolphe que por los Principios de Política de Constant, reivindica la compatibilización de la libertad y la igualdad. Aguarda que la Restauración retome la consolidación de una monarquía constitucional y moderada -¿neckerienne?-, que había gustado en las obras de la hija del ministro.

Ya se lo había dicho a su madre: considera a Luis XIV como una calamidad odiada y a Napoleón como un déspota execrado. Su madre le había dicho que Luis había sido necesario para salir de la feudalidad y que el silencio del imperio

había permitido pensar. No está, de ningún modo, convencido.

Había frecuentado lo suficiente el siglo XVIII (en sus lecturas y en los recuerdos de su abuela) como para no creer en el progreso y en una cierta idea de la superioridad de la civilización. Voltaire le transmitió una brizna de ironía que, sin embargo -como había ocurrido con su madre- ahogará, él también, en una aleación de seriedad y de tolerancia. Montesquieu le había enseñado la relevancia de los cuerpos intermedios, pero, tal como Claire le había sugerido, permaneció imperturbable a la idea que la libertad política debía fundarse sobre una estricta división de poderes. A diferencia de Claire, no comprendió el Emilio, se aburrió leyendo las Confesiones, no leyó el Contrato Social. Inquieto por vínculos entre la religión y la política lee Bossuet; no lo aprueba; le opone De la Tolerancia de Turgot; polemiza con Lamennais. Piensa la Revolución como ineluctable y como un luminoso faro para la historia; como Constant, considera al Terror como una catástrofe, accidental y ajena a 1789, cuyo curso retarda y desvía. Evalúa la Restauración como una segunda oportunidad para que Francia retome el curso de la Historia. Aun cuando las objeciones de sus padres lo convencieron para precisar sus contornos, el gobierno representativo a la inglesa es su régimen. Como Tocqueville diez años después, persiste en creer que la sociedad francesa aventaja a la inglesa. Esa convicción es tanto más irreversible cuanto que el desenlace del Imperio había curado a Francia del patriotismo exacerbado, que Claire había señalado en Inglaterra, y tanto más fecundo cuanto que los franceses disponían de una constitución acorde con los progresos de la civilización. Difiere solo en parte con Claire en la posibilidad de la República: es una posibilidad teórica y una realidad política. Pero, solamente en Estados Unidos, donde la Historia y la Naturaleza la han creado.

Continúa a creer la república imposible en los viejos países europeos. Claire y su padre se habían burlado de Turgot; Charles sigue considerándolo como un modelo de intelectual y de político; conserva una atracción por la literatura y por el teatro, ha perdido el interés por las ciencias. Finalmente, acaba de descubrir un grupo de identificación política.

De esta conversación, Charles emergió con algunas certezas que lo condujeron a formar



parte del grupo de los Doctrinarios. Su nexa con Guizot, con Thiers, con Tocqueville, Duvergier de Hauranne, Villemain, Dubois, Jouffroy y otros publicistas ya no lo abandonarían. Con algunos de ellos,

en particular con Thiers, compartió sus últimos proyectos. A pesar de su negativa a la república, cincuenta años más tarde, ambos estuvieron entre los políticos que fundaron la III República.

\*

He insistido con la relevancia de la conversación. Me pareció oportuno convocarla en esta ocasión. La razón es simple: la conversación sustenta la sociabilidad de una institución como ésta. Me incorporo hoy anhelando participar de una generosa e ininterrumpida conversación con tantos amigos y colegas. Espero que así sea. Estoy seguro de que lo será. Muchas gracias.

1 Chateaubriand, R., *Mémoires d'outre-tombe*, Paris, Penaud, 1849, Tome III, p. 71. En adelante, la traducción de todas las citas en idioma extranjero me pertenecen.

2 Furet, F., *La révolution*, Paris, Hachette, 1988, p. 53

3 Fumaroli, F., "La conversation", en *Trois institutions littéraires*, Paris, Gallimard, 1994, p. 116

4 Fumaroli, F., "La conversation", op. cit., p. 172

5 Ozouf, M., *Les mots des femmes. Essai sur la singularité française*, Paris, Fayard, 1995, p. 155

6 Ozouf, M., *Les mots des femmes*, op. cit., p. 148

7 Rémusat, Ch., *Mémoires de ma vie*, Paris, Plon, 1958-1968, Vol. I, Livre V, p. 165-203

8 Carta de Rémusat a su madre, 5 de febrero de 1818, en *Correspondance de M. de Rémusat pendant les premières années de la Restauration*, Paris, Calmann-Lévy, 1884-1886, Vol. IV, p. 58. En adelante, CR.

9 Carta de Rémusat a su madre, 5 de febrero de 1818, en CR, op. cit., Vol. IV, p. 58

10 Carta de Rémusat a su madre, 28 de noviembre de 1815, en CR, op. cit., Vol. I, p. 133-

134

11 De Broglie, V., *Souvenirs*, Paris, Calmann-Lévy, 1886, Vol. II, p. 9-12

12 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, abril de 1814, en CR, op. cit., Vol. I, p. 5

13 Carta de Rémusat a su madre, 19 de febrero de 1817, en CR, op. cit., Vol. II, p. 375

14 Carta de Rémusat a su madre, 25 de junio de 1818, en CR, Vol. II, p. 189

15 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 1 de diciembre de 1815, en CR, op. cit., Vol I, p. 183

16 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 1 de diciembre de 1815, en CR, op. cit., Vol I, p. 183,

17 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 10 de noviembre de 1817, en CR, op. cit., Vol III, p. 381

18 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 21 de noviembre de 1817, en CR, op. cit., Vol III, p. 384

19 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 22 de noviembre de 1817, en CR, op. cit., Vol III, p. 398

20 Carta de Rémusat a su madre, 24 de noviembre de 1817, en CR, op. cit., Vol. III, p. 400

21 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 13 de abril de 1814, en CR, op. cit., Vol I, p. 356

22 Ibidem.

23 Carta de Rémusat a su madre, 6 de septiembre de 1817, en CR, op. cit., Vol. III, p. 331

24 Carta de Rémusat a su madre, 19 de septiembre de 1817, en CR, op. cit., Vol. III, p. 376-377

25 Rémusat, Ch., de, *Mémoires de ma vie* (Manuscrito. Se trata de una copia en 158 cuadernos de *Mémoires de ma vie* que incluye párrafos completos no publicados en la edición realizada por Ch. Pouthas), Cahier N° 3, Livre V, p. 39, NAF 14416

26 Rémusat, Ch., de, *Mémoires ...*, op. cit., (Manuscrito), Cahier N° 3, Livre V, p. 42, NAF 14416

27 Carta de Rémusat a su madre, 4 de agosto de 1818, en CR, op. cit., Vol. IV, p. 367

28 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 1 de diciembre de 1815, en CR, op. cit., Vol. I, p. 141

29 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 14 de mayo de 1816, en CR, op. cit., Vol. I, p. 400

30 Carta de Rémusat a su madre, 19 de mayo de 1816, en CR, op. cit., Vol. II, p. 17

31 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 28 de mayo de 1816, en CR, op. cit., Vol. II, p. 29



- 32 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 28 de mayo de 1816, en CR, op. cit., Vol. p. 32
- 33 Carta de Rémusat a su madre, 5 de junio 1816, en CR, op. cit., Vol. II, p. 49
- 34 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 11 de junio 1816, en CR, op. cit., Vol. II, p. 63
- 35 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 11 de junio de 1816, en CR, op. cit., Vol. II, p. 65-66
- 36 Carta de Rémusat a su madre, 19 de junio de 1816, en CR, op. cit., Vol. II, p. 66
- 37 Carta de Rémusat a su madre, 19 de junio de 1816, en CR, op. cit., Vol. II, p. 88
- 38 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 16 de agosto de 1818, en CR, op. cit., Vol. IV, p. 381
- 39 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 10 de agosto de 1818, en CR, op. cit., Vol. IV, p. 386
- 40 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 14 de mayo de 1816, en CR, op. cit., Vol I, p. 340
- 41 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 20 de mayo de 1816, en CR, op. cit., Vol II, p. 23
- 42 Carta de Rémusat a su madre, 30 de mayo de 1816 en CR, op. cit., Vol, II, p. 41
- 43 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 31 de mayo de 1817, en CR, op. cit., Vol. III, p. 117
- 44 Carta de Rémusat a su madre, 28 de mayo de 1817, en CR, op. cit., Vol. III, p. 126
- 45 Carta de Rémusat a su madre, 20 de noviembre de 1818, en CR, op. cit., Vol. V, p. 32
- 46 Carta de Rémusat a su madre, 8 de junio de 1817, en CR, op. cit., Vol III, p. 151
- 47 Carta de Rémusat a su madre 15 de junio de 1817, en CR, op. cit., Vol. III, p. 169
- 48 Carta de Rémusat a su madre, 1 de marzo de 1818, en CR, op. cit., Vol, IV, p. 142
- 49 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 7 de marzo de 1818, en CR, op. cit., Vol. IV, p. 161
- 50 Carta de Mme. de Rémusat a su hijo, 11 de marzo de 1818, en CR, op. cit., Vol. IV, p. 163.



## PALABRAS DE BIENVENIDA PRONUNCIADAS POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO DOCTOR MIGUEL ÁNGEL DE MARCO EN LA CEREMONIA DE INCORPORACIÓN COMO ACADÉMICO DE NÚMERO DEL DOCTOR MIGUEL ÁNGEL DE MARCO (H) EL 13 DE SEPTIEMBRE DE 2022

DR. MIGUEL ÁNGEL DE MARCO

*Académico de número de la Academia Nacional de la Historia*

Es para mí motivo de profunda satisfacción y alegría dar la bienvenida como miembro de número de la Academia a un historiador que ha tratado con seriedad y brillo diversas cuestiones relacionadas con el pasado del país y de su provincia natal. Pero además es un momento de intensa emoción pues nuestro nuevo colega es mi propio hijo.

Los viejos académicos solemos evocar con nostalgia los tiempos en que transpusimos por vez primera las pesadas puertas de bronce que resguardan el edificio del antiguo Congreso de la Nación; nos complace recordar a los ilustres colegas que otrora nos brindaron su consideración y afecto; rememorar anécdotas en torno a cada uno de ellos, e imaginarlos sentados en las seculares bancas desde las que debatieron los grandes hombres de la República. En mi caso, alcancé a concurrir a la austera sala de sesiones privadas del Museo Mitre, donde conocí a un hombre de elevada estatura y modales distinguidos cuya estampa sugería la del ingenioso hidalgo de la Mancha: el doctor Miguel Ángel Cárcano. Tan ilustre historiador y hombre público no tenía a menos dialogar con el veinteañero estudiante provinciano que yo era.

En una oportunidad Cárcano, recordó como circunstancia excepcional que nos toca repetir casi un siglo después, que su padre y él habían ocupado simultáneamente, por algunos años, siales de miembros numerarios en la vieja Junta de Historia y Numismática y en la naciente Academia Nacional de la Historia. El viejo político de cabellera leonina, candidato frustrado de Miguel Juárez Celman a la presidencia de la República, exhibía entre sus obras libros precursores sobre la Organización Nacional y la guerra del Paraguay. Cárcano (h) a quien traté ya mayor, había escrito con pluma admirable sus estudios sobre la historia de la tierra pública en la Argentina y sus libros señeros acerca de Sáenz Peña y Pellegrini. Ambos prolongaban en el hogar los

diálogos iniciados en torno a la mesa con sillones fraileros donde aún sesionamos.

Dios quiera que Miguel Ángel (h) y Miguel Ángel (padre) podamos compartir como ellos, entre las paredes de esta casa que tanto significó y significa en nuestras respectivas existencias, la alegría de una profunda vocación durante el tiempo que disponga la Providencia.

Miguel Ángel De Marco (h), que fue miembro correspondiente de la Academia en la provincia de Santa Fe desde 2007, nació en Rosario el 21 de abril de 1966, cursó estudios primarios y secundarios en el colegio de los Padres Bayoneses, e ingresó después en el Instituto de Historia de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Católica Argentina de aquella ciudad.

Fue ayudante de cátedra y de investigación y luego de su graduación, profesor asistente en las carreras de Historia y Abogacía. Obtuvo con diploma de honor los títulos de profesor y licenciado, y la Academia Nacional de la Historia le otorgó en 1988 la medalla al alumno con mejor promedio de su promoción. Su tesis de licenciatura, calificada de sobresaliente, un verdadero libro en fondo y forma, versó sobre La gobernación galvista de Cafferata y la Revolución de 1890 en Santa Fe. Con ese volumen ratificó una orientación que cultivó a lo largo de toda una fructífera etapa de su labor: la historia política nacional y regional.

En 1993, nuestro nuevo colega obtuvo su título de doctor en historia por la Universidad Católica Argentina, con la calificación de sobresaliente, "suma cum laude", ante un tribunal compuesto por los académicos de número Ezequiel Gallo y Eduardo Martiré, y por la académica correspondiente doctora Hebe Viglione. Fue dirigido por el también académico Néstor Tomás Auza. Su tesis,



de un millar de páginas, se refirió al tema Política y gestión de gobierno en el proceso de modernización del Estado santafesino, 1883-1898. La incidencia de las revoluciones radicales y las intervenciones

nacionales de 1893. El libro exploró ese singular momento de la historia provincial sobre la base de variada documentación inédita y un uso exhaustivo e inteligente del periodismo de la época.

Imposible sería enunciar aquí la gran cantidad de artículos en revistas eruditas y capítulos de libros que dedicó Miguel Ángel -Miguel o Miguelito para algunos de nosotros-, a la historia política, social, económica y cultural de la región litoral.

Señalaremos apenas los títulos de sus aportes más sustantivos y novedosos: El doctor Gabriel Carrasco, que se refiere al polígrafo rosarino de polifacéticos intereses culturales y científicos; Houssay, la Argentina de los sabios, obra a la que define como “la historia de un profesional que luego de alcanzar las mayores distinciones internacionales, sufrió en su país injustas persecuciones y humillaciones de parte de gobiernos autoritarios; La batalla por el puerto de Rosario, Santa Fe en la transformación argentina, El Concejo Municipal de Rosario, cuyos títulos lo dicen todo; Carlos Sylvestre Begnis, gobierno y liderazgo en el desarrollo del litoral argentino, grueso volumen que traduce una profunda búsqueda en el archivo del gran político santafesino y variadas fuentes.

Además, los libros La Facultad de Derecho de Rosario y la persistencia de una tradición jurídica secular vinculada al desarrollo regional, Ciudad puerto, Universidad y Desarrollo Regional. Rosario (1919-1968), Imágenes propias. La colección fotográfica de Carlos Sylvestre Begnis, dos veces gobernador de Santa Fe, El túnel Subfluvial Santa Fe Paraná. Federalismo y desarrollo, Legislatura, identidad y desarrollo. Santa Fe, 1853-1962. Por otra parte, dedicó un volumen a la historia de una de las entidades señeras del sur santafesino: la Federación Gremial del Comercio e Industria de Rosario.

Finalmente, y vinculado con la labor que desarrolla como impulsor del estudio integral de los fenómenos de las ciudades ribereñas, escribió un Cuadernillo para la preservación del patrimonio histórico de los puertos argentinos.

La docencia universitaria, la formación y estímulo de nuevos historiadores, constituyen otra de las facetas de la labor del doctor De Marco (h). Consciente de que nuestra disciplina no puede ni debe ser un ámbito exclusivo para los iniciados, nuestro colega abre con generosidad sus puertas a los que se inician y no vacila en dedicar tiempo y experiencia a fin de que se conviertan en buenos investigadores y generosos dadores de su saber.

Investigador independiente del Conicet, en la Unidad Ejecutora en Red del Conicet, IDEHESI, Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales, nodo Rosario; director del Núcleo de Historia de las Ciudades Portuarias Regionales de dicho organismo, integrado por más de 40 especialistas en esa temática de universidades públicas y privadas de todo el país, a través del cual se han realizado, reuniones, encuentros, jornadas, coloquios y seminarios, conduce también el Foro de Ciudades Portuarias y Vías Navegables de la Universidad Nacional de Luján, coordina el Programa de Patrimonialización del Río Paraná y la integración Puerto-Ciudad, que incluye la creación del Archivo Histórico del Ente Administrador del Puerto de Rosario (ENAPRO). Además, dirige dos proyectos de investigación orientados a la temática puertos, patrimonio y desarrollo sustentable, uno en el marco de la Agencia Nacional de Ciencias de la República Argentina y otro encuadrado en el Convenio de Cooperación Internacional ECOSUR Argentina-Francia.

Es profesor invitado en la maestría de Historia Económica y las Políticas Públicas Argentinas de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires y profesor titular del doctorado en historia de la Universidad del Salvador, donde dicta el Seminario “Ciudades Puertos y Desarrollo Regional”, y en el que somos colegas. También es profesor invitado de Patrimonio Histórico en la Integración Puerto Ciudad en la Diplomatura de Gobernanza de Ciudades Puertos de la Universidad de Valparaíso, Chile; de la Diplomatura en Gestión de Puertos y Vías Navegables de la Universidad Nacional de Rosario; de la Cátedra UNESCO “Realidad Mixta para el Patrimonio: formación y mediación”, y de la Escuela Nacional de Ingeniería de Brest (Francia). Asimismo, es titular del módulo “Nación-Región y ciudades portuarias” en el Postítulo en Enseñanza del Historia que se dicta en la Facultad de Derecho



y Ciencias Sociales del Rosario, de donde egresó.

La Academia Nacional de la Historia lo ha contado frecuentemente como colaborador en jornadas y congresos, especialmente en el IX de Historia Argentina y Regional organizado por la Academia Nacional de la Historia en Rosario en el año 1994. Esta vinculación se asemeja a la de otros colegas, tanto de aquellos cuyos padres formaban parte de la institución como de quienes lo hicieron de la mano de sus profesores o directores de trabajo

Sería incompleta esta breve enunciación de títulos y actividades si no señalara la condición de constante difusor de la historia argentina y regional a través de distintos medios de comunicación que exhibe el recipiendario. Al concluir el período como becario del Conicet, se desempeñó por un tiempo como redactor del diario La Capital de Rosario, decano de la prensa argentina. También aquí fuimos colegas.

El lapso transcurrido hasta su ingreso en la carrera del investigador le permitió desarrollar esta nueva y apasionante faceta. Transitoriamente dedicado al periodismo activo, a salir a la calle en busca de notas sobre temas diversos, y a compenetrarse de la realidad cotidiana, adquirió no solo una visión enriquecedora de la sociedad, sino un estilo ágil, despojado de palabras difíciles y circunloquios, a la vez que elegante y certero.

Más allá de su labor en dicho diario, emprendió una empresa difícil: la fundación, dirección y distribución en quioscos y librerías, de la revista Rosario, su historia, entre 2008 y 2014, publicación esperada con interés en ese lapso por centenares de lectores, y reclamada aún hoy. Tal vez esa circunstancia contribuyó a que su nombre sea de referencia poco menos que inexcusable cuando se trata de participar en las evocaciones vinculadas con el pasado local.

Por último, nuestro colega es miembro de numerosas academias e instituciones de estudios históricos, a las que se sumarán otras más como resultado de su pertenencia a la nuestra.

Cuando Miguel concluía la escuela media, me anunció que estudiaría historia. Sentí una profunda alegría, pero me consideré obligado a recordarle que la nuestra es una profesión que, salvo casos excepcionales, no permite acumular fortuna, aunque sí múltiples y perdurables satisfacciones. Creo que él, como yo, ha podido comprobar la verdad de este aserto.

Doctor De Marco, querido hijo, en nombre de los numerarios de esta casa que desde hace tiempo es la tuya, te doy la bienvenida a la vez que te auguro una larga y proficua labor en ella.



# DINÁMICA HISTÓRICA E INSTITUCIONALIDAD DE ROSARIO COMO CIUDAD PORTUARIA REGIONAL

DR. MIGUEL ÁNGEL DE MARCO (H)

*Académica de número de la Academia Nacional de la Historia*

Señor presidente de la Academia Nacional de la Historia, Natalio Botana; miembros del cuerpo; colegas, amigos y familiares presentes.

Las primeras palabras, serán de gratitud para los miembros de la corporación, quienes generosamente resolvieron incorporarme a la misma como miembro de Número.

Asimismo, para quién me ha honrado con su presentación, el doctor Miguel Ángel De Marco.

Asumir el sitio 17, como lo hiciera Carlos Saráchaga en el siglo XIX y Vicente G. Quesada, Ricardo Levene, Ernesto J. Fitte y César A. García Belsunce, en el siglo XX, no puede menos que despertar emulación y compromiso hacia la historia, la Academia y la patria.

Podría recordar casi con exactitud donde se encontraban los libros de estos autores en la biblioteca que conocí de niño en mi casa de Rosario. El escritorio de mi padre se encontraba en el centro del hogar y las estanterías repletas de obras de historia de Europa, España, América, Argentina y Santa Fe, cubrían íntegramente tres paredes.

Fue también allí, en la casa de calle Urquiza, donde conocí por primera vez a académicos cuya producción integrarían, años más tarde, la bibliografía obligatoria en diversas cátedras de mis estudios universitarios.

En los 80 llegó el turno de conocer este imponente edificio, sede de la Academia, el recinto del antiguo Congreso del siglo XIX, la biblioteca, a los empleados administrativos que formaron durante décadas parte de la cotidianeidad de la institución.

Visitar la Academia siendo estudiante de historia implicó acceder a un singular ámbito nacional y federal. Conocer a sus integrantes, a sus discípulos y equipos, era un puente hacia temáticas específicas, provinciales y locales, y también al país de las diversas tonadas y manifestaciones.

Asistir a los Congresos de Historia Argentina y Regional implicaba salir de las ciudades más populosas, conocer ciudades como Neuquén, La Rioja, o Río Cuarto (por mencionar algunas), implicaba de participar reuniones que eran verdaderos acontecimientos culturales tanto para los anfitriones como para quienes hicimos en ellas nuestras primeras experiencias como oyentes o expositores.

Pertenezco a grupo generacional que tuvo en la Academia una escuela historiográfica en las etapas de su formación, iniciando los primeros pasos en el sistema científico, -primero como becarios y luego en la Carrera de Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina- y el universitario.

En 1989, el doctor García Belsunce, asumió el sitio 17, sucediendo a Ernesto Fitte, refiriéndose en esa oportunidad “a la agricultura en la Buenos Aires Virreinal”.

Resaltó las similitudes existentes entre la ciudad francesa de Lyon y la de Buenos Aires, en el Río de la Plata, y las limitaciones que en el siglo XVIII ambas encontraron en su expansión “por la falta de una mayor capacidad de producción y consumo en sus respectivos hinterland, y de capitales suficientes”.

Una problemática que lo llevó a profundizar su interés no sólo en la historia de Europa sino también en la historia económica, encontrando en los estudios de Fernand Braudel -un intelectual clave como se verá en el desarrollo del campo de estudio de las ciudades portuarias regionales- una concepción de la historia económica que rechazaba la idea de que el hombre fuera ante todo un “homo economicus”, y que por esto mismo, los hechos de la economía no se podían explicar “sin recurrir al contexto inseparable de lo social, lo cultural y lo político”. García Belsunce recordaba que tanto Braudel como Rostow y Schumpeter “no hacían



sino mirar una realidad múltiple desde una perspectiva económica” (García Belsunce, 1990, p. 87).

En aquella conferencia explicó que el escaso desarrollo de la agricultura bonaerense en el siglo XVIII se debía fundamentalmente a la política de tierras vigente la falta de crédito, el atraso tecnológico, el escaso conocimientos de siembra, el monocultivo triguero, los costos de la intermediación, y la preferencia que encontraba la actividad ganadera. Todo esto conformó un conjunto de obstáculos que provocaron fluctuaciones anuales de los rendimientos, limitando la posibilidad de exportación. Pasarían aún tres generaciones, concluía García Belsunce, para que esta situación se revirtiera y la abundancia de materias primas exportables, acomodadas a un buen precio, insertara a la región en el comercio marítimo internacional a través de los principales puertos de Europa.

El doctor García Belsunce, se había desplazado de la historia social y cultural a la económica para enriquecer la interpretación de sus líneas principales de estudios para luego regresar a ellas.

Treinta y tres años más tarde, al asumir su sitial vacante, encuentro puntos de contactos entre aquella presentación y la mía, y en el tipo de recorrido de estudios y enfoques efectuados para la mejor comprensión de un campo historiográfico.

García Belsunce escribió años atrás que “la vida profunda del investigador” consistía “en sumergirse en el mundo, o mejor en el tiempo del mundo, para aprehenderlo, indagarlo y descubrirlo, y como lógica consecuencia, para reexplicarlo, para re-presentarlo” (García Belsunce, 2018).

Hago mía esas palabras que explican el porqué de mi interés por la dinámica de las ciudades portuarias regionales y su incidencia en el desarrollo argentino, a partir de una serie de interrogantes: ¿A que corresponde la tenue densidad identitaria portuaria, marítimo y fluvial de la Argentina?; relacionado con esto, ¿porque la actividad portuaria y de las vías navegables ha despertado tan escaso y parcial interés en la historiografía nacional, más aún si se la compara por ejemplo con los estudios que ha merecido el transporte ferroviario o automotor? ¿Cómo revertir la dispersión y dificultades para preservar la documentación histórica portuaria? ¿Por qué el

país carece aún hoy de un sistema portuario federal? ¿A qué obedecen las comprobables dificultades que tienen las ciudades portuarias argentina para instrumentar políticas de desarrollo sustentable en relación con su entorno y región?

Haber nacido y vivido en Rosario, explica también en gran parte el empeño por comprender la dinámica de interacción de actores en ciudades portuarias desprovistas de las herramientas que da la detentación del poder político institucional nacional o provincial.

A partir de la identificación del puerto como “institución”, principal ordenadora del sistema puerto-ciudad-región (elementos de interacción unidos por la afectación mutua), refiriéndonos al caso rosarino en la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, ponderamos su primacía entre las partes, lo que era indispensable para avanzar en el entendimiento de la dinámica regional.



*“Rosario ciudad portuaria, Fleuty, 1875”*

A esta categoría accedí como consecuencia de un recorrido historiográfico que con el correr de los años me condujo de la Historia Política y la Historia Regional, a la Nueva Historia Política Institucional, a la Nueva Historia Económica Institucional, a la Historia de las Relaciones Internacionales y a la Historia del Tiempo Presente; estos dos últimos campos fueron desarrollados ya dentro de la Unidad Ejecutora del Conicet: Instituto de Estudios Históricos Económicos Sociales e Internacionales (Idehesi), \_



creado en 2007 por el doctor Mario Rapoport\_ con la valiosa guía de la doctora Beatriz Figallo.

Entender al puerto de Rosario en su carácter institucional, y como tal generador de reglas de comportamiento, procesos de socialización, creencias culturales, y formas de transacciones, sometido a una multiplicidad de secuencias y variables, nos llevó a trabajar sobre la hipótesis de una dinámica que intervenía en su evolución e impactaba sobre su presente.

Los puertos se comportan al igual que las instituciones que al expandirse crean complejos institucionales más amplios que a lo largo de su existencia experimentan interacciones, retroacciones, e inter-retroacciones (Tobal, C. 1997), según el tipo de secuencia de interfaces temporarias, y espaciales (Broeze, F. 1997).

El orden jerárquico de cada sistema establece su dinámica, según su capacidad de mediación como organizador (von Bertalanffy, L. 1976). Determinar por lo tanto la posición de la institución puerto de Rosario en dicho orden en relación con las instituciones de desarrollo de la ciudad, la región, la provincia y la nación, se presentaban sugerentes para un nuevo enfoque del pasado local, comprendiendo las estructuras y las conductas de Rosario como ciudad portuaria regional.

El puerto, como institución real, histórica, surgida para satisfacer necesidades sociales (en la mayoría de los casos económicas), es mucho más que una actividad económica-empresarial. Lo mismo puede aplicarse en el caso de la ciudad y la región, que poseen sus propias dinámicas. Es entonces que surge la necesidad de precisar que la dinámica del sistema Ciudad Puerto Región no puede ser comprendida en su interdependencia si no se profundiza en aquello que da cohesión y equilibrio a los sistemas: su identidad y el flujo de energía comunicacional que a través de una dinámica de retroalimentación y autoorganización se sostienen en el tiempo (Bonil et al., 2004).

Es precisamente esta dinámica que atañe a lo micro, a lo local, a lo regional, y lo internacional, un ámbito para analizar los procesos de la construcción de poder y conflictividad social (Fernández, 2008) en clave universal, multiplicando capacidades comparativas y otorgando a la labor histórica

la posibilidad de contribuir a la mencionada aspiración braudeliana de la historia total.

Por otra parte, la Ciudad Puerto Regional, puede ser analizada como matriz de convergencia del espacio físico y social en la que se opera la interconexión de productos y bienes, ejerciendo entre sus partes un rol de diferenciación funcional, jerarquización de las relaciones de poder y articulación. Matriz que a su vez se encuentra conectada con otras redes de intercambio (Van Young, 1985). Una propuesta de análisis de suma operatividad para la comprensión en la historia de la gran Cuenca del Río de la Plata.

La creciente permeabilidad interdisciplinar de las últimas décadas estableció puentes para estudios de historia global y nuevas teorías aplicadas a la historia como la "Cliodinámica", término acuñado por el científico matemático Peter Turchin para la comprensión de los procesos dinámicos, ya no solo en la física y en la biología, sino también en la historia, utilizando modelos matemáticos y estadísticos. Tercian se ha centrado en aspectos que hacen a la geopolítica, o a los factores que afectan la solidaridad colectiva, la asimilación étnica, la conversión religiosa, la interacción poblacional y la estabilidad sociopolítica.

El Centre François Viète de las ciudades francesas de Brest y Nantes, a través de sus investigadores se especializan en epistemología e historia de la ciencia y la tecnología. Una línea de investigación, llevada adelante por el doctor Bruno Rohou, se refiere a la periodización de las dinámicas de las instalaciones portuarias. A través de un convenio internacional de cooperación venimos trabajando en conjunto al respecto y en el 2019 pude conocer sus laboratorios estableciendo planes de trabajo que se encuentran en ejecución.

A partir del estudio de la historia de la tecnología aplicada a la evolución de los puertos, se utilizan herramientas digitales que permiten generar ontologías informáticas conducentes, por ejemplo, al establecimiento de ciertos modelos, que permiten detectar y periodizar elementos que hacen a la dinámica, por ejemplo: actores, saberes y productos o artefactos generados, siguiendo por otro lado propuestas que comentaré a continuación porque quizás sea conveniente subrayar que el interés por la comprensión de la estructura funcional de las ciudades portuarias no es nuevo. Adquirió impulso a partir de la segunda mitad del



siglo XX cuando la imposición de nuevos patrones en la operatoria del comercio internacional naval condujo a la relocalización y a la refuncionalización de instalaciones portuarias en desuso que se encontraban localizadas en el centro de las ciudades.

Esta inquietud, que tuvo por principales protagonistas a los urbanistas, se tornó cada vez más apremiante cuando a partir de los 80 del siglo XX se aceleraron las innovaciones tecnológicas y las reglas aperturistas del comercio internacional que apresuraron las transformaciones en la morfología de los frentes portuarios. El caso más elocuente de la Argentina es precisamente lo operado con Puerto Madero. Por entonces existió gran disponibilidad de recursos para financiar programas y proyectos patrocinados por la Unión Europea, distintos organismos internacionales y autoridades portuarias, dedicados al estudio del mejoramiento de la calidad de vida de las ciudades. Fue la etapa en donde las ciudades recurrieron a identificar a su urbe como una “ciudad puerto”, enfatizando de esa manera la adhesión a políticas de inserción internacional.

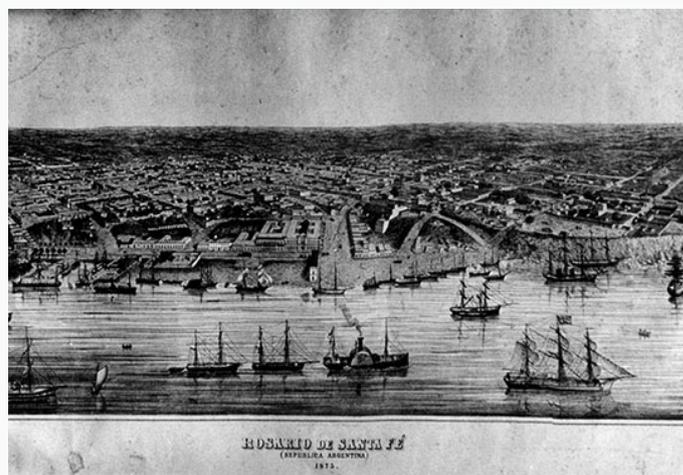
Brian Stewart Hoyle, investigador de la Universidad de Southampton, Gran Bretaña, conformó un equipo interdisciplinario que estableció directrices comunes que permitieran estudiar y comparar las ciudades portuarias entre sí. A su vez Hoyle, basado en los estudios de “Teoría General de los Sistemas”, presentada en 1968 por Ludwig von Bertalanffy despertó la atención de geógrafos de la Universidad de Barcelona, donde se creó la cátedra de Geografía Portuaria, y en entidades como la Asociación Internacional Villés et Ports (AIVP), entre otros ámbitos académicos.

Mencionamos a urbanistas y geógrafos como precursores de estos estudios para entender la dinámica de las ciudades portuarias. Ahora bien, ¿cuándo se hicieron presente los historiadores?

La Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría dieron un nuevo interés a la historia marítima en relación con la geopolítica, la geoestrategia naval, y los enclaves portuarios. Hasta entonces se habían editado abundantes trabajos descriptivos y empíricos sobre el pasado y presente de los puertos, los que quedaban habitualmente subsumidos en la historia marítima y militar.

Sería la Escuela de los Annales la que sustrayéndose de dichas inquietudes comenzó a dar cabida a una amplitud de trabajos que estudiaron a los puertos en relación con ciudades y rutas comerciales. Uno de sus representantes más encumbrados, Fernand Braudel, produjo una obra bisagra: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, de 1949, la que implicó un salto cualitativo en los estudios de la historia de la actividad portuaria por su reflexión teórica y metodológica. Luego introdujo consideraciones acerca de las acciones ejercidas por las ciudades puertos en el devenir histórico: como la de atraer, expulsar, y señalar cambios, y las contextualizó dentro de la dinámica del capitalismo.

Destacó la persistencia de un mismo patrón: la conformación de “economías mundo” –lideradas por dos ciudades puertos dominantes–, divididas en zonas: un corazón; las zonas intermedias, pivotes del poder central; y las marginales. Era precisamente en el escalonamiento entre las ciudades puertos dominantes, las zonas intermedias, y las periféricas donde el capitalismo obtenía sus mayores réditos. Por eso, como mediadoras de la distancia, las ciudades mundo, favorecían a los que negociaban la comunicación, desde el viajante al consignatario (Braudel, 1977).



*“Puerto de Rosario”*

En las últimas décadas del siglo XX, los trabajos presentados en coloquios, simposios y congresos históricos sobre los puertos y las ciudades tomaron giros diversos dependiendo del énfasis teórico y metodológico elegido por los investigadores, a tono con la creciente permeabilidad de las Ciencias Sociales. La mayoría de ellos fue adscrita a la historia local, económica, regional, y social, en ese orden de desarrollo.



La historiografía anglosajona en la temática de ciudades puertos adoptó entre sus referentes a Broeze, Hoyle, David Pinder y Jacob Price, y ésta en parte estuvo representada por los trabajos que sobre el puerto

de Buenos Aires realizara Susan Socolow.

Entre las obras insoslayables que ha dado la historiografía española entre los estudiosos de las ciudades portuarias, en especial para los americanistas, se encuentra *Sevilla y el Atlántico, 1504-1650*, de Pierre Chaunu, editada en 1955.

Sin embargo no sería hasta principios de los 90 donde obtuvieron mayor visibilidad trabajos de investigadores españoles que recabaron influencias de la escuela anglosajona, francesa y la propia. Entre ellos mencionaré a Agustín Guimerá Ravina y Fernando Monge, quienes instaron a una nueva visión de las ciudades puerto que incluyera a “los protagonistas de las ciudades portuarias, la propia gente”, (Guimerá Ravina-Monge, 1999) haciendo uso de las herramientas de la historia social, la historia de la cultura y la antropología.

En lo personal considero que el aporte más original de estos dos autores españoles fue observar a la ciudad portuaria desde lo sociocultural, la identificación del desarrollo de una estructura social con el surgimiento de nuevas posibilidades sin por eso ignorar la existencia de una dinámica específica de acuerdo a las necesidades del puerto y a las características de los productos comercializados. (Guimerá Ravina, 2003).

Por su parte Monge priorizó una visión antropológica de los estudios portuarios en la cual incluyó al análisis los sujetos individuales y propuso entender al puerto como una comunidad humana (Monge, F. 2002).

Las ciudades puertos, “a manera de cascada”, transformaron “el entorno, su gente y la cultura”, sostiene Guimerá Ravina. A ellas convergieron elementos que le otorgaron una capacidad generadora de procesos de cambio y modernización. Por ende, la historia de un puerto trasciende necesariamente la operatoria en sus instalaciones (Guimerá Ravina, 2006).

En la Argentina continúa siendo casi excluyente la producción sobre el pasado portuario y naval desligada de la comprensión de la dinámica histórica de interacción puerto, ciudad y región,

y su incidencia en las vías navegables fluviales que hacen a la accesibilidad a los puertos.

También se observa que son escasos el estudio comparado de los puertos argentinos. El libro *Estado, capital extranjero y sistema portuario argentino*, de Silvia B. Lazzaro, publicado en 1992, fue el primero en ofrecer una singular visión de conjunto, de la que hasta entonces se carecía, sobre el sistema portuario del período agroexportador.

El surgimiento de la Red Interdisciplinaria de Estudios Portuario, en los años 2000, impulsada por Fernando Jumar (Universidad Nacional de la Plata) y José Mateo Oviedo (Universidad Nacional de Mar del Plata), entre otros, contribuyó al diálogo de distintas perspectivas disciplinares sobre el pasado portuario. Sus encuentros anuales se reiteraron en el país hasta el 2015. Un año más tarde, sobre esta experiencia, decidimos constituir dentro del IDEHESI-CONICET, el Núcleo de Ciudades Portuarias Regionales, con una marcada vocación interdisciplinaria e interinstitucional. Los siete coloquios internacionales de patrimonio portuario que el Núcleo ha propiciado desde entonces en distintas ciudades y universidades del país, con sus respectivas actas publicadas, demuestran que el interés por poner en valor la historia de los puertos en la Argentina existe y que puede constituirse en un campo específico.

Sin embargo, a semejanza de las alturas de las barreras que separaban hasta hace muy poco las terminales portuarias de los cascos urbanos de las principales ciudades, se yergue como obstáculo el hecho de que en Argentina y en Latinoamérica en general existe un notorio déficit en cuanto a la preservación de los fondos históricos documentales de los puertos públicos y privados. Es por eso por lo que el Núcleo realiza desde su constitución diversas actividades para concientizar sobre la problemática y acaba de publicar una “Cartilla para la preservación del patrimonio histórico de los puertos argentinos”.

Dicho esto, me referiré muy brevemente al caso de Rosario como ciudad portuaria disruptiva del proceso histórico argentino del siglo XIX y XX.

Los orígenes y evolución de esta ciudad la sindicamos como un caso singular porque fue una de las pocas urbes portuarias, del país y del Cono Sur, de gran magnitud que por el movimiento de



sus flujos demografía, producción, su cultura, entre otros aspectos, que nunca pudo detentar la condición de capital estadual habiéndose creado como “ciudad” en tal sentido.

Metrópolis sin fundador, al menos en la usanza de las ciudades del período colonial, ostentó con orgullo el título de segunda ciudad en importancia demográfica en la Argentina al menos hasta hace veinte años. Hoy surge en las noticias nacionales como el epicentro de una violencia sin antecedentes que en gran parte obedecería, según lo reconocen especialistas, a circuitos del narcotráfico, aunque algunos precisan que correspondería referirse con más propiedad a la puja territorial de bandas dedicadas al narcomenudeo.

En un caso u en otro las causas tienen raíces históricas y estarían indicando una asimetría entre la dinámica de la ciudad portuaria y la de sus instituciones estatales a las que constitucionalmente se encuentra sujeta. Una prueba de ello es que sus ciudadanos recién pudieron elegir a sus propios intendentes municipales, sin interrupción, a partir de la reinstauración democrática de 1983, un período además signado por profundas crisis económicas, sociales y de urgencias de todo tipo.

Así se da el caso que esta compleja ciudad, expuesta a las rutas que en todas direcciones la comunican con provincias y países, y que es el eje económico de la región agroindustrial exportadora y generadora de divisas más importantes para el tesoro nacional es una de las ciudades con menores herramientas institucionales para la gestión pública en la resolución de sus acuciantes problemas.

La dirigencia y la prensa rosarina del siglo XIX viene señalando desde sus orígenes la desproporción entre lo tributado a las arcas nacionales y provinciales y lo recibido. Desde hace más de 130 años, desde distintos ámbitos, se solicita mayores recursos para la justicia federal. En los fundamentos de la creación de los juzgados nacionales tanto en el siglo XIX como a principios del siglo XX primó el hecho de que éstos debían estar en las ciudades portuarias de ultramar y reconociendo la importancia de Rosario en este sentido se decidió que fuera el asiento del primer juzgado federal y no así en la capital provincial, la secular Santa Fe, quien recién tuvo su juzgado en 1902, en vísperas de la construcción de su

propio puerto moderno. Se puede decir que la modernización de la infraestructura portuaria iniciada en la segunda gestión del presidente Julio A. Roca contempló también la adaptación de la organización de la justicia federal a este esquema. En 1910 se dotó a Rosario de una Cámara Federal.

En 1863, Rosario tenía un juzgado federal para alrededor de diez mil habitantes y una jurisdicción provincial con una población que no llegaba en total a los 90 mil. En la actualidad, con más de un millón doscientos mil habitantes en su región, Rosario tiene cuatro juzgados federales, dos de los cuales son los que tienen competencia sobre las causas de narcotráfico. Sucesivos gobiernos santafesinos, desde hace décadas señalan el atraso de la estructura de juzgados, fiscalías y defensorías federales en toda la provincia, recargando el trabajo que ya tienen los tribunales de Rosario y Santa Fe. He aquí un ejemplo entonces donde la dinámica de institucional no ha acompañado a la dinámica de la ciudad portuaria.

Cuando el general Justo José de Urquiza influyó para que la legislatura de la provincia de Santa Fe designara a Rosario ciudad en 1852 fue en función de proyectarla en “el puerto de ultramar” de la Argentina Confederal, abierto al mundo. No es desacertado considerar su condición ribereña al río Paraná, a la altura de sus barrancas y a la profundidad del río, como fundantes de esa decisión y de la llegada de las inversiones internacionales que la convirtieron en una de las ciudades portuarias más pujantes de la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, la actividad ferro portuaria al servicio de la producción de su flamante región productiva, clave de su pujanza económico, social y cultural, no revertiría su posición de marginalidad institucional.

En definitiva, se estaba ante una clásica disputa de resistencia de ciudades portuarias preexistentes, como Buenos Aires y Santa Fe ante el surgimiento de una ciudad portuaria como Rosario competidoras las tres por los flujos de transporte y fundamentalmente por la detentación de las primacías en los hinterland de incumbencia, entre la que se destacaban la voluntad de dotar o no de determinada herramienta de autonomía de gestión y representatividad.

Conviene subrayar que las ciudades portuarias fluviales de la Cuenca del Plata, desde Asunción a Montevideo, nacieron y configuraron sus



territorios en función de esa disputa estructurando la economía, la política, la cultura y la sociedad.

El surgimiento de Rosario como ciudad portuaria de ultramar, en el momento mismo que el país se organizaba constitucionalmente fue una hábil estrategia adoptada por los intereses que representaba Urquiza, y venía a modificar las relaciones de poder territorial. Una cuña, un puente, un nuevo mediador, con actores nuevos, en el proceso de “atlantización” de la economía argentina.

La prueba del impacto que significó para aquella Argentina la aparición de Rosario como alternativa a Buenos Aires fue la decisión del Congreso Nacional de convertirla nada menos que Capital del país, o se podría decir, del país que no terminaría siendo: Un país más federal y con menores asimetrías que las que se terminarían acentuando en el siglo XX y XXI. Aquella decisión de los representantes de las provincias fue frustrada por la decisión del Poder Ejecutivo de la Nación en tres oportunidades: 1867, 1869 y 1873. Los vetos de los presidentes Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento a estas iniciativas culminarían con la federalización del municipio de la ciudad de Buenos Aires, el 20 de septiembre de 1880.

Pasada las expectativas fundacionales que los protagonistas de aquellos acontecimientos tuvieron para elevar de “villa” a “ciudad” a Rosario en 1852 y de flamante ciudad a capital de la nación, la dinámica de la ciudad portuaria cosmopolita, inserta plenamente en condiciones favorables en la globalización de su tiempo, se encontró relegada a ser institucionalmente una ciudad dependiente de una capital de provincia a partir de que la elite conservadora de Santa Fe supo encorsetarla a través de reformas constitucionales, y una división departamental que priorizó el control político de la oposición sobre el desarrollo de los departamentos.

¿En qué medida aquella decisión de vetar a Rosario como capital de la República, –en gran parte entendible dado el contexto económico y político de su tiempo–, y de reducir al mínimo su representatividad y autonomía ante el gobierno provincial le restaría en adelante capacidad de resolución de los conflictos propios emergentes de su complejidad metropolitana y su dinámica

ferroportuaria? Dinámica que asimismo la expuso en forma directa a los avatares del comercio internacional, a los efectos de las conflagraciones mundiales y a medidas económicas nacionales que incidirían en su estancamiento agravando situaciones preexistentes.

Una dinámica que llevó a Rosario a superar los límites del ejido municipal convirtiéndola en metrópolis con un complejo portuario con terminales públicas y privadas frente al Río Paraná de más de cincuenta kilómetros de extensión, y que la ungió como el centro de una región interprovincial de similar o mayor extensión al de la provincia de Buenos Aires. Su hinterland, heredero del ámbito primigenio del Pago de los Arroyos, abarcó desde el siglo XX el sur de Córdoba, el sur de Santa Fe, el sur de Entre Ríos y el norte de Buenos Aires, aunque su área de influencia, a través de las redes de inversión económica y sociabilidad se extendió por el noreste argentino, Paraguay y Uruguay.

A principios del siglo XX un sector de la dirigencia local se preciaba de que Rosario no fuera una ciudad burocrática, y si hija de sus propias obras, de su temple laborioso o emprendedor. La acotada presencia del Estado en aquella etapa alentó al protagonismo de una amplia gama de actores de la sociedad civil, que individual y colectivamente, conformaron una red de contención en defensa de los intereses locales y regionales, donde el sentido de pertenencia se encontraba directamente ligado a las posibilidades de prosperidad que por entonces ofrecía la ciudad pero también a anhelos de cooperación, que no era patrimonio exclusivo de la elite comercial sino que también lo fue de las organizaciones intermedias, barriales, clubes, entidades solidarias, etc.

En materia política partidaria Rosario también demostró ser un terreno fértil para las propuestas innovadoras. En ella nació la intransigencia radical en 1891, la Liga del Sur en 1908, el reformismo universitario del litoral en 1912, y tuvieron sólidas bases las vanguardias heterodoxas de los grandes partidos nacionales. También fue pilar del frondicismo y cuna del socialismo que gobernaría por décadas la intendencia. La ciudad fue un refugio de lo alternativo, de proyectos de país que no alcanzaron a impactar en los moldes establecidos por los intereses verticalistas de los partidos nacionales. Podría decirse que fue la “ciudad capital” del país que no pudo ser.



En tiempos de la presidencia de Hipólito Yrigoyen, la singular fortaleza del sector privado, con medio siglo de actuación ininterrumpida, cooperó con el movimiento de opinión generado

para crear una Universidad que terminó derivando en la Universidad Nacional del Litoral, en 1919. A partir de allí la ciudad portuaria pudo exhibir otra fortaleza, la posibilidad de detentar el poder de la titulación, clave del ascenso social, y así replicó los límites de su hinterland en una región universitaria (que también traspasó los límites del país) y que con el tiempo se convirtió en una de las más prestigiosas de Sudamérica por la calidad de su enseñanza y sus graduados.

El establecimiento de las facultades rosarinas de la Universidad Nacional del Litoral es contemporáneo a la etapa de mayor intensidad de la dinámica portuaria local y el sistema de comercialización de cereales, beneficiada por la fase expansiva de uno de los ciclos de la economía capitalista. No sería casual que la creación de la Universidad Nacional de Rosario, con sede en Rosario y heredera de la “del Litoral”, ocurriera durante un ciclo similar que se registró a finales de la década del 60 del siglo XX, en 1968.

La región universitaria del hinterland de la ciudad portuaria generó recursos profesionales que desde la gestión pública y privada trabajarían a favor de la concreción de los intereses regionales vinculados, por ejemplo, con obras de infraestructura. Al decir de Etzkowitz y Leydesdorff (1998), la triple hélice: universidad, industria y gobierno, son partes de una dinámica que conduce a la innovación y el desarrollo, y la generada por ciudad portuaria de Rosario habría cooperado a compensar su déficit político institucional con la institucionalización del saber universitario, la formación de recursos calificados, dando al mundo una plétora de creadores e innovadores, y tesoneros hacedores de sus propio camino, con trascendencia nacional e internacional.

Se podría decir que los principales logros institucionales de la ciudad se dieron de la mano de la gobernanza existente en determinados momentos de su pasado tras objetivos comunes como fue la enseñanza superior. Quizás la primera, la más antigua, fue el empeño por garantizar la navegabilidad del río Paraná y con

ello la posibilidad de generar competitividad a la producción regional. La realización por concesión internacional de la Hidrovía Paraguay Paraná, que promovió desde los inicios de la década del 90 resultaría una prueba elocuente de ello.

Quizás en tiempo no muy lejano, si llegase el tiempo de las reformas estructurales para el desarrollo genuino e integral de los argentinos, Rosario gozará de la autonomía que su dinámica requiere y dispondrá las instituciones apropiadas a sus necesidades.

Hoy me acompañan mi esposa y mi hija, mi madre, una hermana, sobrinos, familiares y amigos, hacedores de aquellas sonrisas y afectos que validan los esfuerzos. También colegas muy próximos, motivadores, criteriosos y sinceros. ¡A todos gracias!

Mis últimas palabras serán para reiterar mi gratitud el señor presidente de la Academia Nacional de la Historia, por sus amables palabras; a mi padre, académico a cargo de la presentación y hacia el Cuerpo por esta incorporación que espero retribuir cooperando en la tarea de mantener viva su valiosa tradición académica al mismo tiempo que cooperar en los desafíos de los nuevos tiempos.

---

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bonil, J., Sanmartí, N., Tomás, C. y Pujol, R.M. (2004) Un nuevo marco para orientar respuestas a las dinámicas sociales: el paradigma de la complejidad. *Investigación en la escuela* N° 53.

Braudel, F. (1953), *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica.

Braudel, F. (1977) *La dinámica del capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Broeze, F. (1997) (ed.). *Gateways of Asia. Port Cities of Asia in the 13th–20th Centuries*. Asian Studies Association of Australia. London; New York: Kegan Paul International.

Etzkowitz, H., Leydesdorff, L. (1998). *The Triple Helix a Model for Innovation Studies*. *Science & Public Policy*, Vol. 25, N° 3:195–203.

Fernández, Sandra R. *El revés de la trama:*



contexto y problemas de la historia regional y local en: Bandieri, Susana; Blanco, Graciela y Blanco, Mónica (Coords.) (2008) *Las Escalas de la Historia comparada*, Tomo 2: *Empresas y empresarios. La cuestión*

regional. Editor: Miño y Dávila, Buenos Aires.

García Belsunce, C. A. (1990), *La agricultura en la Buenos Aires Virreinal*, Boletín de la Academia Nacional de la Historia, LXII-LXIII, p. 87-100.

García Belsunce, C. A. (2018). *La investigación como vocación*, *Folia Histórica del Nordeste*, 32, pp. 223-227.

Guimerá Ravina, A. y Monge, F. (1999), *La Habana, puerto colonial (Ss XVIII-XIX)*. Fundación Portuaria, Madrid.

Guimerá Ravina, A. (2006), *Puertos y ciudades portuarias (ss. XVII-XVIII): una aproximación metodológica*, en José Ignacio Fortea Pérez, Juan E. Gelabert González (coords.), *La ciudad portuaria atlántica en la historia: siglos XVI-XIX*,

Santander, Universidad de Cantabria, pp. 19-44.

Guimerá Ravina, A. (2003) *El vino y los puertos de la Bahía de Cádiz, siglos XVIII y XIX*, en *Naves, puertos e itinerarios marítimos en la Época Moderna*, Dir. Luis A. Ribot García-Luigi de Rosa, Istituto Italiano per gli studi filosofici. Nápoles.

Monge, F. (2000) *Ciudades portuarias y dinámica sociocultural*, en *Los puertos españoles: historia y futuro (siglos XVI-XX)*, Fundación Portuaria Santander, p. 89 - 103.

Tobal Conesa, C. (1997). *Nuevas perspectivas en la geografía portuaria: las relaciones puerto-ciudad*. *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, N° 24. Universidad de Barcelona.

Turchin, P. (2022), *Dinámicas históricas. Por qué surgen y caen las civilizaciones y los Estados*, Almuzara ediciones.

Von Bertalanffy, Ludwig. (1976). *General System theory: Foundations, Development, Applications*, New York: George Braziller, revised edition.

# PRESENTACIÓN DEL DR. ANDRÉS REGALSKY COMO MIEMBRO DE NÚMERO

DR. FERNANDO DEVOTO

*Académico de número de la Academia Nacional de la Historia*

Es una enorme satisfacción para mí recibir hoy como Miembro de Número de esta academia al Dr. Andrés Regalsky, en quien confluye una rica tradición familiar con raíces rusas y ucranianas que incluye intelectuales, políticos, una madre profesora cosmopolita y una abuela médica graduada en París a comienzos del siglo XX. Ese legado se enriqueció con su paso por instituciones, in illo tempore de excelencia, como el Colegio Nacional de Buenos Aires o la Facultad de Filosofía y Letras. Y desde luego, siempre es grato recibir a un antiguo discípulo de aquellas aulas, pero lo es, aún más, porque hoy recibimos en esta Academia a un historiador que creo ha querido ser siempre eso, un historiador.

Ciertamente la Academia ha recibido otros perfiles, literatos, ensayistas, divulgadores, representantes de corporaciones y laboriosos eruditos dedicados a recoger restos del pasado. Aunque esa diversidad de perfiles deba celebrarse, porque todos tienen derecho a interesarse por el pasado por los motivos que fueran, espero se me permita recordar lo que una vez dijo Lucien Febvre, que ejercen una profesión que no es la nuestra o de un modo que no es el nuestro. Andrés Regalsky, entonces, ante todo un historiador y agrego: un notable historiador que nos honra con su presencia.

Los comienzos de nuestro nuevo académico no fueron sencillos. Se graduó en historia en la facultad de Filosofía y Letras, con medalla de oro al mejor promedio que le entregó esta Academia en 1977. Empero, ese título y esa medalla no habilitaban para mucho, en la sombría Argentina de entonces y habilitaban aún menos para alguien con simpatías historiográficas hacia Milciades Peña y que no tenía recursos relacionales que le permitieran capturar aquellas pocas opciones disponibles en los centros de estudios locales o en el exterior. Así, enseñar en un colegio secundario nocturno, realizar trabajos no vinculados con la historia, estudiar por un tiempo Ciencias Económicas, fueron algunas de las alternativas que recorrió.

Aquí, uno de sus docentes le ofreció su primera experiencia universitaria en la Universidad católica de La Plata, donde enseñaría Historia económica argentina y otro encuentro casual con un profesor de la facultad, Miguel Guerin, le indicó la existencia de un archivo en el Banco Francés del Río de la Plata. De ese archivo derivó hacia el adyacente de la cámara de Comercio Franco-Argentina más apto para hacer para Francia algo en línea con lo que Ferns había hecho para Gran Bretaña.

De aquí saldría el primer trabajo de Regalsky, en 1981, “Los comienzos de la inversión francesa en la Argentina”, que inauguraría una línea de estudios que lo ocuparía durante veinte años. Empero, si esa investigación le abrió un tema, el lograría convertirlo con su talento en un problema mayor que era, a la vez, una vía de entrada para un gran debate historiográfico. También la Cámara llevó a Regalsky al encuentro con Samuel Amaral, que lo apoyó y orientó de muchos modos e incentivó su acercamiento a nuestro querido Ezequiel Gallo, tan brillante como generoso, que lo incorporaría a su cátedra de Historia económica mundial en la UCA y, sobre todo, lo avalaría para que pudiera ingresar en 1982 como becario en el CONICET. Y esa institución será el eje vertebrador institucional de su trayectoria, sin solución de continuidad desde entonces hasta ahora en que se desempeña como Investigador principal.

La llegada de la democracia trajo nuevos climas y tantas ilusiones, pero pocos recursos, en una transición bastante civilizada que implicó una coexistencia entre los que ya estaban y los que aspiraban a entrar o volver. Y si los mecanismos de las nuevas incorporaciones estaban dominados por un discurso modernizador, eso no reducía la centralidad de las redes interpersonales para encontrar un espacio.

Para Regalsky, los mayores cambios no fueron inmediatos. En 1986 publicó su primer libro, *Las inversiones extranjeras en la Argentina, 1880-1914*, en el Centro Editor de América Latina,



en esa colección que dirigía Oscar Troncoso y que todo lo abarcaba, aún si, originalmente, su trabajo estaba destinado a otra que dirigía Luis Alberto Romero. En 1986 también se incorporó a la

Universidad Nacional de Luján, donde Haydée Gorostegui gestionaba con mano abierta, y allí está Andrés todavía hoy, ya que Luján constituyó una de las patas del trípode en el que desarrollará sus actividades universitarias –con el tiempo se sumarían las Universidades de Tres de Febrero y Torcuato Di Tella.

El año siguiente, 1987, es el momento de su primer viaje académico a Francia que da lugar a una larga relación, que iría mucho más allá de su tesis de doctorado sobre las inversiones francesas en la Argentina, 1880-1914, defendida con honores en la Universidad de Paris Sorbonne.

Una experiencia decisiva desde el punto de vista intelectual, a partir de su interacción con figuras de la talla de Jean Bouvier, el estrecho colaborador de Braudel y Labrousse en la célebre *Histoire économique et social de la France* y quien más había hecho por renovar la historia de la banca en Francia.

Experiencia que le servirá también para una intensa compulsión de archivos europeos y para desarrollar una mirada más cosmopolita y menos unilateral sobre la historia económica argentina. Los reconocimientos en esa ámbito lo llevarían a alcanzar la presidencia de la Asociación Argentina de Historia Económica, de la que dejó un retrato muy generoso en un artículo reciente, pero y más importante a ser miembro de la Comisión Directiva de la Asociación Internacional de Historia económica, o ser una referencia ineludible para los estudios comparativos globales de historia bancaria, como muestra su participación en el proyecto colectivo dirigido por Alice Teichova y publicado por la Cambridge University Press, “Banking, Trade and Industry in Europe, America and Asia”.

Y aquí habría que recordar también sus publicaciones en revistas internacionales de prestigio, desde las españolas *Investigaciones de Historia Económica* y *Revista de Historia Económica* hasta las francesas *Entreprises et Histoire* o *Histoire, Économie et Société*.

A la hora de indagar la producción de Regalsky se pueden postular dos ejes y dos períodos. El primero, desde esa suerte de introducción general que constituye su primer libro hasta aproximadamente la publicación de su magnífica tesis, dominado por el tema de las inversiones extranjeras en la Argentina moderna, con un amplio predominio de los estudios sobre las inversiones francesas.

Un tema de tantos debates, en los que se entrecruzaban historia y política y que Regalsky resuelve con mesura y matices, dentro de lo que podríamos denominar el nuevo consenso “optimista” acerca de los logros de esa Argentina gracias al aporte extranjero.

Una renovadora mirada que puede percibirse, por ejemplo, en su adopción de conceptos que sustituyen a dependencia, como “puissance” (que toma de Perroux), para aludir a las relaciones externas asimétricas, o “americanización” (que emplea con María Inés Barbero para pensar las influencias estadounidenses en la América Latina).

Los procesos que estudia son explicados desde las lógicas de mercado, pero también desde las estrategias de actores indagados desde la racionalidad económica medio-fín, y que son colectivos no individuales, es decir grupos profesionales o económicos o elites sociales, preferentemente a instituciones o a individuos, aunque no falten algunos bancos que son tratados también como actores, y muy excepcionalmente algunos individuos particularmente hábiles, como en el caso del puerto de Rosario.

Se trata de una elección deliberada de Regalsky, como lo expresa claramente en su tesis, para eludir sea la idea heroica del empresario, sea la autosuficiencia explicativa de la empresa, a la que contraponen el concepto de grupo de inversión. Empero enfocarse en grupos, también deriva de la escala de análisis, como muestran otros trabajos puntuales, el muy interesante dedicado a la historia del Banco Francés en Argentina, que publicó esta Academia, que otorga un papel a las controversias entre individuos, o el de la expansión del Banco Francés en el Paraguay, que otorga cierto lugar a algunas figuras políticas.

No faltó tampoco un riquísimo e innovador perfil intelectual de un individuo en las páginas que dedicó a Bunge y el modelo estadounidense.



Dentro de ese marco, que coloca en un lugar muy secundario a las lógicas políticas, Regalsky distingue con sutileza diferencias de estrategia, por ejemplo, de los grupos franceses con relación a los grupos ingleses, en su permanente atención a las dimensiones comparativas nacionales e internacionales.

En ellas opta por la comparación para identificar la diferencia, y no por aquella que busca las propiedades comunes de los distintos casos, colocándose del lado de la práctica individualizadora de los historiadores, no de la generalizadora de los economistas. A la vez, presta mucha atención a la periodización y a los cambios entre los distintos contextos temporales, por ejemplo, al subrayar el papel del lento aprendizaje de las elites políticas y técnicas locales. Por otra parte, apela siempre a la evidencia empírica, a veces abrumadora, para apoyar sus afirmaciones, o para saldar los debates—y aunque la palabra “evidencia” (hacer visible a los ojos) habilita muchos usos, incluyendo el de la retórica, en el caso de Regalsky es parte de la antigua práctica de los historiadores de validación por medio de los documentos.

Pongo dos ejemplos. En su brillante artículo “Banca y capitalismo en la Argentina, 1850–1930”, en dos momentos, la crisis financiera de 1876 y la supresión de la convertibilidad en 1885, se detiene en los debates interpretativos acerca de las causas: ¿exceso de emisión o escasa contracción del circulante, por un lado, o factores estructurales no monetarios o la balanza de pagos, por el otro? Regalsky complejiza el análisis, no desde una premisa teórica válida para todos los casos sino prestando atención a los datos disponibles y dejando además un margen de incertidumbre.

Así, claramente en las convergencias y divergencias entre economistas e historiadores, Regalsky está del lado de estos últimos aunque nos recuerde también que economista es una categoría demasiado genérica y que habría que distinguir al menos entre aquellos que usan, cito “la teoría económica como una herramienta para hacer más inteligible el análisis histórico, o a la historia económica como una herramienta para poner a prueba las teorías vigentes y discutir las políticas económicas acordes”.

Se podría agregar que muchas diferencias existen también entre los historiadores y a la hora

de colocarlo en esta disciplina, Regalsky está creo del lado de aquellos que se han propuesto dialogar con las ciencias sociales y han dado en sus prácticas un lugar relevante a la experiencia del archivo—y aclaro, archivo en primera persona, no a través de mandaderos que buscan datos para otros, empobrecedora moda que al impedir el contacto directo con las fuentes, sean inéditas o editas, impide también descubrir lo inesperado y solo deja percibir lo que ya está en el guion preestablecido, con el resultado de obras lineales, rapsódicas, sin matices. No es su caso.,

En la segunda fase de sus estudios, Regalsky centra sus intereses en el otro lado del problema, los actores locales en sí (por ejemplo, los bancos Nación y Provincia), o como centro de atención en las negociaciones con los inversores extranjeros, o también en tanto gestores de empresas estatales, como en el excelente trabajo con Elena Salerno que compara el desempeño de los Ferrocarriles del Estado con Obras Sanitarias.

Las empresas estatales al serlo ¿son por ello ineficientes? Veamos en cada caso nos dicen los autores. Nuevamente la empiria, no la teoría decide y un proceso exitoso como Obras Sanitarias es contrapuesto a otro que lo es menos. Pero lo es, en el argumento del trabajo, también, porque, aunque emerja una tecnocracia ingenieril en ambas, en los ferrocarriles termina todo antes en mano de políticos. ¿Todos incompetentes? Nuevamente Regalsky nos diría: veamos...

Un párrafo final para detenernos en dos estudios puntuales de gran complejidad. El primero sobre la legislación ferroviaria analizada en un juego de competencia y conflicto entre elites locales y compañías ferroviarias, entre estas entre sí y con los productores argentinos, proceso que culmina en la ley Mitre de 1907.

La maestría con la que Regalsky estudia en “Entre el Estado y el mercado. Competencia y regulación ferroviaria en la Argentina de comienzos del siglo XX” tensiones, presiones y opciones en la búsqueda de cuadrar tarifas, competencia, garantías a los inversores, privilegios, nuevas inversiones y otras cosas más, brinda un cuadro deslumbrante en claroscuro. Regalsky nos presenta el problema desde múltiples ángulos y luego, en la conclusión, ejerce su juicio crítico y otorga un sentido positivo en el largo plazo al resultado.



Al hacerlo sale de la pura empiria del erudito para colocarse en el lugar del historiador. Juicio crítico, búsqueda del sentido, punto nodal de una labor que si no sería reducida a pura anticuaria.

Algo semejante ocurre con otro tema no menos controvertido, que analiza en un artículo con Agustina Vence Conti, sobre el gran préstamo argentino a los aliados de 1918-19, que concluye de nuevo con una mirada positiva sobre las decisiones de las dirigencias políticas, en este caso radicales.

Para concluir: en un país en que cada uno es lo que quiere ser como fuera dicho y las presunciones son moneda corriente, es un honor recibir aquí a alguien que ha cultivado otras virtudes: profesionalidad, trabajo sistemático y límpida inteligencia. Gracias Andrés por haber aceptado acompañarnos.



# ENTRE EL MERCADO Y EL ESTADO. EL BANCO DE LA NACIÓN ARGENTINA EN TIEMPOS TURBULENTOS (1914 – 1930)

DR. ANDRÉS REGALSKY

*Académico de número de la Academia Nacional de la Historia*

Estimado Presidente de la Academia Nacional de la Historia, estimados académicos y académicas, estimados colegas y amigos participantes en este acto. Ante todo es un honor estar aquí, y agradezco a todos quienes desde esta tan prestigiosa institución hicieron posible mi incorporación, lo que de por sí denota un aprecio y valoración personal que es recíproca. Dos momentos importantes estuvieron ligados a la misma, cuando en 1977 recibí el premio al mejor egresado de historia por la Universidad de Buenos Aires, y cuando en 1981 asistí al Quinto Congreso de Historia Nacional y Regional de esta Academia, al principio mismo de mi carrera académica.<sup>1</sup>

Particularmente agradezco las palabras de mi presentador, el ilustre y querido Dr. Fernando Devoto, que con su talento y oficio ha desentrañado algunas tramas subyacentes en mi producción que hasta yo mismo ignoraba. En mi trayectoria, como ocurre siempre, está ante todo la marca de un proceso colectivo, la de la historia económica que vengo cultivando junto a muchos otros colegas, la de las instituciones en las que me he formado, el Nacional Buenos Aires y la UBA, y la de aquéllas donde he trabajado en estos años, Conicet, Instituto Di Tella, la Universidad Nacional de Luján y la de Tres de Febrero, así como, sobre todo, de las personas con las que allí he compartido. Y finalmente, la familia, desde mis padres, que me dieron la formación cultural y la pasión por el conocimiento, hasta mi esposa e hijos, sin cuyo sostén no hubiera podido seguir adelante

El honor es mayúsculo, y el compromiso también, cuando tomo conocimiento de que el sitio que me ha tocado es el que ocupó hasta recientemente nuestro querido maestro Ezequiel Gallo, que tanto tuvo que ver con mi carrera. Por cierto, no debo omitir que este sitio fue ocupado por primera vez, en 1897, por Jorge Echayde, recordado por sus estudios numismáticos en lo que entonces era la Junta de Estudios Históricos y Numismáticos Americanos, y quien permaneció

en su sitio nada menos que 41 años. Luego, lo ocuparon sucesivamente Ernesto Celesia y Roberto Etchepareborda, dos importantes estudiosos volcados principalmente a la historia política, y que han sido suficientemente evocados en su momento para poder extenderme ahora.

Así que es Ezequiel Gallo, desde varios ángulos, y sobre todo por la fuerte repercusión de sus escritos en nuestra historiografía reciente, y como investigador y formador de investigadores, quien amerita que me detenga un poco en su trayectoria. Trayectoria que por cierto abarcó los distintos campos de la historia, económica, social, política, de las ideas, con un enfoque siempre integrador, como ya ha sido bien señalado. Me centraré sobre todo en sus comienzos, acaso los más ligados a la historia que me involucra. Desde ya pido disculpas, porque hay en esta academia varias personalidades, empezando por Natalio Botana y Roberto Cortes Conde, presidente actual y en un periodo previo de esta institución, así como Samuel Amaral, Eduardo Míguez, María Sáenz Quesada, Eduardo Zimmermann, que lo han conocido mucho más profundamente de lo que yo pueda aquí dar cuenta.

Ezequiel Gallo nació en esta ciudad, en 1934, en el seno de una familia de honda raigambre tucumana, tanto por el lado paterno como el materno. Cursó sus estudios secundarios en la Escuela Argentina Modelo e ingresó a la Universidad de Buenos Aires para seguir, por mandato familiar, la profesión paterna de escribano. Sin embargo sus inquietudes intelectuales, y su gusto por la historia y las humanidades pudieron más, y empezó en la práctica una carrera para la que no se había formado, abandonando finalmente aquella en la que lo habían tratado de encasillar.

También pudo incidir el clima político de la época, marcado por el impacto de la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial y la lucha contra los fascismos, que influyeron fuertemente en una juventud estudiantil politizada, y mayormente



antagónica de un gobierno, el de Perón, que era percibido como afín a aquellos.

Lo cierto es que a pesar de criarse en una familia de fuerte impronta conservadora, aunque con algunos integrantes del radicalismo antipersonalista, encontramos al joven Ezequiel participando en los años cincuenta en la redacción del diario La Hora, y en una revista estudiantil, Mar Dulce (editada por el jovencísimo Manuel Mora y Araujo), ambos con una clara impronta comunista. Fue en las reuniones de esa revista donde conoció a quien sería su esposa hasta el fin de su vida, Francis Korn, inicialmente estudiante de arquitectura. Allí se publicarían en 1958 las que tal vez sean sus primeras líneas, sobre el filósofo Aníbal Ponce.<sup>2</sup> Cuando Francis se vuelca a la flamante carrera de Sociología, varias de sus nuevas amistades lo van a ser también de Ezequiel, particularmente Ernesto Laclau; Oscar Cornblit y Silvia Sigal. Si junto a Laclau se vincula por entonces con Sergio Bagú, trabajando como asistentes para un proyecto que le va a dar buenas pistas para sus primeros emprendimientos, con Oscar, que era mayor y tenía una fuerte expertise matemática, va a iniciar un recorrido común que lo involucrará de pleno en su nueva profesión.



*“Banco de la Nación Argentina Buenos Aires”*

Así, cuando a fines de 1960 Cornblit participa junto a un grupo de economistas en la fundación del IDES (Instituto de Desarrollo Económico y Social) con el objetivo de retomar la edición de la revista Desarrollo Económico que había publicado previamente la Junta de Planificación de la Provincia de Buenos Aires, Gallo es rápidamente incorporado y se convierte en uno de los principales animadores. En ese

marco, participa junto a Cornblit y a un joven economista, Arturo O’Connell, en las Jornadas Argentinas y Latinoamericanas de Sociología realizadas en Buenos Aires en septiembre de 1961. Allí presentan un trabajo denominado “Algunas variables intervinientes en el proceso de desarrollo de la década de 1880”, que sería enseguida publicado en Desarrollo Económico, bajo el título mucho más impactante de “La generación del 80 y su proyecto”.<sup>3</sup>

Luego se sumaría otro artículo publicado en la misma revista en 1963 con Silvia Sigal, sobre la composición y características de la UCR en su primer periodo,<sup>4</sup> y uno que presentó en 1964 con Altimir, Santamaría y Nicolás Sánchez Albornoz sobre las relaciones económicas interregionales en la época virreinal. Este último en las Jornadas de Historia y Economía, organizadas por el IDES y la Universidad Nacional del Litoral fue publicado en Moneda y Crédito de Madrid en 1966.<sup>5</sup> Asimismo, el proyecto denominado “Movilización e incorporación de nuevos grupos en América Latina: un modelo para el cambio social”, dirigido por Torcuato Di Tella, con el que Cornblit y Gallo ingresaron en 1964 al entonces Centro de Sociología Comparada del Instituto Torcuato Di Tella. En esa institución y luego en la Universidad del mismo nombre, habría desarrollar Ezequiel Gallo su labor académica hasta el final de sus días.

En todos estos trabajos y proyectos aparece un rasgo muy característico de esos años: la interdisciplinariedad. Es que la renovación de una historia a la que entonces se entendía como eminentemente económica y social venía aunada a una imbricación con las vertientes contemporáneas de la economía y la sociología, cuyas referencias internacionales eran la escuela de los Annales, la de la Cepal y la que encarnaba Germani en sociología. En todos ellos el joven Ezequiel evidenció un riguroso manejo conceptual, al mismo tiempo que un avezado uso de la estadística como método para exponer y validar sus hipótesis, ciertamente influido por un estructuralismo del que pronto comenzaría a correrse. Al mismo tiempo era apreciable su interés por articular la dimensión política junto a la económica y social en boga, y la especial atención que le daba al caso de la provincia de Santa Fe, que pronto se convertiría en el eje central de sus investigaciones.

En 1964 publica un nuevo e importante texto: “El crecimiento económico de la Argentina:



notas para su análisis histórico”, donde el enfoque disciplinar ya tenía decididamente un lugar más central. Escrito junto a Roberto Cortés Conde, con quien anudó desde entonces una larga y estrecha

colaboración académica, apareció en el Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional del Litoral. Ampliado a un formato de libro, se convertiría en *La formación de la Argentina moderna*, un verdadero clásico que Paidós terminó editando en 1967, cuando sus autores se hallaban ya fuera del país.<sup>6</sup> En 1963 ambos habían dirigido un número extraordinario de *Desarrollo Económico* dedicado casi enteramente a la historia económica y social, donde junto a textos de su propia factura se encontrarían otros, devenidos clásicos, de Tulio Halperin Donghi, James Scobie, Francois Chevalier y muchos más. También incluía una reseña crítica sobre el libro de Aldo Ferrer, *La economía argentina: las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, que aportaba fuertes indicios del camino que Cortés Conde y Gallo iban a emprender.<sup>7</sup> Y es que más allá de la coincidencia con gran parte de los contenidos, lo que se buscaba en *La formación* era dotar de historicidad al tratamiento de un período que en su recorrido habría estado atravesado por marchas y contramarchas, y muchas dudas e incertidumbres respecto al rumbo a seguir. Otro rasgo que los diferenciaba del enfoque de Ferrer era el papel primordial asignado a los actores sociales, particularmente al denominado “grupo ganadero”, consolidado según ellos en tiempos del rosismo, y que habría participado del proceso de transformaciones sin perder nunca un lugar privilegiado en el mismo, hasta su culminación con la apertura electoral de 1912.

Es por entonces que Ezequiel comienza su abordaje en profundidad del caso santafecino, y de las características que allí asumió el proceso de colonización agrícola, publicando sus primeros trabajos en 1965. En ellos todavía campeaba ese análisis de corte más bien estructuralista, pero ya delineando la importancia que iban a tomar en el mismo los actores sociales. Ese año obtuvo la admisión para un doctorado en Oxford, hacia donde se dirige junto a Francis a principios de 1966. A través de Nicolás Sánchez Albonoz había tomado contacto con un eminente hispanista, Raymond Carr, que dirigía el Saint Anthony College y una de las principales cátedras de

historia de América Latina en el Reino Unido. Allí va a contar con la supervisión de Max Hartwell, un destacado historiador económico de origen australiano, que tuvo una gran influencia en las nuevas orientaciones que fue imprimiendo a sus estudios. En 1970 presentó su tesis “*Agricultural colonization and society in Argentina*”,<sup>8</sup> y sobre esa base elaboraría, años más tarde, su famoso libro *La pampa gringa*.

Aquel año publicaba también “*Agrarian expansion and industrial development in Argentina, 1880-1930*” un texto que denotaba el cambio de perspectiva que había ido dando a su análisis del período, y en el que propugnaba una mirada mucho más optimista que la que él mismo y varios de sus colegas habían suscripto anteriormente.<sup>9</sup> Sobre la base de los aportes de la *staple theory*, acuñada en Canadá y aplicada también en Australia y los Estados Unidos, llamaba la atención sobre los eslabonamientos positivos que la expansión agraria había generado sobre el desarrollo industrial, hasta entonces considerados mutuamente contradictorios. Se trataba de una línea, anticipada en cierto modo en los trabajos de Carlos Díaz Alejandro, que habría de ser desplegada más sistemáticamente desde fines de los 70, por Roberto Cortés Conde.

En cuanto a su tesis doctoral y más específicamente a *La Pampa Gringa*,<sup>10</sup> considerada unánimemente como una referencia insoslayable de la renovación en los estudios agrarios producida en la Argentina en los años 80 y 90, la misma llegó a ser considerada como el estudio tal vez “definitivo” sobre la colonización santafecina, un tema sobre el cual se había ya generado una importante bibliografía. Sin embargo, como toda gran obra, logró ser el disparador de nuevas investigaciones, como las de Juan Luis Martirén y Julio Djenderedjian,<sup>11</sup> que profundizarían en varias de las líneas que dejó trazadas y seguirían aportando hasta la actualidad nuevos elementos. Baste decir, en todo caso, que en el libro de Gallo el abordaje de los actores sociales, los colonos sin duda, pero sobre todo los empresarios de colonización, alcanzó sus más altas cumbres y constituyó el hilo conductor de una indagación que permitió un novedoso tratamiento de los aspectos económicos, sociales y políticos del proceso. Sobre su base Gallo encararía ulteriores indagaciones que lo llevarían a profundizar en el análisis social y político. Fue el caso de sus “*Conflictos sociopolíticos en las*



colonias de Santa Fe” centrada en episodios de la década de 1870, y publicada en *Quaderni Storici* en 1974, y sobre todo, de su “Colonos en Armas”, publicado en diversas ediciones e idiomas a partir de 1976,

con un abordaje magistral de la dinámica y los factores que operaron en los levantamientos rurales santafecinos en 1893, y de sus consecuencias en el sistema político y en la posición de los colonos en años posteriores.<sup>12</sup>

Menos mencionado, pero de mayor trascendencia para los estudios de quien les habla, es otro trabajo que publicó en la *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* en 1971, “El gobierno de Santa Fe vs. el Banco de Londres y Río de la Plata, 1876”, un texto originalmente pensado para la revista británica *Past and Present*.<sup>13</sup> En el mismo, tamizado por las nuevas orientaciones que había ido imprimiendo a sus trabajos, pasa revista y hace el balance de todo un bagaje de ideas que lo habían influido desde su período inicial. A la manera de una miniatura persa, reconstruye, a partir de un episodio puntual, como fue el conflicto que culminó en 1876 con el envío de una cañonera británica a Rosario, un complejo proceso en el que pone en juego las peculiares características del sistema monetario y bancario vigente en la provincia, los avatares del proceso colonizador santafecino, la búsqueda por los terratenientes locales de nuevas fuentes de financiamiento, y la pugna por el control del mercado entre el banco inglés y la entidad oficial. Todo ello en el marco de una lucha de facciones en el escenario político santafecino que distaba aun de aquietarse, y de las distintas perspectivas que asumieron ante el conflicto las autoridades argentinas y británicas, locales y centrales, y aun al interior del propio Banco de Londres. Esto le permite discutir las distintas interpretaciones que sobre la relación entre estado, élites locales y capital extranjeros se planteaban a la luz de la teoría clásica del imperialismo, como de las más moderna de Gallagher y Robinson.<sup>14</sup>

Es aquí donde quiero detenerme para articular lo dicho con la investigación que ahora presento. Cuando titulé la charla entre el mercado y el estado tenía en vista sin duda la doble dimensión que por su condición de empresa pública tiene la institución que viene siendo objeto principal de mis estudios en los últimos años. Pero también

quería referirme con ello a la doble dimensión de los estudios que me llevaron hacia ella. Es que mi orientación hacia este tema fue por un lado la consecuencia de mis estudios previos sobre la historia bancaria argentina, sobre todo de su banca privada, y por el otro lado, de mi interés por el creciente papel del Estado en la economía de los años anteriores a 1930, insuficientemente estudiados para un periodo que se presumía uniformemente de predominio liberal y del *laissez faire*.



*“Sede del Banco de la Nación Argentina de Concepción del Uruguay”*

En verdad, mi primer involucramiento en la historia bancaria fue fruto de una confusión, cuando producto de la recomendación de un profesor de la Universidad, Miguel Guerin, me introduje en los archivos del entonces Banco Francés del Río de la Plata, a la búsqueda de fuentes para mi investigación doctoral sobre el desempeño de los capitales franceses en la Argentina. Y esa indagación me llevó de contragolpe a apreciar el papel que tuvo la banca privada, en este caso de capitales nacionales de origen inmigrante, en la economía y las finanzas del período.<sup>15</sup> Por el otro lado, mis indagaciones sobre las distintas esferas adonde fluyeron las inversiones francesas antes de la Primera Guerra Mundial, en el marco de mi tesis doctoral sobre mercados, grupos inversores y elites,<sup>16</sup> me llevaron a considerar en profundidad el papel del Estado local, en principio como promotor y regulador, en sectores donde era llamado a arbitrar entre varios intereses encontrados, hasta arribar a las situaciones en las que se verificó su intervención directa como empresario en sectores como el ferroviario y el agua y saneamiento urbano.<sup>17</sup>



La supervisión de la tesis de una colega, Elena Salerno, sobre la Administración de los Ferrocarriles del Estado,<sup>18</sup> me aportó valiosos elementos en ese sentido, hasta desembocar en las otras dos

experiencias más paradigmáticas de estado empresario en los comienzos del siglo XX, las de Obras Sanitarias<sup>19</sup> y el Banco Nación. Con el análisis de este último caso terminé retornando a los estudios bancarios, pero desde otra perspectiva. Esto es, la de la intervención estatal como vía para morigerar el impacto en una economía abierta como era entonces la de la Argentina, de una coyuntura internacional altamente volátil.

Este rasgo estuvo presente en el Banco Nación desde su misma fundación, a fines de 1891, tendiente a cubrir el vacío que había dejado la caída de los dos grandes bancos oficiales el Banco de la Provincia de Buenos Aires y el Banco Nacional a raíz de la crisis financiera que había devastado el sistema bancario pocos meses antes. Su gran despliegue territorial, con 61 sucursales distribuidas en todo el país, excedía con creces el que habían logrado las entidades precedentes. Sin embargo, en los primeros años su funcionamiento se había visto constreñido por la escasez de su capital inicial y las normas restrictivas que se le impusieron en materia crediticia.

A principios del siglo XX, a medida que mejoraban las condiciones económicas por el crecimiento de las exportaciones, la situación del Banco se consolidó. La restauración de un régimen de emisión monetaria basado en el patrón oro, centralizado en la Caja de Conversión, permitió monetizar los superávits que se producían en la balanza de pagos, generando un fuerte aumento del circulante, los depósitos bancarios, y el crédito.

Por su amplia red de sucursales y agencias, que alcanzó a 142 en 1912, el BNA pudo maximizar la captación de depósitos, que crecieron en un 170% desde 1905, y desplegar su acción crediticia en todo el territorio nacional. De esa manera asumió un liderazgo indiscutido en el sistema bancario, colaborando asimismo con la Caja de Conversión para mitigar las fluctuaciones estacionales de los cambios.<sup>20</sup>

La desaceleración del crecimiento y la retracción en la entrada de capitales externos en el año previo al estallido de la Guerra de 1914 no

pareció afectar al Banco Nación, que fue el único que logró seguir incrementando sus depósitos y consecuentemente, aumentar su participación en el sistema. En el contexto del pánico que acompañó al estallido de la Guerra, el Banco Nación siguió siendo considerado por el público una de las alternativas más seguras, y su monto de depósitos logró casi equiparar al de todos los demás bancos en conjunto.

El comienzo de la Primera Guerra Mundial marcó en todo caso un parteaguas para todo el sistema, pues obligó al Estado a intervenir en un sector que hasta entonces había quedado librado a sus propias reglas de funcionamiento. La sanción de un paquete de leyes de emergencia, en agosto de 1914, determinó la suspensión del régimen de conversión y la atribución al Banco Nación, como banco de estado, de una nueva serie de funciones. Estas le permitieron officiar como prestamista de última instancia y parcialmente, como banco central y banco de fomento, anticipando desarrollos que recién habrían de completarse en los años treinta y cuarenta. Con esas nuevas funciones pudo desplegar una cierta acción compensadora en las sucesivas crisis que jalonaron este período, en 1914-15, en 1921-23 y a partir de fines de 1929. En el tiempo que resta trataré de brindar un panorama de este accionar.<sup>21</sup>

Aludía recién a que el estallido de la guerra obligó al gobierno argentino a dejar en suspenso el régimen de conversión legalmente vigente. También se adoptaron otras medidas tendientes a mitigar el impacto de la nueva situación. El Banco Nación fue autorizado a otorgar redescuentos a los demás bancos del sistema y a proveerse de liquidez en la Caja de Conversión, modificando su mecanismo de emisión. Si bien esta última cláusula no se llegó a aplicar, el Banco canalizó hacia los principales bancos privados nacionales, entre ellos el Banco Español, el de Italia y el Provincia de Buenos Aires (a la sazón, mixto), una parte de sus propias reservas, con lo cual les permitió hacer frente a la fuerte caída de depósitos que se experimentó en los primeros meses de la Guerra. Estos redescuentos continuaron hasta comienzos de 1915, cuando la bonanza exportadora, debido a la fuerte demanda de carnes y cereales por parte de los países aliados, contribuyó a mejorar la situación. En esos primeros meses también aumentó su apoyo a un importante grupo de grandes deudores, afectados por la situación de iliquidez, entre los



cuales figuraron empresas azucareras del noroeste, grandes exportadoras de cereales (Weil, Bunge y Born), firmas integrantes de grupos económicos diversificados (Tornquist, Devoto), y algunos grandes propietarios rurales

de la región pampeana (Anchorena, Santamarina, entre los más destacados).<sup>22</sup>

Muy significativo fue el papel que comenzó a asumir el Banco en apoyo de la producción agraria. Tras la sanción de las leyes de warrants y de prenda agraria en noviembre de 1914 el banco comenzó a otorgar créditos bajo estas nuevas modalidades para los diferentes (cultivos trigo, lino, avena, cebada y maíz), y las diversas fases del ciclo agrícola (siembra, cosecha, trilla, embolsado y depósito). Disposiciones posteriores extendieron el crédito directo a los ganaderos de todo el país, incluyendo a los de ovinos de la región patagónica, así como a los productores de otras economías regionales – cañeros e ingenios azucareros en el noroeste, obrajeros del nordeste, viñateros y bodegueros de la zona.<sup>23</sup>

De esta manera, el Banco de la Nación, a pesar de su dependencia directa del Ministerio de Hacienda, pasaba a operar de hecho, al menos por un tiempo, como brazo ejecutor del Ministerio de Agricultura (que abarcaba también los demás ramos productivos: ganadería, industria, minería). En la memoria del banco se definía su papel como el de un “poderoso regulador del crédito y aún de los negocios...velando por el ... seguro desarrollo de la agricultura, la ganadería y toda industria merecedora de los estímulos ...”). En 1916 aparecía también mencionada, por primera y única vez, la industria manufacturera, caracterizada como “factor de importancia en el progreso de la producción y el trabajo nacionales, y base modesta pero segura del adelanto industrial... que deberemos alcanzar para obtener nuestra independencia ... respecto de los mercados extranjeros”.

Un último aspecto de la acción polifacética del BNA en estos años se verificó en el campo de las finanzas públicas nacionales. El conflicto bélico entrañó una reducción notable en el flujo de importaciones que tuvo una fuerte repercusión desde el punto vista fiscal ya que el grueso de la recaudación provenía de los gravámenes aduaneros. La magnitud de la caída, del orden del

50% hizo imposible practicar un ajuste equivalente de los gastos, por lo que el déficit debió cubrirse mediante un fuerte endeudamiento de corto plazo. El Banco Nación, dado el elevado nivel de encaje que acumulaba, fue convocado a utilizar esos fondos, para lo cual debió implementar un sistema que le permitiera eludir las restricciones estatutarias que lo limitaban.

Así, en abril de 1915, comenzó implementar el sistema de las denominadas “cauciones”, que apuntaba a financiar a través de los bancos privados de la plaza la voluminosa deuda flotante. Las letras de tesorería que el gobierno comenzó a emitir, masivamente, para atender sus compromisos de pago, eran tomadas por dichos bancos que recibían en el acto un adelanto del BNA, con caución de dichos documentos, a una tasa sensiblemente menor. Bajo esta modalidad se financió no menos del 50% de la emisión realizada por la Tesorería. En 1916 el financiamiento gubernamental se obtuvo en la plaza neoyorquina, a través de una serie de créditos de corto plazo, pero en 1917, con la entrada de los Estados Unidos en la guerra, los créditos no fueron renovados y el gobierno recurrió al mercado interno.

Así es como el BNA amplió su crédito directo e indirecto al Estado, que pasó a representar junto a otros rubros, más del 40% de sus activos.

En enero de 1918 este involucramiento fue llevado a su máxima expresión al participar el BNA como agente del gobierno en un préstamo otorgado a Gran Bretaña y Francia para la compra de cereales en la Argentina, por el equivalente de unos 450 millones de pesos papel. En un contexto de creciente control por parte de los aliados del comercio internacional de granos, que limitaba las posibilidades de mercados alternativos para la cosecha record de ese año, el gobierno argentino fue llevado a conceder este financiamiento que implicaba un alivio para los agobios cambiarios y financieros de esos dos países, poniendo a disposición esos fondos para los pagos que la Royal Commission, el organismo que centralizaba las compras aliadas, debía hacer a los productores rurales locales. Este mecanismo evitaba al organismo inglés el uso de divisas, hasta tanto los cambios entre ambos países se normalizasen, pero también tendría a morigerar la sobrevaluación del peso, que había asumido proporciones importantes desde 1917.



En la práctica, con esa operación se aseguró la colocación de unos excedentes agrícolas que constituyeron la clave para la reactivación económica que se experimentó a partir de 1918,

Utilizando fondos hasta el momento esterilizados como parte del elevadísimo encaje que el BNA mantenía, se los canalizo hacia los productores y comerciantes rurales, generando una cadena de pagos que estimuló al conjunto de la economía. El encaje del BNA, equivalente casi al 50% de los depósitos en 1917, descendió a menos de la mitad, y se ubicó a partir de entonces por debajo del promedio del sistema, dando cuenta del papel dinamizador que jugaría el Banco de ahí en más.<sup>24</sup>

En los años siguientes, en los que la situación externa de la Argentina mantuvo una gran holgura, con un superávit permanente en su balance comercial y de pagos, el peso se mantuvo valorizado frente a las dos grandes monedas, el dólar y la libra. Sin embargo, a mediados de 1920 a partir del alza de las tasas de interés de los principales bancos centrales la situación dio un giro intempestivo, y una fuerte recesión se expandió a todo el mundo.

Una de sus consecuencias fue la brusca caída de los precios internacionales, sobre todo de las materias primas y alimentos. Al principio afectó sobre todo al trigo, pero luego impactó sobre las lanas y especialmente las carnes congeladas, que continuaron su caída en 1922 y 1923. El valor total de las exportaciones cayó alrededor de 30% en esos tres años, acarreando un fuerte déficit en la balanza comercial. Los términos de intercambio registraron también un fuerte deterioro dado que la baja de los precios agrarios fue más aguda que la de los industriales, deprimiendo la capacidad adquisitiva del país al 60% de su nivel de preguerra. Consecuentemente, el valor del peso comenzó a depreciarse, oscilando en relación al dólar entre un 20% y 30% hasta 1923.

En el nuevo contexto, la política del BNA se dirigió prioritariamente a apoyar al sector más afectado, la ganadería, que venía recibiendo un tratamiento preferencial desde mucho antes, asociado a la mayor capacidad económica de sus actores. Así, en 1920 mientras los préstamos a los agricultores habían bajado a 40 millones (según la dirección del Banco, por la menor demanda

de fondos debido a la próspera situación que atravesaban), los destinados a los hacendados se habían elevado a 360 millones.

En 1921 y 1922 alcanzaron una mayor magnitud aún, del orden de los 400 millones de pesos, y todavía en 1923 mantenían el liderazgo, con el 45% del total de los préstamos otorgados. Las operaciones prendarias, que en este rubro se hacían por un plazo de 540 días, renovable, permitieron ayudar a una liquidación ordenada de los abundantes stocks acumulados. Ayudaron así al traspaso de muchos de esos campos, sobre todo en la región pampeana, a la actividad agrícola, que por sus mejores precios pasó a ser más remunerativa. En 1922, por otra parte, se dispuso asimismo una reducción en los intereses, que ya eran los más bajos de la plaza. El objetivo, según la dirección del Banco, era “evitar en todo lo posible la liquidación ruinosa de muchas firmas de ganaderos, elementos sanos y de trabajo..., parte respetable de las fuerzas vivas de la Nación”. En la misma medida se extendía el apoyo a los productores laneros del Sud, que a la baja de precios habían sumado “el boycott decretado en 1921 por la Federación Marítima, en repudio de la masacre de obreros ocurrida en esos territorios.

Recién en 1924 se pudo dar por concluido el capítulo de la crisis ganadera y la distribución sectorial del crédito tendió a normalizarse. Sin embargo, dos años más tarde los deudores en mora alcanzaban el 10% de la cartera del banco, y la Memoria explicaba que “en su mayor parte es una consecuencia de la liquidación de créditos y ampliaciones acordados en los años 1922-23”. Lo más significativo es que esa cartera de morosos se concentraba en la Casa Central, allí donde la mitad de los préstamos se hacía por sumas superiores a los 80.000 pesos, en tanto que en las sucursales, donde las sumas eran más módicas se había mantenido, a todo lo largo del período, en niveles del 2 al 4%. Desde ya que esto afectó a las utilidades del establecimiento, que se mantuvieron por muchos años entorno al 1,5% sobre el capital.

Este rol estabilizador del BNA, mitigando (y absorbiendo) los contrastes de la coyuntura, se puede apreciar también en lo que concierne a la banca y las finanzas públicas. En el primer caso, el impacto de la crisis se sintió a través de una retracción generalizada en los depósitos bancarios, que en 1921 afectó también, por primera vez al BNA. En 1923, cuando la situación



parecía ya normalizada, el BNA se vio requerido a efectuar de modo urgente un “salvataje” del que todavía era, por entonces, el más importante banco privado del país: el Banco Español del Río de

la Plata. En octubre le otorgó un préstamo de nada menos que 100 millones de pesos, que le permitió afrontar un retiro de depósitos del orden de los 180 millones de pesos, que de otro modo le hubiera obligado a cerrar sus puertas. Si bien esa operación logró neutralizar una corrida que se hubiera podido trasladar a los otros bancos del sistema, de hecho el Banco Español nunca pudo saldar su deuda, que siguió creciendo hasta su reorganización en 1935.<sup>25</sup>

En cuanto a la situación de las finanzas públicas nacionales, luego de una mejoría desde 1918 por la aplicación de unos nuevos impuestos sobre las exportaciones, la baja de precios de 1921 impidió seguir apelando a ese recurso. El resultado fue un aumento de la deuda flotante, nuevamente tomada por el BNA a través del sistema de cauciones. Recién a partir de fines de 1924, el gobierno lograría consolidar esa deuda mediante una serie de empréstitos externos, liberando parcialmente al BNA del apoyo brindado en los años previos.

Una nueva intervención del Banco habría de darse a raíz de la crisis mundial iniciada en 1929, que tuvo por cierto un fuerte impacto en la Argentina. Esta repercusión operó en dos planos. Por un lado, el del comercio exterior y el sector agropecuario, cuyo índice de precios bajó a casi la mitad hasta 1933. Por el otro y de forma más inmediata, en el plano monetario y financiero. La Argentina, luego de 13 años, había vuelto a la conversión, en agosto de 1927.

A diferencia de anteriores oportunidades, en las que la medida se había adoptado para frenar una revaluación del peso, en este caso la valorización había sido promovida desde el mismo gobierno mediante una serie de empréstitos externos que la precedieron, a los que luego se sumaron al alza de las exportaciones y la afluencia de inversiones extranjeras. De lo que se trataba al parecer, era integrarse a la ola de países que habían retornado al patrón oro, por la aureola de respetabilidad, y por el más fluido acceso al financiamiento, que ello otorgaba.

Sin embargo, a lo largo de 1929, acompañando el alza de la tasa de interés en Nueva York, se produjo una creciente exportación de metálico que dejó exhaustas las reservas del sistema bancario, y que empezaba a afectar también las de la Caja de Conversión, con su directa implicancia sobre el nivel del circulante. En esas condiciones el gobierno de Yrigoyen decretó la suspensión de operaciones de la Caja, poniendo fin a esta breve experiencia. La medida, que implicó una devaluación de la moneda en el mercado de cambios, fue muy criticada desde distintos sectores y avivó una ola de descontento que no habría de cesar hasta el derrocamiento del presidente, pero hay consenso en que su aplicación, casi un año antes que en muchos otros países del mundo, protegió el nivel de actividad económica de una contracción aún mayor.

En todo este proceso el Banco de la Nación tuvo un papel muy destacado. Durante el primer año del nuevo régimen de conversión había estado acumulando fuertes reservas metálicas, que actuaron como primera línea de fuego cuando se produjo la exportación de oro en 1929, evitando tener que recurrir a la Caja, y preservando el circulante. A pesar de sufrir, a partir de ese último año una constante pérdida de depósitos, al igual que los otros bancos del sistema, siguió sosteniendo su nivel de préstamos y aun lo aumentó, mientras los otros lo reducían.

Esto se revertiría tras el golpe de septiembre de 1930, cuando las nuevas autoridades de facto adoptaron medidas de signo opuesto, que apostaban a un rápido retorno al patrón oro y al cumplimiento de los servicios de la deuda externa como primera prioridad. El resultado sería una espiral contractiva de la que no se habría de salir hasta las nuevas medidas anunciadas por el ministro Pinedo, a fines de 1933. En su transcurso, el banco se vio obligado a acompañar las variables políticas oficiales adoptadas, siendo quizás lo más destacado su ponderable esfuerzo, en las circunstancias más desfavorables, por mantener las distintas líneas de crédito a los sectores productivos y su apoyo a los otros bancos, hasta que la recuperación económica comenzó finalmente a asomarse, en 1934.

Les agradezco la atención prestada, y nuevamente les expreso el honor que significa para mí integrar esta Academia. Muchas gracias.

-----



1 Andrés M. Regalsky, “Las inversiones francesas en transportes en el nordeste del país”, Quinto Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1987, pp.201-214.

2 Ezequiel Gallo (h.), “Anibal Ponce y la revalorización de la Reforma Universitaria”, *Revista del Mar Dulce*, n° 8, junio-julio de 1958, pp. 11 y 31.

3 Oscar E. Cornblit, Ezequiel Gallo (h.) y Alfredo O’Connell, “La Generación del 80 y su Proyecto: Antecedente y Consecuencias”, *Desarrollo Económico*, Vol. 1, No. 4 (enero-marzo, 1962), pp. 5-46

4 Ezequiel Gallo (H) y Silvia Sigal, “La Formación de los Partidos Políticos Contemporáneos: La Unión Civica Radical (1890-1916)”, *Desarrollo Económico*, Vol. 3, No. 1-2 (Abr. - Sep., 1963), pp. 173-230

5 Nicolás Sánchez Albornoz, Ezequiel Gallo, Oscar Altimir, “Las relaciones económicas interregionales (Metodología para su estudio en el Virreinato del Río de la Plata)”, *Moneda y crédito*, n° 99, 1966, pp. 67-90.

6 Roberto Cortés Conde y Ezequiel Gallo, “El crecimiento económico de la Argentina: notas para su análisis histórico”, *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Litoral, no. 6 (1962-63), Rosario, 1964, pp. 265-335; Roberto Cortés Conde y Ezequiel Gallo, *La formación de la Argentina moderna*, Paidós, Biblioteca América Latina, Buenos Aires, 1967, 103 pp.

7 Oscar Cornblit y Ezequiel Gallo, “El desarrollo económico y sus etapas”, *Desarrollo Económico* vol.3 (1-2), Buenos Aires, 1963.

8 Ezequiel Gallo, *Agricultural Colonization and Society in Argentina. The province of Santa Fe 1870-1895*, D.Phil. Thesis, Oxford University, 1970, 462 pp.

9 Ezequiel Gallo, “Agrarian Expansion and Industrial Development in Argentina (1880-1930)”, en R.Carr (cd.) *St. Anthony’s Papers*, Oxford, 1970. Traducido y reeditado como “La expansión agraria y el desarrollo industrial en Argentina (1880-1930)”, *Anuario del IEHS* 14,

Universidad Nacional del Centro, Tandil, 1998, pp. 13-25.

10 Ezequiel Gallo, *La pampa gringa : la colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*, Buenos Aires: Sudamericana/ITDT, 1983, 457 pp.

11 Juan Luis Martirén, *La transformación farmer. Colonización agrícola y crecimiento económico en la provincia de Santa Fe durante la segunda mitad del siglo XIX*, Buenos Aires, Prometeo, 2016, 267 pp. Julio C. Djenderedjian, Sílcora Bearzotti y Juan Luis Martirén, *Historia del capitalismo agrario pampeano*, t. VI. *Expansión agrícola y colonización en la segunda mitad del siglo XIX*. Buenos Aires, Teseo, 2010, 2 vol., 1114 pp.

12 Ezequiel Gallo, “Conflitti socio-politici nelle colonie agricole di Santa Fe, 1870-1880”, *Quaderni Storici*, Ancona; No 25, 1974, pp. 160-192); Ezequiel Gallo, “Farmers in revolt : the revolutions of 1893 in the province of Santa Fe, Argentina”, *University of London, Institute of Latin American Studies Monographs n° 7*, London : Athlone, 1976, 97 pp. Reeditados en Ezequiel Gallo, *Colonos en armas: las revoluciones radicales en la Provincia de Santa Fé, 1893*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007, 191 pp.

13 Ezequiel Gallo, “El gobierno de Santa Fe vs el Banco de Londres y Río de la Plata”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, VII: 2-3, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella, 1971.

14 Vladimir.I.U.Lenin, “El imperialismo, fase superior del capitalismo (esbozo popular)”, en V.I.U.Lenin, *Obras escogidas*, Edit. Progreso, Moscú, 1980, p. 169 y ss. John Gallagher y Ronald Robinson, “The Imperialism of Free Trade”, *The Economic History Review*, VI :1, 1953, pp.1-15.

15 Andrés Regalsky, “El Banco Francés del Río de la Plata y su expansión en el Paraguay”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas Dr. Emilio Ravignani*, Buenos Aires, 1er.semestre 1990, pp. 111-132; “Aprendiendo a hacer banca en la Argentina: el Banco Francés del Río de la Plata, 1880-1914”, *Investigaciones y Ensayos* 51, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 2001; y “La evolución de la banca privada nacional en la Argentina, 1880-1914. Una introducción a su estudio”, en P.Tedde y C.Marichal coords., *La formación de los bancos centrales en España y América Latina (siglos XIX y XX)*, Vol. II, Madrid, 1994, pp. 35-59. También me permitió acceder a documentación de la Cámara Franco Argentina de Comercio, a partir de la cual hice mis primeras



aproximaciones a las inversiones francesas. Andrés Regalsky, “Los comienzos de la inversión francesa en la Argentina”, *Perspectives, Revue de la Chambre de Commerce Franco Argentine*, n° 1058, marzo

de 1981, pp.45-48.

16 Andrés M. Regalsky, “Marchés financiers, groupes d’investissement et élites locales: les investissements français en Argentine, 1880-1914”, *Université de Paris I - Sorbonne*, 1997, 760 pp., publicada como *Mercados, inversores y élites: las inversiones francesas en la Argentina, 1880-1914*, Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, Buenos Aires, 2002, 480 pp.

17 Andrés M. Regalsky, “Estado y capital extranjero en el desarrollo ferroviario argentino, 1862-1914”, en M. Muñoz R., J. Sanz F. y J. Vidal O. editores, *Siglo y medio del Ferrocarril en España*, Fundación Ferrocarriles Españoles, Madrid, 1999, pp. 207-24; Andrés M. Regalsky y Elena Salerno, “En los comienzos de la empresa pública argentina. Una aproximación a dos casos: la Administración de los Ferrocarriles del Estado y las Obras Sanitarias de la Nación antes de 1930”, *Investigaciones de Historia Económica* n° 11, Madrid, primavera 2008, pp.107-36.

18 Elena Salerno, *Los comienzos del Estado empresario: La Administración General de los Ferrocarriles del Estado (1910 - 1928)*. CEEED-UBA, DT N° 6, Buenos Aires, 2003, 168 pp.

19 Andrés M. Regalsky, “De Buenos Aires a las provincias: la formación de una empresa pública nacional de saneamiento urbano en la Argentina. Obras Sanitarias de la Nación, 1891-1930”, *Desarrollo Económico* vol.50:199, octubre- diciembre 2010, pp. 455-483.

20 Andrés Regalsky, “Empresas, Estado y mercado en el sector financiero: el Banco de la

Nación Argentina, 1891-1930”, *Anuario* n° 2. Centro de Estudios Económicos de la Empresa y el Desarrollo (CEEED), Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2010.

21 Para este punto véase Andrés Regalsky, “En los preámbulos de la Banca Central 1914-1930: el Banco de la Nación Argentina y sus nuevas orientaciones a partir de la Primera Guerra Mundial”, en M. Rougier y F. Sember, *Historia necesaria del Banco Central de la República Argentina*. Ed. Ciccus, Buenos Aires, 2018, pp. 29-68. Andrés Regalsky, Marcelo Rougier y Diego Rozengardt, “El Banco de la Nación Argentina frente a las crisis económicas y financieras, 1891-2021”, Banco de la Nación Argentina. 130<sup>a</sup> aniversario. Buenos Aires, 2022.

22 Andrés Regalsky, “Estado, banca pública y crisis: el Banco de la Nación Argentina y los grandes deudores durante la crisis de 1914-15”, *Revista Uruguaya de Historia Económica*, noviembre 2015, V: 8, pp. 46-75.

23 Andrés Regalsky, “Atravesando tiempos turbulentos: banca pública y crédito agrario en la Argentina, 1914-1918”, *Anuario Centro de Estudios Económicos de la Empresa y el Desarrollo* n° 11, Buenos Aires, 2019, pp.119-161.

24 Andrés Regalsky y Agustina Vence Conti, “Estado, banca pública y financiamiento de las exportaciones: el gran préstamo argentino a los aliados de 1918-19”, *Revista de Historia Económica*, Madrid, July 2020, pp.1-34.

25 Andrés Regalsky y Mariano Iglesias, “Banca pública, banca privada y crisis: el Banco de la Nación Argentina como prestamista de última instancia entre la Primera Guerra Mundial y la posguerra”, *Banco Central de la República Argentina, Ensayos Económicos* 72, Buenos Aires, junio de 2015, pp. 103-138.



## PRESENTACIÓN DE LIBRO

**Miguel de Asúa**, *Science and Catholicism in Argentina, 1750–1960. A Study on Scientific Culture, Religion, and Secularisation in Latin America* (Berlin–Boston: De Gruyter, 2022). *Series Religion and Society*, 89.

DR. MIGUEL DE ASÚA

Académica de número de la Academia Nacional de la Historia

Debería comenzar por situar historiográficamente este libro. El enfoque participa de las preguntas que hacen las personas dedicadas a la historia de las relaciones entre ciencia y religión, que es una sub-especialidad de la historia de la ciencia (la enorme mayoría de los que nos ocupamos de esto venimos de la historia de la ciencia). Esta línea de investigación comenzó en la década de 1970 en Inglaterra y Estados Unidos y ahora es global. Los principales autores son los estadounidenses Ronald Numbers y el ya fallecido David Lindberg, el británico John Hedley Brooke, que fue profesor en Oxford, y el australiano Peter Harrison, que sucedió a Brooke en esa cátedra—toda esta gente está retirada y no hay una segunda generación muy definida. Una de las principales cuestiones planteadas en esta historiografía es la relación entre ciencia y secularización, tema del cual se ocuparon también historiadores del cristianismo, sociólogos y teóricos de la secularización en general.

La pregunta a la que es libro intenta responder es: ¿fue la ciencia motor de la secularización? La respuesta prácticamente unánime es que no lo fue—ciertamente no en el sentido de que el conocimiento de la naturaleza haya desplazado la ignorancia de la religión, enunciado que constituye el núcleo de una de las “narrativas de la secularización”. Esto estuvo muy estudiado en sociedades de raíz protestante, pero casi nada en sociedades con el patrón de secularización que el sociólogo de la religión David Martín llamó “latino” (es decir, el característico de las monarquías católicas, en contraposición al de los territorios que abrazaron la Reforma). Argentina es ideal para un estudio de este tipo porque tiene una escala abarcable para un estudio de duración relativamente larga (el libro abarca dos siglos) y tuvo una densidad de cultura científica que empieza a ser interesante.

Este trabajo trata de responder una pregunta global y por eso está dirigido a una audiencia

global — pero por supuesto esta es una historia que transcurre en nuestro país y, desde ese punto de vista, es parte de la historia argentina. Hubo que buscar un equilibrio entre estos dos registros y la estrategia para articularlos fue organizar una secuencia de casos bien seleccionados y analizar en profundidad cada uno de ellos. Estuve ocho años trabajando sobre esto, como investigador de CONICET, y parte del material (alrededor de dos tercios) fue publicado previamente. En Argentina salieron algunas cosas específicas (en *Criterio*, en la revista *Stromata*, una revisión en *Sociedad & Religión* y dos o tres capítulos de libros). Otra parte se publicó en revistas de historia de la ciencia (*British Journal for the History of Science*, *Annals of Science*, *Journal of the History of Astronomy*), revistas de historia del cristianismo (*Catholic Historical Review*, *Journal of Religious History*, *Church History and Religious Culture*), revistas de ciencia y religión (*Science and Christian Belief*, *Zygon*, *Journal of Science and Religion*) y revistas de estudios religiosos (*Studies in Religion/Sciences Religieuses*). Hubo también tres capítulos en libros en inglés sobre historia de las relaciones entre ciencia y religión. Para el texto final todo esto fue re-elaborado y hay además dos capítulos originales.

El primer capítulo (la introducción) y el último (las conclusiones) enmarcan la cuestión desde el punto de vista teórico e historiográfico, pero los capítulos que constituyen la sustancia del libro son históricos. El texto comienza con la ciencia jesuita en las misiones (una síntesis del libro que precedió a este, *Science in the Vanished Arcadia. Knowledge of Nature in the Jesuit Missions of Paraguay and Río de la Plata* [Brill, 2014]). El segundo capítulo se ocupa de la Ilustración católica (en el sentido de Ulrich Lehner) y el período de la Independencia. El tercero es sobre la década de 1820, con énfasis en Buenos Aires (lo que no quiere decir que la única ciencia de esa década hubiese tenido lugar en Buenos Aires, como esperamos mostrar en un



trabajo en curso). El capítulo cuatro es sobre “la tesis del conflicto” (que es una de las nociones claves en la historiografía de las relaciones entre ciencia y religión) y a la recepción del evolucionismo en la segunda

mitad del siglo XIX (sobre lo que se había escrito mucho, pero nada desde nuestra perspectiva). El siguiente capítulo abarca la última década del siglo XIX y los comienzos del siglo XX y el que le sigue cubre el período 1910-1935 con el surgimiento de los dos primeros científicos católicos en nuestro país (el naturalista Ángel Gallardo—el ministro de Alvear—y el astrónomo Mons. Fortunato Devoto). Después viene un capítulo sobre ciencia y catolicismo integrista (que, entre varias cosas, discute las relaciones entre ciencia y religión con oportunidad de la histórica—y para el catolicismo local, partidora de aguas—presencia de Jacques Maritain en Argentina).

El último capítulo antes de las conclusiones trata sobre los científicos católicos demócratas o “liberales” (período 1932-1959): Juan T. Lewis, Eduardo Braun Menéndez y Augusto J. Durelli. En las conclusiones hay una articulación histórico-sistemática en la que se discuten tres momentos de la secularización, encarnados en los períodos históricos correspondientes: (a) secularización como administración de los espacios religioso y secular (década de 1820): utilización de los conventos secularizados (Santo Domingo, Recoleta) para instalar instituciones de enseñanza

científica; (b) secularización como diferenciación de los sistemas sociales en el sentido weberiano (las dos últimas décadas del siglo XIX): utilización de la “tesis del conflicto” y de la teoría de la evolución por la elite dirigente del 80 como argumento en la defensa del proyecto político de una sociedad secular; (c) secularización como apropiación secular de rituales y símbolos religiosos por el movimiento socialista (dos primeras décadas del siglo XX).

Debo aclarar que el libro no aborda la cuestión de la secularización en sí—por lo menos, no directamente. Lo que se investiga es la historia de las interacciones entre ciencia y religión en términos de la dinámica de secularización. A través del análisis histórico se buscó desmontar la narrativa de identificación de la ciencia con lo secular, que operó de manera legitimadora a nivel discursivo e institucional de manera de naturalizarse como “lo dado” en un sistema de creencias sociales. En sintonía y de acuerdo con las perspectivas de la historia de la ciencia, la sociología de la religión y la historia global del cristianismo, que niegan que la ciencia (en tanto sistema de conocimientos sobre la naturaleza) haya jugado papel alguno como fuerza secularizadora, nuestro estudio concluye que fue de hecho al revés: habría sido el proceso de secularización—movido por complejos procesos socio-políticos—el que dio forma y moduló las relaciones entre ciencia y religión.



## PRESENTACIÓN DE LIBRO SEMBLANZAS DE MUJERES MEDIEVALES

DRA. NILDA GUGLIELMI

*Académica de número de la Academia Nacional de la Historia*

Hoy deseo aludir a mi último libro “Semblanzas de mujeres medievales” que acaba de presentar la editorial Miño y Dávila.

El libro está fundamentado sobre dos ejes: la mujer imaginada y la mujer real. El primer ítem recoge las opiniones de autores –todos masculinos– acerca de las mujeres.

De manera caleidoscópica examiné obras que van desde el siglo segundo después de Cristo al siglo XVI: opiniones, consejos, alusiones, permiten obtener las imágenes que diversos momentos forjaron de las mujeres.

Y que constituirán lo que yo he denominado imaginario en algún trabajo mío. Sin duda, al hablar del imaginario nos encontramos con un concepto de difícil aprehensión ligado a otros que lo exceden o no le corresponden plenamente: la representación, la fantasía, la ideología....

Podríamos definir el imaginario como el conjunto de representaciones que expresan la imagen que los actores se hacen de su propia vida, de cómo se insertan en una comunidad.

Estos actores se referirán a ese conjunto de representaciones para tratar de actuarlo o de destruirlo. Sería un sistema de referencias expresadas en imágenes en perpetua elaboración.

El imaginario es pues vivo y mudable y permite penetrar en lo profundo de la evolución de una sociedad.

He dicho que para este tema emplearé escritos de autores masculinos, con frecuencia se dice que las obras sobre las mujeres nos ofrecen las concepciones del ser femenino sin construir las representaciones de lo masculino como contrapartida. Yo creo que no se puede hacer una historia unilateral aunque se pretenda.

Porque si hablan los hombres, sin duda, aparecen ellos mismos, además del sujeto propuesto, en este caso, las mujeres.

Dejo de lado el análisis de los diversos tipos de fuentes que hemos empleado, en general digamos que son libros de consejos o de crítica. Veamos sólo algunos ejemplos.

Dice Tertuliano (siglos II-III d.C.) en “La elegancia de las mujeres”: “Eres la puerta del diablo, tú has roto el sello el Arbol, tú la primera que ha transgredido la ley divina, tú has sido quien persuadió a quién el diablo no logró desviar”.

En general, las opiniones vertidas delatan la supuesta ignorancia –cuando no la maldad femenina– el afán de frivolidad expresado en vestimentas y joyas, en afeites de todo género.

Discursos en general de desdén y condena, los escritores solicitan del esposo el castigo necesario para corregir los innatos defectos, sólo de vez en cuando aparecen opiniones positivas.

En particular es ensalzada la mujer virgen y sabia en las Escrituras, que, superada la naturaleza femenina ha logrado la andréia, la condición masculina. En general, la figura femenina aparece dotada de pocas capacidades intelectuales y de escasas virtudes morales. Estas imágenes revelan lo que diversas individualidades masculinas habían expresado pero también lo que diversas sociedades habían aceptado.

El otro apartado mencionado trata de la mujer real, he elegido para ejemplificar la figura femenina de la sociedad burguesa italiana de los siglos XV-XVI.

Como en lo relativo a la mujer imaginada también en esta ocasión se encuentran pocas fuentes en que un yo femenino nos hable de su condición, circunstancias y alternativas de su vida. He elegido para mi análisis las cartas de una señora del siglo XV y las de una monja del siglo XVI, ambas florentinas.

Las cartas mencionadas presentan a la persona quien –aunque no se lo proponga– escribe con ella una autobiografía. El lenguaje transmite



sentimientos diversos con gran vivacidad: tristeza, alegría, mucho afecto, preocupación o disgusto. Ambas mujeres por motivos diferentes tienen que actuar como mater familias en plenitud.

No sólo les compete administrar el ámbito interno de la casa, sino que constantemente han de tomar decisiones importantes: pagar, invertir, ahorrar, saben comprar posesiones o jugar al alza o baja de dineros. El yerno de la señora Strozzi alaba las decisiones de su suegra suponiendo que

ha llegado a la andréia, al decir que tenía ánimo “no de mujer sino de hombre”.

Estas calas permiten analizar ciertos aspectos con que se ha presentado al ser femenino a través de los siglos. Muchos han sido, puesto que a la mujer se la consideró poderosa, piadosa, maternal, diabólica, terrible, destructora, misteriosa. Condiciones contrarias que, a la vez, pudieron sintetizarse en una frase “dulce veneno”.



## COMUNICACIÓN DEL 13 DE SEPTIEMBRE

*DRA. OLGA FERNÁNDEZ LATOUR DE BOTAS*

*Académica de número de la Academia Nacional de la Historia*

Ya que las circunstancias han permitido que volviéramos a la normalidad en las actividades académicas yo, desde mi propia dificultad actual para concurrir personalmente, he querido asociarme a las conmemoraciones de la vida, la obra y la muerte de ilustre patricio don Manuel Belgrano trayendo, de manera virtual, la cita de una obra publicada este año 2022, de la cual un ejemplar me ha sido obsequiado por sus autores y que destino a la Biblioteca de nuestra Academia.

Se trata de Manuel Belgrano. La verdadera historia de su casa familiar en Buenos Aires, de Roberto Calimodio y Alejandro Maddonni, editada con el auspicio institucional del Instituto Nacional Belgraniano, con Prólogos del Licenciado Manuel Belgrano (“Una investigación necesaria”), del Arquitecto Daniel Schávelson (“Un trabajo pionero”) y de la Abogada Gabriela Valeria Vega (“El factor legal”).

Los autores, que consignan su agradecimiento a numerosas instituciones y personas, han dividido el texto en treinta capítulos más una extensa y erudita bibliografía actualizada hasta el año 2020, que complementan citas de “Diarios, periódicos y revistas” y de “Archivos, repositorios digitales y páginas consultados en la web”. Es una hermosa edición ilustrada de 270 páginas.

En esta muy sintética reseña he elegido, como corolario, palabras de los textos que figuran en la contratapa, uno del Licenciado Manuel Belgrano quien destaca que (los autores) “apoyados en la tecnología dieron vida a las imágenes que nos muestran cómo era en verdad la casa familiar Belgrano en una tarea meticulosa y responsable que cerebro hayan realizado”. El otro del Arquitecto Daniel Schávelson que expresa:

¿Cuál fue la verdadera casa de la familia Belgrano y obviamente la de nuestro héroe? Esa es la aventura en la que se sumergen Roberto Calimodio y Alejandro Maddonni en un avance casi sin cuartel en la exploración de cada dato, de cada pista, como si fueran detectives y no historiadores. Pensar en un héroe no es solamente hablar del bronce, sino como lo hacen los autores, es reflexionar sobre su casa. Este libro abre una puerta que la historia de la arquitectura apenas ha explorado. Un trabajo pionero en el análisis pormenorizado de una vivienda y sus componentes, hecho a través de las evidencias documentales –leídas y releídas una y otra vez–, y las iconográficas –alteradas, erradas, confundidas con la casa de al lado–, todo hecho con un aparato crítico poco común, ya que no hay restos materiales ni siquiera para un trabajo arqueológico.

Con este aporte bibliográfico me he permitido sumar datos recientes a la bibliografía clásica sobre el tema que comienza con el fundador, General Bartolomé Mitre, y continúa con obras de numerosos académicos incluidos la distinguida Dra. Cristina Minutolo de Orsi (muy lamentada pérdida) y quien, en el día de hoy, se incorpora como miembro numerario, el doctor Miguel Ángel De Marco hijo, autor del trabajo titulado “Manuel Belgrano”, en la colección Con la revolución o contra ella, (Academia Nacional de la Historia, Editorial Planeta y diario La Nación, 2010).

A todos ellos, como patriota e investigadora de la historia, va mi agradecimiento.



# SOBRE LA NUEVA EDICIÓN DEL LIBRO DE NATALIO BOTANA LA LIBERTAD POLÍTICA Y SU HISTORIA

PROF. LUIS ALBERTO ROMERO

Académico de número de la Academia Nacional de la Historia

Recuerdo haber leído *La libertad política y su historia* en 1991, apenas aparecido, como lo hicieron coetáneos, muy interesados en los nuevos desarrollos de la historia política. Me produjo una impresión similar a la de *El orden conservador*, que leí con el mismo interés en 1978. Ambos fueron libros renovadores, que señalaron un camino. Su autor los ha mantenido vivos con nuevas ediciones, que sin perder su argumento principal, recogieron los aportes de una renovación historiográfica que en ese campo fue y sigue siendo intensa.

En este caso, Botana recoge los aportes de la historia conceptual y de la historia política. Por un lado, se trata de encontrar la vida histórica contenida en conceptos más comúnmente son usados con criterio taxonómico. Por otro, se trata de tomar nota de lo mucho escrito sobre prácticas políticas varias, entre ellas las electorales, y mirar nueva atención la relación entre la sociedad política y la sociedad civil.

Así, esta nueva versión de *La libertad política y su historia*, renueva y mejora en aquello que es razonable hacerlo, pero sin perder lo que es la línea clásica de su autor, que reconocemos en el estilo, en la elección de los problemas y en la manera de pensarlos. Ese estilo personal organiza con naturalidad una serie de trabajos, autónomos en su origen, pero articulados por los temas de toda una vida: la legitimidad, el orden político, la república y, sobre todo, la libertad.

Lo originario y lo novedoso se entrelazan en la Introducción, donde analiza estos conceptos, señalando los diversos sentidos que coexisten en pugna en su interior, y registrando los cambiantes equilibrios a lo largo del siglo XIX, fácilmente reconocibles desde nuestra actual perspectiva.

Así lo hace con el primero, la revolución. La Revolución francesa y la norteamericana propusieron dos modelos, que en sus líneas mayores se desarrollan desde el siglo XVIII al

presente. Por un lado, la revolución entendida como liberación de un actor colectivo –el pueblo, la nación, la clase–, actores sin voz propia, en cuyo nombre hay alguien que se apropia del papel de vocero del pueblo y de su voluntad unánime, y que frecuentemente ha conducido a disputas por esa vocería y, finalmente, a alguna forma de dictadura. Por otro lado, se trata de la liberación de cada uno de los individuos, que aspira a garantizar la libertad civil y política del habitante y del ciudadano.

En cuanto a la república, el autor señala una distinción clásica sobre esa tensión: por un lado la república animada por la virtud cívica y volcada a la construcción de la esfera pública; por otro, la república volcada a garantizar las libertades privadas, la libertad civil.

En el vocablo “pueblo”, hay un amplio reservorio de sentidos. Entre ellos, vale destacar para el caso un par bien diferenciado: el pueblo de los individuos, de raigambre ilustrada y el de las multitudes, nutrido en la idea romántica de comunidad.

Finalmente, aparece la nación. En su origen fue otra forma de hablar del pueblo y de la república; pero la ideología nacionalista le fue dando autonomía y un destino muy lejano de aquel inicial.

Con estos conceptos Botana aborda –en trabajos concurrentes– la historia hispanoamericana del siglo XIX, desde las revoluciones de independencia, la formación de republicanas y la aparición del pueblo nacional como referente legitimador.

El surgimiento y desarrollo de esas ideas informan el extenso y ya clásico estudio inicial referido a las historias escritas por Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. Este y el resto de los textos de la primera edición –dedicados a Tocqueville, Sarmiento y José Luis Romero– se han enriquecido con las actualizaciones similares, de mayor o menor envergadura.



Descuento que muchos, como yo, los conocen. Por eso me voy a referir a los dos textos nuevos.

El primero, breve, se refiere a las Memorias de José María Paz, una obra muy usada como testimonio de primera mano de los sucesos políticos y militares en los que participó Paz, que fueron muchos. Botana mira el texto desde otro ángulo: cuál es la mirada de Paz, que ha hecho toda la “carrera de la revolución” pero que se había formado para una vida distinta, nacido en el seno de una familia decente de Córdoba, y formado en la Universidad, recientemente reformada por el Deán Funes.

De esa formación inicial Botana distingue un rasgo central de su forma mentis: la idea de que una sociedad debe tener un orden razonable. Al guerrero de cien combates no lo ha impulsado ni la idea de libertad ni el propósito de hacer “la carrera de la revolución”, sino la nostalgia del viejo orden en el que se educó. Sus recuerdos –subraya Botana– carecen de toda épica, y también de vanagloria. Paz, nos dice Botana, es un hombre calmo. Yo agregaría, un criticón, un calmo e implacable criticón.

Sus Memorias lo muestran como un hombre metódico que vivió en medio del caos de la revolución y la guerra. Ambas generan una democratización anárquica, –la primera de varias oleadas que en distintos momentos colocaron en situación crítica los principios del orden republicano y la libertad política.

Entonces se expresó, en lo que más le concernía a Paz: en la forma de guerrear. En lugar de la batalla clásica, la montonera, el entrevero, que expresa el nuevo sentir social democrático y consagra al jefe, que gana el respeto de sus hombres a fuerza de coraje. Más allá de las divisiones partidarias, esa idea de la guerra igualó a Dorrego con Lavalle.

Paz pudo organizar una manera ordenada de hacer la guerra. Fue una excepción en su tiempo, y no le fue mal. Aspiró además a que hubiera un gobierno igualmente ordenado, pero no alcanzó a conocerlo, ni siquiera después de 1852. Soportó esta realidad con estoicismo.

En este logrado esbozo Botana nos muestra una de las formas sociales de percibir la realidad y de actuar en el país surgido del derrumbe colonial. Ese es el tema inicial del segundo estudio que se

agrega en esta edición, más enjundioso, dedicado al credo constitucional hispanoamericano –principal garante de la libertad– y sus transformaciones a lo largo del siglo que va desde las revoluciones hasta la emergencia de la moderna democracia en el siglo XX. En este texto se aprecia claramente cómo los planteos de base de Botana se enriquecen con los aportes historiográficos recientes.

Los nuevos estados fundados en la novedosa idea de la soberanía de pueblo, fueron –casi sin vacilaciones– repúblicas. Su primer desafío fue cómo fundar la autoridad republicana que expresara esa algo abstracta voluntad del pueblo. No hubo casos de auto institución por parte de la voluntad popular. En cambio, Botana señala una línea, que va de Mariano Moreno a Bolívar, que atribuye el impulso inicial a lo que se ha llamado el legislador antiguo, el Solón redivivo, capaz de interpretar y dar forma a lo que está en germen en la voluntad popular.

Esos proyectos chocaron con un dato de la realidad posrevolucionaria: la fragmentación y militarización del poder y el estado de guerra permanente. De ahí que la segunda forma del credo constitucional, la del ministro Portales y el escritor Alberdi, partiera del establecimiento del orden político como premisa y garantía de las libertades individuales. En un recordado texto de 1847 Alberdi le reconoció a Rosas el haber realizado la primera parte de la tarea y lo incitó a completarla.

De un modo u otro, pasada la mitad del siglo el orden fue estableciéndose en las repúblicas hispanoamericanas. Dado el orden, la segunda etapa de credo constitucional pasó por hacer posible la creación desde el Estado de una sociedad civil apta para legitimar el proyecto liberal futuro. Esta sociedad civil surgiría con el vigoroso estímulo estatal, concurriendo el progreso material con moral, en el que la educación tendría un papel estratégico.

Esa idea contenía propuestas diferentes. Para unos, lo fundamental era lo que se ha llamado “la educación de las cosas”, por ejemplo el valor material y ejemplificador de un ferrocarril. Otros pusieron el acento en la educación pública, el gran proyecto de la época, que habría de formar al ciudadano a la vez capacitado para progresar e imbuido de virtudes cívicas; conocedor de sus derechos pero a vez, y esto era prioritario en el



momento, respetuoso del orden. Botana explora las tensiones, muy complejas, en la aparente coherencia de esta versión del credo constitucional.

Los resultados de esta transformación resultaron en una ampliación de la participación política, que derivó en ampliación del sufragio. En Hispanoamérica, como ocurría en todo el mundo occidental, planteó un nuevo desafío a quienes creían que la voluntad popular, invocada como fuente de legitimación, debía expresarse de una manera juzgada racional por quienes entonces gobernaban.

El descubrimiento de que así no eran las cosas y, a la vez, la dificultad de cuestionar el principio de la igualdad política y del sufragio universal masculino llevó a prácticas que las nuevas soluciones nunca alcanzaron rango constitucional.

En cambio, se manifestaron en prácticas, ya exploradas por Botana en su Orden conservador y vastamente estudiadas en Europa, Estados Unidos y América Latina.

Prácticas destinadas a invertir el principio de la soberanía del pueblo traducida en el sufragio. El gobierno utilizó el poder para producir el sufragio que lo legitimaba. El gobierno que debía ser electo resultó ser elector.

Botana insiste en un punto central de El orden conservador: el control de la sucesión presidencial, complemento del presidencialismo portaliano. Y pone el énfasis en un segundo aspecto: la necesaria presencia de los operadores del sufragio popular, los caciques, que articulan el poder presidencial con la masa de votantes. Los nombres locales y los matices son muchos; nosotros hoy los llamamos referentes.

En 1898, desde una perspectiva regeneracionista y con voz potente, el español Joaquín Costa los hizo responsables del atraso político español. José Varela Ortega ha propuesto una interpretación diferente, muy en línea con los trabajos de Raffaele Romanelli y Antonio Annino, frecuentemente citados por Botana y por los cultores de la Nueva Historia Política. Los caciques pueden ser vistos como una expresión, quizá bastarda, de una sociedad civil que no encontraba cabida en el Régimen de la Restauración, que había logrado la estabilidad al costo de cerrarse sobre sí misma.

En la Restauración española –que Varela Ortega estudió en Los amigos políticos– el orden se afirmó en el “turno pacífico”, basado en el acuerdo entre los dos grandes partidos dinásticos. En Hispanoamérica el orden oligárquico rara vez estuvo asociado con acuerdos de alternancia entre partidos legítimos.

Los excluidos apelaron una y otra vez a una vía revolucionaria que en la Argentina estaba también legitimada por la Constitución, casi como una alternativa al sistema representativo. Los estudios actuales han tomado muy seriamente las declaraciones de los revolucionarios y, en lugar de considerar, como antaño, que las revoluciones eran una alteración patológica del orden ven en ella la “entrada impetuosa de la libertad política”.

Esto conduce al último tramo estudiado por Botana, signado por la ampliación democrática. Se trata de la era de la regeneración o de la reforma, dos ideas emparentadas pero en última instancia provenientes de distintas matrices y con desarrollos futuros igualmente divergentes. Sobre su primera manifestación, en el Río de la Plata en tiempos de la Primera Guerra, Botana hace una sugerente comparación entre Hipólito Yrigoyen y José Batlle y Ordoñez donde brilla, en todo su esplendor el talento analítico de nuestro autor.

Lo viejo y lo nuevo y su conflictiva articulación, son el eje de este recorrido del libro que aspira a iluminar y rehabilitar la idea, hoy algo borrosa, de la libertad, asociada con la constitución y la república. La armoniosa combinación de lo viejo y lo nuevo, o dicho más apropiadamente, lo clásico y lo innovador, pueden caracterizar –una entre otras maneras posibles– esto que es en parte una reedición y en parte un nuevo libro.



# DISERTACIÓN DEL 13 DE SEPTIEMBRE DE 2022, EN LA SESIÓN PRIVADA DE LA ACADEMIA, CON MOTIVO DE LA PRESENTACIÓN DE MI LIBRO *A DOSCIENTOS AÑOS DEL NACIMIENTO DE GABRIEL GARCÍA MORENO. EL ULTRAMONTANISMO EN EL RÍO DE LA PLATA.*

DR. HORACIO SÁNCHEZ DE LORIA PARODI

*Académico de número de la Academia Nacional de la Historia*

El origen de este libro que se ha publicado recientemente, *A doscientos años del nacimiento de Gabriel García Moreno*. El ultramontanismo en el río de la Plata, Buenos Aires, Mil Palabras, 2022, ha sido mi participación en el congreso internacional celebrado en Quito en noviembre de 2021, con motivo de un nuevo aniversario del nacimiento de Gabriel García Moreno (1821-1875).

El referido congreso fue organizado por la Academia Nacional de la Historia y la Academia de Historia Eclesiástica del Ecuador, el Colegio América sede Quito, la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Quito, y el Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II de España.

García Moreno, figura relevante del ultramontanismo en Hispanoamérica y central en la política ecuatoriana del siglo XIX, fue dos veces presidente (1861-1865, 1869-1875), elegido para un tercer mandato, fue asesinado el 6 de agosto de 1875.

Caracterizado por su notoria religiosidad, a la par de realizar un notable mejoramiento en la infraestructura vial y ferroviaria, y en el plano de la educación del país, intentó consolidar una república católica en el Ecuador, a contracorriente de lo que ocurría en los restantes países hispanoamericanos en el siglo XIX. Figura polémica, por tanto, amado y odiado hasta el día de hoy, su personalidad ha sido objeto de gran cantidad de libros, artículos, incluso películas y obras teatrales.

El libro está integrado por dos capítulos, articulados en torno a su persona. El primero de ellos se centra en las distintas miradas de los militantes católicos argentinos del ochenta a la

figura del político ecuatoriano, y sus vínculos con los católicos del país hermano, que aparecen reflejados en la hoja católica bonaerense.

Fray Mamerto Esquiú, quien residió en Guayaquil desde febrero a mayo de 1873, en tiempos precisamente de García Moreno, resaltó su obra de gobierno y su preocupación por fomentar la educación cristiana.

Félix Frías, en cambio, ocho años antes, hizo una severa crítica a su persona, a raíz de la orden de fusilar a Santiago Viola. Viola, enemigo de García Moreno y partícipe de una asonada contra el entonces presidente, había nacido en Buenos Aires en 1819, perteneció como Frías a la generación de 1837, se exilió en época de Juan Manuel de Rosas y ejercía la abogacía en el Ecuador en el momento de su muerte.

Finalmente, en 1887 *La Unión de Buenos Aires*, un órgano periodístico importante de los militantes católicos argentinos, en un largo editorial del último día de aquél año, se congratuló por la aparición en París de la primera biografía orgánica de García Moreno, escrita por el sacerdote redentorista francés Alfonso Berthe, e hizo un balance positivo del político ecuatoriano, no sin señalar algunos defectos de su carácter.

De todos modos, subrayaba aquél editorial que los errores que se podrían imputar a García Moreno «los ha lavado con su bautismo de sangre».

El segundo artículo es mi ponencia (ampliada con mayores referencias a los militantes católicos uruguayos del siglo XIX) en aquél congreso, que versó sobre El ultramontanismo en el Río de la Plata, en el siglo XIX.



El ultramontanismo (más allá de los Alpes) al que alude el título, hace referencia a un movimiento político complejo, nacido a raíz de los procesos revolucionarios europeos, que se caracterizaba por la defensa de la libertad de la Iglesia y la autoridad del Papa frente a la secularización social promovida por los nuevos Estados.

En Hispanoamérica ese movimiento representado por los militantes católicos referidos, tuvo características particulares, dada la historia de nuestro continente. Hacer política antiliberal en el marco de las estructuras liberal-constitucionales sin cuestionarlas en sus fundamentos, les trajo aparejado no pocas vacilaciones, aporías y contradicciones, reflejadas a lo largo de su trayectoria.

ANH  
ARGENTINA



# NOVEDADES Y ACTIVIDADES DE LA ACADEMIA



Pueden consultar las novedades editoriales y las actividades organizadas por la Academia Nacional de la Historia a través de nuestra página web y nuestras redes sociales

<https://anh.org.ar/>



Para recibir periódicamente todas las novedades de la Academia pueden suscribirse a nuestro Boletín Informativo en el siguiente link:

[Boletín Informativo](#)

ANH  
ARGENTINA



# ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

BOLETÍN DIGITAL

PDF descargable | [anh.org.ar](http://anh.org.ar)



Teléfono: 4343-4416

[publicaciones@anhistoria.org.ar](mailto:publicaciones@anhistoria.org.ar)

Balcarce 139 - C1064AAC - Buenos Aires, República Argentina